EN BUENA COMPAÑÍA
Ana Viladomiu
13

Sola en su piso de la Pedrera, Martina está atravesando un gran momento vital en total armonía con los miles de turistas que se pasean por el edificio y los cientos de personas que trabajan en él. Pero nada es tan brillante como parece, y el encuentro casual con un desconocido la sumerge una montaña rusa de sentimientos que había olvidado y que no contaba con volver a vivir. Un gesto tan simple como un abrazo hace tambalear su mundo tranquilo y controlado, empujándola a una relación que irá tomando forma poco a poco gracias a las redes sociales.

Ana Viladomiu

En buena compañía

Título original: *Título*
Ana Viladomiu, 2021

-

Revisión: 1.0
14/01/2022

—La ilusión no se come —dijo ella.
—No se come, pero alimenta —replicó el coronel.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Siento su mirada sobre mí. Me repasa de arriba abajo, me desnuda. Jugueteo con la melena, con la bufanda, me remuevo inquieta en el asiento. Es una primera sesión y la sala está en silencio, casi vacía, pero ha elegido la misma fila que yo para sentarse. Eso sí, ha dejado cuatro butacas vacías entre nosotros. No deja de observarme y yo agradezco que se apaguen las luces y comiencen a proyectar la película coreana de la que tan bien me han hablado.

Al salir me sigue por la calle. Debe de tener mi edad, quizá más, rondando los setenta, y su aspecto es distinguido. No me inspira recelo, solo curiosidad. Cambio de ritmo al caminar para ponerlo a prueba. Si yo acelero, él aprieta; si yo me detengo en un escaparate, él hace lo mismo unos metros por detrás. Ya cerca de casa, me divierto llevándolo a la carrera, y en el paso de peatones de la calle Provenza con Pau Claris casi lo atropellan por no quedarse atrás. Se me escapa la risa y oculto la cara con la bufanda para que él no lo note. Me divierte el juego.

En la portería, antes de abrir la gran puerta de hierro y entrar, me doy la vuelta. Nos separan unos tres metros. Alto, delgado, cabello canoso que le cubre parte de la cara. Viste un bonito abrigo de lana y calza unos zapatos de piel gastados. La posición del cuerpo y las manos en los bolsillos le dan un aire altivo. Un hombre seguro de sí mismo, alguien que sabe lo que quiere; un tipo de hombre que me cautiva. No sé qué decirle y parece que él a mí tampoco. Finalmente empujo la puerta y entro en la Pedrera. Me dirijo al ascensor esquivando con paciencia un numeroso grupo de turistas. El espejo del viejo ascensor me devuelve una expresión traviesa. Me recojo la melena en lo alto de la cabeza y apoyo la espalda contra la pared de madera cerrando los ojos. Es lo más cerca que he estado de

un coqueteo en mucho tiempo y me encanta.

Al día siguiente, en la portería, me llevo una sorpresa. No hay duda, es él. El señor que me siguió ayer. Lleva puesto el mismo abrigo de lana gris oscuro y su pelo liso y canoso le sigue cubriendo medio rostro. Está plantado en medio del patio, enseguida nuestras miradas se cruzan. Abro los ojos en un gesto de entre asombro e interrogación y él se me acerca sin prisa con las manos en los bolsillos.

—Ya ves, admirando estos patios —dice subiéndose el cuello del abrigo e introduciendo de nuevo las manos en los bolsillos—. De tanto en tanto, cuando vengo a Barcelona, me doy una vuelta por aquí. Es un edificio que me inspira.

Estoy tan cerca de él que puedo oler su colonia. La misma colonia fresca que usaba mi abuelo. No había vuelto a olería desde que murió. Mi abuelo, el hombre más atractivo del mundo. Todas estábamos enamoradas de él.

—Tenía la esperanza de volverte a ver. Lo reconozco —dice ahora.

Touché.

Lo miro a los ojos sonrientes y él también sonríe. Se aparta con la mano derecha el mechón de pelo que le oculta parte de la cara y me quedo impresionada con sus ojos, de un azul aguamarina.

—¿Tienes algo de tiempo para mí? —pregunta tendiéndome la mano—. Me llamo Román.

—Yo, Martina. Soy la vecina del tercero —me presento estrechándole la mano.

Dudo unos segundos.

—¿Quieres que te enseñe el edificio? —Es una frase que, desde que vivo aquí, he repetido tantas veces y a tanta gente que brota de

mi boca como una coletilla cuando menos me lo espero.

Paseamos esquivando a los visitantes por la parte baja de la casa a través de los dos grandes patios interiores. Le señalo las pinturas murales de los vestíbulos, escenas de jardines floreados poblados por figuras mitológicas. Nos detenemos a admirar la encarnación de los Siete Pecados Capitales. De vez en cuando él posa con delicadeza la palma de su mano en el centro de mi espalda. Ese gesto tan sencillo me transmite compañía y protección. Hace frío y me he equivocado con la ropa, debería haberme abrigado más. No obstante, le propongo subir a la terraza. Por suerte, no hay cola para coger el pequeño y moderno ascensor, y eso que el edificio, como viene siendo costumbre, está abarrotado de gente. Subimos en silencio junto a otra pareja y, una vez arriba, Román se toma su tiempo para observar con detenimiento lo que nos rodea. En el último piso, la vista de trescientos sesenta grados es impresionante:

—Espectacular. Nunca había subido por no hacer una de esas larguísimas colas para comprar la entrada.

Su manera de moverse es elegante, muy diferente de la de los demás, me embarga el orgullo de ir con él. Nos dirigimos a la zona donde se puede contemplar el Paseo de Gracia y nos apoyamos en el grueso murete de piedra para mirar hacia abajo. El viento nos da de lado. Mi melena golpea su cara y trato de sujetarla. Puedo oler su colonia de nuevo, sentir el tacto suave de su abrigo. Estoy helada pero me aguanto, no quiero separarme de este hombre. Me encuentro a gusto a su lado.

Como si pudiera leerme el pensamiento, de repente pregunta:

—¿Te apetece tomar algo? Agradecería una bebida caliente —dice frotándose las manos.

La cafetería se abrió hace unos años en el principal del edificio. Todo un acontecimiento, incluso para los vecinos, que nunca habíamos podido acceder a esa zona de la casa.

—Te conozco de Instagram —suelta Román nada más sentarnos a la última mesa que queda libre—. Y ayer, al verte sola en el cine… No sé, te seguí.

—¡Ostras! ¿Te sigo yo a ti en Instagram? —pregunto llevándome las manos a la boca, como un mimo que refleja consternación.

—En mi foto de perfil he puesto un cuadro de Otto Dix —señala picando con los dedos índice y corazón sobre el canto de la mesa.

—¿Otto Dix? Cierto, me chocó ver esa foto de perfil. *El retrato de la periodista*, uno de mis cuadros preferidos desde que lo descubrí en una exposición en Les Halles, en el Pompidou.

La camarera nos sirve las infusiones que pedimos y empezamos por comentar la película coreana del día anterior. Tiene una voz grave y sexi, con un ligero acento madrileño. Hablamos de cineastas, algunos de los cuales él conoce en persona, bien porque los ha entrevistado o porque ha coincidido con ellos en distintos festivales. Me entero de que es periodista cultural y que ha sido muchos años corresponsal en Nueva York. Ahora está jubilado. Ha tratado a Polanski y a su mujer, Emmanuelle Seigner, y a Haneke, dos de mis directores preferidos. Es también amigo de un montón de escritores y pintores. A medida que los nombra, babeo. Me puede un hombre con una vida y un discurso interesante. Mi exmarido me conquistó por eso, y la mayoría de mis novios también. Román me habla, de pasada, de unos días que pasó en casa de Paul Bowles en Tánger.

Aquí detengo un instante su historia y le confieso mi amor por el Magreb, y lo bien que me siento en los países del norte de África.

—Me fascina el desierto. —Se me llena la boca al decirlo—. El último que recorrí fue el de Libia.

Coge entre las dos manos la taza y se la acerca a los labios. Continúo explicándome:

—En mi otra vida, hace años, tuve un novio de Casablanca y otro de Orán. Conviví dos meses con el de Orán y su familia. Conservo unas curiosas fotografías de una boda a la que asistí. La madre de mi pareja, sus hermanas y primas me vistieron y maquillaron para la ocasión. Yo era muy joven y viajaba con poco equipaje, unos *jeans*, una camiseta, una parka militar, unas botas y poco más. En casi todas las fotos, menos las de la boda, salgo vestida así.

Me escucha atento y parece interesado en lo que le cuento, aunque no puede evitar observar con disimulo a las personas que nos rodean.

—En la casa de Orán hacía vida con las mujeres. Durante el día no le veía el pelo a mi novio. Por la noche dormíamos juntos. Supongo que al ser rubia y extranjera su familia no me tomó en serio, pero yo me imaginaba compartiendo el resto de mi vida con él. Nuestra historia acabó en una comisaría en París. Bueno, él acabó en la cárcel… Es una historia larga. Lo pasé muy mal, pasé mucho miedo. —Y mientras lo digo, me emociono.

Arquea las cejas. Alarga su mano y aprieta la mía, que tengo apoyada sobre la mesa junto al móvil. No sé cuál de las dos es más huesuda y tiene las venas más marcadas, nuestras manos podrían ser hermanas. Se fija que en la muñeca llevo tatuada una inicial. Es la del nombre de una de mis hijas, en la otra muñeca llevo la inicial del nombre de la otra, pero no dice ni pregunta nada. Retira la mano y vuelve a cruzar los brazos sobre la mesa. Aprovecho para silenciar el sonido del teléfono. A él le han llamado dos veces, pero ha mirado la pantalla y ha cortado.

—Precisamente en París tuve la oportunidad de entrevistar a Marguerite Duras poco antes de morir —dice pensativo.

—*El amante, El dolor…*

Sonríe.

Sonrío.

Hay complicidad en las sonrisas y las miradas. Como si nos conociéramos bien y desde hace mucho tiempo.

—No quiero chulearme —ríe—, pero te confesaré que me hice muy amigo de una novia de Leonard Cohen. —Comienza a desabrocharse el abrigo.

—¿En serio?

—Sí, estuve una semana alojado en una fonda en la isla de Hydra, pero ni yendo de copas con la novia conseguí la entrevista.

Nueva York, Tánger, Casablanca, Orán, París, ahora Hydra, esa pequeña y empinada isla cercana a Atenas, donde un verano un grupo de amigos alquilamos una casa. De una persona a otra, de un país a otro, como la cosa más natural del mundo. Me siento en una nube, totalmente deslumbrada por su conversación, salpicada de referencias comunes.

Román se pone de pie, se quita el abrigo y lo apoya sobre otra silla dejando al descubierto una camisa gris de franela. Hago lo mismo con mi chaquetón mientras paseo la vista por las columnas de la cafetería y los grandes ventanales que dan al Paseo de Gracia. Es diciembre y está oscureciendo. Se oye cómo las motos arrancan cada vez que los semáforos se ponen en verde. Algunas bocinas y frenazos.

Desde el principio Román me recuerda a alguien pero no sé a quién. No dejo de pensar en ello.

—¡Ya lo tengo! —le digo de repente tras dejar mi abrigo sobre el suyo en la silla—. Te pareces a Jacques Dutronc.

Sonríe con unos ojos de un azul tan claro como los de Jacques. Con su misma cara cansada y castigada, buscando una protección que no necesita.

—El que cantaba *París s'éveille*. —Entorna los ojos con melancolía—. Todos estábamos rendidos a Françoise Hardy.

«La que estoy rendida soy yo», pienso. Rendida a él.

La cafetería se ha ido llenando y en la puerta se ha formado una

pequeña cola de orientales esperando a que les den mesa. Román me recomienda libros, películas, exposiciones, que yo anoto enseguida en el móvil. *Links* para leer artículos, ver documentales… Me entero también de que tiene un hijo y una hija.

—Mi hijo vive en Madrid conmigo. Aún va al colegio. Mi hija estudia Periodismo y vive aquí, en Barcelona. Cuando vengo suelo alojarme en su apartamento.

—¿Dónde lo tiene? —pregunto interesada.

—En el Carmel —contesta haciendo ese movimiento tan suyo de golpear con los dedos índice y corazón sobre el canto de la mesa, como si le costara mantenerse sentado. Me he fijado que de cuando en cuando mueve también las piernas, choca las rodillas entre sí con cortos y rápidos movimientos.

Una camarera pasa por nuestro lado y él aprovecha para preguntarle por el lavabo. Regresa a la mesa examinando la pantalla del móvil y parece preocupado. Se lo pongo fácil:

—Bueno, Román, las horas han pasado volando, debe de ser tarde para ti…

—Me ha encantado conocerte. —No intenta prolongar el encuentro—. Gracias por la confianza. Por ser como eres…

—Por este rato de conversación —dice comenzando a ponerse el abrigo.

Salimos a la calle y, mientras recorremos los escasos metros que separan la cafetería de la portería de la Pedrera, me dice que regresa a Madrid al día siguiente, que coge el AVE a primera hora. Y al llegar frente a la gran puerta de hierro de la entrada, de pronto se me acerca y me abraza. Un abrazo que no esperaba y que me coge por sorpresa, pero al que me abandono. Paso mis brazos alrededor de su cuerpo sólido y dejo reposar la cabeza sobre su pecho. Me quedo inmóvil. Él también. Es un abrazo largo, envolvente y cálido, estoy cómoda y no quiero moverme. Aspiro hondo para empaparme del olor de su colonia. Él inclina la cabeza y me besa. Un beso suave, muy suave, muy lento en los labios. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Me siento en casa.

De vuelta en la soledad de mi piso revivo la escena un montón de veces. Hay abrazos y abrazos, pero ninguno como el que acabo de recibir. Con un simple gesto, Román ha logrado que me sienta unida a él.

Camino arriba y abajo del largo pasillo tratando de retener las emociones vividas, por nada del mundo me gustaría que se esfumaran, las quiero conmigo, que formen parte de mí, y echar mano de ellas cuando las necesite. Pruebas de que la felicidad es posible y no hace falta demasiado para sentirla. Tesoros inesperados para una ávida coleccionista de sensaciones como yo.

Entro en Instagram. Busco su foto de perfil. Otto Dix. Aquí está. Me lanzo a examinar las fotos que ha colgado. Son muchas y son neutras, no dan pistas sobre su casa o su vida privada. Imágenes relacionadas con la cultura, cuadros y carteles de cine que no le definen del todo. La mayoría más vistos que el tebeo. Me llama la atención que recibe muchos *likes* de chicas jóvenes. Entro en el perfil de cada una de ellas y veo que algunas cuelgan fotos atrevidas. Posan en bikini o con vestidos cortos y ceñidos, con tacones. Él les pone *like* a algunas, pero a pocas. ¿Serán artistas?, ¿intelectuales?, ¿amigas?, ¿antiguas novias? No lo sé, pero siento un pellizco en el estómago.

Después de tomar una tostada con aceite y jamón dulce para cenar, me unto con mis cremas y me voy a la cama. Imposible dormir. Román me ha hipnotizado. Otra vez a la cocina. Cojo un plátano. De nuevo al lavabo. Me limo las uñas y me lavo otra vez los dientes. ¿Habrá Román seguido a alguna de esas chicas por la calle como hizo ayer tarde conmigo? ¿La habrá embrujado con su conversación antes de despedirse con uno de sus abrazos de película?

¿Será un profesional de la seducción? ¿Uno de esos a los que tanto les da una como otra? Me fuerzo a mantenerme alejada de ese monstruo verduzco y repulsivo llamado celos. Conozco mis debilidades y no quiero lidiar con él, entrar en su juego. Apenas conozco a Román, pero ahí estoy, luchando contra fantasmas. La eterna lucha entre la cabeza y los sentimientos. Cuántos años que no me sucedía.

Ahora frío, ahora calor. De un lado, del otro. Con almohada, sin almohada. Pisadas en el piso de arriba, y eso que son oficinas y nadie trabaja en ellas a partir de las siete de la tarde. Esta noche me he ido despertando a cada rato y he dormido muy mal.

A primera hora Román me envía un selfi desde el AVE.

«Has salido con los ojos cerrados en la foto», le contesto, acompañado de un emoticono sonriente.

«Cegado por ti… Ya ves», me dice.

Guau. De un manotazo vuelco la taza de café con leche sobre la mesa de la cocina.

«Qué tarde más agradable la de ayer», escribe él.

«Qué casualidad encontrarte en la portería», le comento.

«Llevaba horas esperándote».

«No me lo creo».

«Pues así es. Y estaba muerto de frío…», confiesa, terminando la frase con puntos suspensivos.

Y sin que me dé tiempo a contestar dice:

«Volvería mañana mismo a Barcelona».

Me deshago de gusto.

«Ven», y acompaño el ven con un emoticono de risas para restarle peso, para que no suene a súplica.

«Me voy a Croacia. Le prometí a mi hijo un viaje y nos vamos a pasar las navidades allí», se excusa.

«Qué suerte», digo, aunque lo que siento es muy diferente.

«¿Qué vas a hacer hoy?», pregunta.

«He quedado con Anabel, una amiga periodista. En una hora tengo que estar en el MACBA. Una foto de grupo que ilustrará un reportaje», contesto mirando el reloj colgado en la pared de la

cocina.

«¿Y luego?», vuelve a preguntar.

«Me gustaría adornar con luces los balcones. Cada año lo hago. No falta nada para Navidad». Añado un emoticono de Papá Noel.

Tarda en leer este último mensaje. Se habrá quedado sin cobertura en el tren.

Una vez en el baño, leo:

«¡Lástima que tengas que salir! Yo que pretendía seguir en contacto contigo hasta llegar a Madrid…».

La ducha me sabe mejor que cualquier otro día. El agua sale con más presión y con la temperatura exacta que requiere mi cuerpo. La toalla en la que me envuelvo nunca ha estado tan suave.

Paso las navidades recorriendo Croacia sin moverme de la Pedrera. Román me manda fotos. También audios por Whats-App. Nada especial, pero yo los escucho y se me queda cara de tonta. Me río sola. Me deshago al escuchar su voz ronca, su acento madrileño, convencida de que no hay nada mejor en la vida que lo que estoy viviendo.

«Hooolaa. *Bon día*», le suelo escribir al despertarme.

«*Bon día*». Sus buenos días suelen llegar bastante más tarde. Tanto que la primera vez consulté en Google si había un cambio de hora. No lo había.

Pero una vez empieza a enviar mensajes, ya no hay quien lo pare.

«En cuanto pueda, voy a verte», me dice casi cada día.

«¿De verdad?», coqueteo yo.

«Pues claro. Mi próximo destino eres tú».

«Contenta», le escribo por si no lo tiene claro.

«Zagreb-Barcelona, directo, dos horas de vuelo».

Busco el emoticono del avión y lo acompaño de aplausos para reforzar mi emoción.

«El día de Reyes me tienes ahí», anuncia.

Y yo voy repitiendo por la casa todas y cada una de sus frases. Cuento los días para que venga y voy chequeando el Instagram por si cuelga alguna imagen que se haya olvidado de compartir por WhatsApp. Su Instagram sigue siendo neutro, no me emociona, quizá porque cuelga las fotografías sin ningún tipo de comentario. A menudo omite indicar la ubicación. Montañas, lagos helados, calles nevadas, catedrales, museos, estatuas… Podría ser, no sé, Finlandia. Insípido, nada que me llame la atención. Cuelga postales como cualquier turista, pero, con todo, cada vez que pienso en él, sonrío.

Tres días antes del día de Reyes, cuando estoy envolviendo los regalos para mi exmarido y mis hijas, entra un wasap en el móvil. Me acerco al teléfono y leo:

«Lo siento. No cuentes conmigo el día 6. Por circunstancias ajenas a mi deseo debo ir directamente a Madrid».

Me aferró a la mesa con las dos manos. ¡No es posible! El mundo se hunde a mis pies.

Me trago mi desilusión y mi orgullo y escribo:

«Pues "por circunstancias" serás mi amigo en la distancia».

«Pero solo por circunstancias», contesta enseguida.

Para luego añadir:

«Princesa, seré tu amigo, tu amante o lo que me pidas. Lo seré todo para ti».

¿Princesa? Suena cursi a mi edad, pero nunca nadie me ha llamado princesa y no me puede gustar más.

No espera que conteste, y comienza a enviar wasaps en cadena, uno detrás de otro, muy rápidos, como mis hijas:

«Resuelvo un par de asuntos en Madrid y a mediados de mes estoy ahí. *I promise*».

«Muero de ganas».

«Propongo el 15. El miércoles 15, ¿va bien?».

«Beso».

Estoy escribiendo la b de beso cuando me doy cuenta de que se ha desconectado. No me ha dado tiempo a despedirme. Da igual. Lo importante queda dicho. En breve lo tendré.

Suele ocurrir. El cartucho de la impresora se acaba cuando estoy a medio imprimir. Contrariada, me hago un segundo café, me pongo un chaquetón y meto las llaves y la cartera en el bolsillo. Salgo a la calle. Son las diez de la mañana, hay una luz cegadora y yo he olvidado coger las gafas de sol. Me lloran los ojos, pero no pienso volver a subir a buscarlas. No quiero perder el tiempo. Una editorial americana me ha encargado escribir un libro sobre mis vivencias en un edificio habitado de Gaudí, Román está a punto de venir a Barcelona y quiero adelantar todo el trabajo que pueda antes de que llegue. De hecho, me he pasado el fin de semana entero encerrada en casa escribiendo. Ando distraída por la calle pensando en él, en que pasado mañana llega a Barcelona y no tengo claro si hacerle comida en casa o reservar en un restaurante. Justo a pocos metros de Prink, la tienda donde acostumbro a comprar los cartuchos, resbalo en una rampa para minusválidos y al caer me doy un golpe fortísimo en la rodilla izquierda.

Qué dolor. Me toco la pierna. De repente, un sudor frío y pegajoso me empapa la ropa. Y unos retortijones en el vientre me obligan a doblarme hacia delante. Con las manos sobre la barriga y la pierna izquierda doblada sin poder apoyar el pie en el suelo, empiezo a notar que no puedo controlar mi intestino. Comprimo el trasero, pero mi cuerpo no responde, y por más que apriete y apriete los glúteos se escapa sin que yo pueda impedirlo. El calor se desliza piernas abajo impregnando mis tejanos. Estoy aterrada. ¡Nooo! ¡No puede ser verdad!

Demasiado tarde. Ha ocurrido. Se acerca una chica que camina en

dirección contraria. ¿Te has hecho daño? ¿Necesitas ayuda? La despacho lo más rápido que puedo. Estoy avergonzada, presa del pánico: el olor comienza a delatarme. Me arrastro encogida y a pata coja hasta el borde de la acera y llamo como puedo un taxi. El primero que para, en cuanto abro la puerta, entiende la situación y escapa pitando. Me entran ganas de llorar. El segundo también se da cuenta, pero se apiada. Saca una toalla del maletero y la pone sobre el asiento trasero para que me acomode encima. ¡Tierra trágame!

—Voy a urgencias, al hospital.

El trayecto lo hago con la ventana bajada. Por el olor y por el mareo. No sé si las ganas de vomitar son por culpa del dolor, la angustia, la humillación o todo a la vez.

—Señora, trate de mover los dedos del pie. Si puede moverlos es que no se ha roto nada —oigo que dice el taxista.

Lo intento. Los dedos dentro de las deportivas se mueven con normalidad. Menos mal. El problema ahora está en otro sitio. El calor que siento en las nalgas amenaza con traspasar el chaquetón, la toalla y extenderse también por el asiento del taxi.

El recorrido se me hace eterno. Una vez en el hospital, verbalizo mi problema por segunda vez. «Me he hecho caca encima», le digo al enfermero que me recoge en la puerta de urgencias. «Tranquila, no se preocupe», contesta, y acto seguido me acompaña a un aseo, donde me lavo y cambio como puedo, abochornada y rabiosa. La tripa es mi parte débil, cualquier emoción negativa queda reflejada ahí, y algún día esto tenía que ocurrir.

El enfermero me espera fuera del aseo provisto de una silla de ruedas. Al verme salir dirige la vista a la montaña de ropa que he dejado abandonada en un rincón del cuarto de baño.

—Señora, por favor, no se olvide de coger sus cosas.

—Es para tirar —murmuro sin atreverme a mirarle a los ojos.

Él se agacha y, sacándose rápido unos guantes del bolsillo, lo mete todo en una bolsa y me lo da.

A los dos minutos estoy en una sala de espera atestada de gente, sentada en una silla de ruedas con la ropa apestosa dentro de una

bolsa de plástico. La mayoría de la gente me mira, aunque realmente no hay demasiado que mirar. Solo una mujer de sesenta y tres años que parece más joven de lo que es por su melena rubia, larga y despeinada, vestida con un pantalón y camiseta prestados que le vienen muy grandes, y envuelta en una nube perfumada de mal olor. Llamo a mi hija mayor. La visualizo en el estudio de arquitectura que comparte con sus socios en Poblé Nou, atenta en su ordenador.

—Hola. ¿Estás trabajando?

—Sí. —Un «sí» rotundo.

—Pues nada.

Llamo a la pequeña, mi hija jardinera. La visualizo rodeada de verde en un parque. Bien abrigada.

—Hola. ¿Estás trabajando?

—Síií. —Un «sí» sin mucho énfasis esta vez.

—Oye… —dudo—. Si solo fuera por la rodilla, no te hubiera llamado. Estoy en el mejor sitio que puedo estar. En la sala de espera de…

Silencio al otro lado de la línea.

—Martina, no te oigo bien. ¿Qué dices de una rodilla? —Mi hija no me oye.

Lo de siempre. Mi teléfono es un desastre y por eso nunca hablo por él. Pero esto es una emergencia:

—Escucha, cariño. Necesito que vengas con una bolsa que se pueda cerrar. Mejor con cremallera.

Silencio de nuevo.

Procurando no levantar la voz, pero vocalizando bien para que me entienda, le explico la situación:

—Me he cagado encima. Toda mi ropa está sucia y la llevo en una bolsa colgada de la silla de ruedas. Pero la bolsa no se cierra y huele tan mal que todo el mundo se aparta… Estoy desesperada.

—No te preocupes. ¡Voy!

La disposición de mi hija me calma y en lo primero que pienso es en Román. Me gustaría contarle lo que me ha sucedido, pese a que no lo voy a hacer. Si al menos pudiera escuchar su voz… Fui tonta al decirle que no me llamara por teléfono porque mi móvil es

una calamidad y ni gritando me entiendo con la gente. Es la pura verdad, pero ahora me encantaría escuchar su voz, aunque fuera en la lejanía y distorsionada con ruidos como de huracán.

Tras un montón de horas de espera, llega el diagnóstico: rotura de la rótula izquierda por dos sitios, posible intervención y un mínimo de dos meses de reposo. Acomodada en el asiento trasero del coche de mi hija junto a un catálogo de tiestos y un par de guantes de jardinería, en el trayecto de vuelta a casa repaso mentalmente todo lo que me voy a perder en este tiempo. Pero a mí en estos momentos lo que más me preocupa es que en dos días llega Román, lo demás carece de importancia.

Hogar dulce hogar. El día de hoy ha tenido más horas de la cuenta, pero por fin estoy de nuevo en casa.

Se ha hecho de noche y mis dos hijas y mi exmarido se han reunido en mi dormitorio en torno a mi cama:

—¡Ah, no! —exclamo convencida.

—Ah, no qué —pregunta mi ex.

—Que duermo sólita y que de turnos nada.

—Pero si no puedes apoyar el pie en el suelo, apenas puedes moverte —insiste amable, pero con su punto de aquí mando yo.

—No, no, no… Algo me inventaré. ¿Cómo se apaña la gente? ¿Unas muletas?

—He alquilado una silla de ruedas por teléfono. Me encargo de ir a recogerla mañana —se apresura a intervenir mi hija mayor, tan sensible y dulce como siempre.

Su cara refleja el cansancio acumulado de días y noches proyectando frente a un ordenador. El estudio está desarrollando varios concursos para que les adjudiquen obra pública y mañana tienen una entrega.

—Yo bajaré ahora a la farmacia a comprarte la medicación y preguntaré si tienen unas muletas —añade veloz la segunda, deseosa de no quedarse a la zaga. Me fijo que aún lleva las botas manchadas de barro.

Mis dos niñas, mis dos arquitectas. La mayor presentándose a concursos para que le adjudiquen obra, la pequeña buscándose la vida como paisajista, arquitecta de jardines y terrazas urbanas. Qué suerte tengo de poder contar con ellas y con mi ex. Con la familia. Vivir sola tiene sus momentos complejos. Esos en los que necesitas sí o sí a alguien al lado. Pero este no es uno de ellos, ya llegarán, por

ahora puedo valerme por mí misma.

—Pues nada, perfecto, con la medicación, las muletas y mañana con la silla ya no hace falta más —les digo quitando importancia a lo ocurrido.

Se miran entre ellos mientras van y vienen por el dormitorio.

—¿Estás segura? —preguntan finalmente los tres casi al unísono.

Se les ve preocupados.

—¿Y si esta noche te encuentras mal o te caes al ir al lavabo? ¿No crees que lo lógico sería que uno de los tres se quede contigo al menos la primera noche? —vuelve a insistir mi ex, cada día más guapo. Se ha dejado el cabello larguísimo y lo lleva recogido en una coleta. Cabello y barba blancos, tez morena: le sienta bien la edad y la vida en el campo. Con la camisa de cuadros tipo leñador que lleva puesta me recuerda a esos *hippies* trasnochados que salen en las películas americanas.

—No, familia, estamos bien como estamos: cada uno en su casa. Cuando algo funciona, mejor no cambiarlo —me precipito en dejar claro con una sonrisa.

Se quedan un segundo en silencio. Mirándome con ternura.

—Agradecimiento máximo, pero me apaño sólita. —Trato de no dejar un resquicio de duda.

Reflexiono unos segundos.

—Lo único, la compra —les digo, y cierro los ojos para dar por terminada la conversación.

Mi vida no puede cambiar porque me haya roto un hueso sin importancia, uno de los doscientos seis que forman el cuerpo humano. No debo flaquear, no pueden ablandarme las buenas intenciones de la familia ni mi mala suerte.

En cuanto la familia se va, hago una fotografía de la pierna escayolada de la ingle hasta el pie. La envío rápidamente a Román por WhatsApp. Llevo todo el día esperando este momento.

«¿Es tu pierna? ¿Qué ha ocurrido?».

Le hago un resumen, aunque no menciono lo de la caca.

«Mañana iré al trauma. Espero que no tengan que operar».

«¿Te duele?», pregunta.

«Ya no», contesto.

«Pobrecita».

«No te preocupes. Mañana te cuento lo que me diga el médico», le escribo.

«Yo contaba con ir a Barcelona pasado mañana», escribe él.

«Y yo cuento con que vengas», me apresuro a señalar.

El «contaba» me ha inquietado.

«Mejor no hacemos planes», dice.

«¿Aplazarlo otra vez?», pregunto tratando de no trasmitir mi decepción.

«Esperemos a ver qué dice el médico».

Me da rabia, pero quizá tenga razón. Yo no tengo filtros, soy toda impulso.

«Si te operan, tu familia querrá estar contigo», razona.

Sí, Román es más juicioso que yo. Cualquier persona es más juiciosa que yo.

Y después de unos cuantos besos y un par de *bones nits*, nos despedimos.

Al dejar el móvil sobre la cama me pregunto qué habrá sido de la bolsa con la ropa sucia. Mi hija mayor me ha dicho que me olvide, que ha solucionado el asunto. No sé lo que habrá hecho con ella y

me preocupa, pero yo por el momento no me veo capaz de ir a inspeccionar nada.

Me froto los párpados con los dedos índice. Mañana llamaré a mis amigas Marta y Elisabetta. Luego al traumatólogo, a ver qué hacemos con esta pierna.

Me tapo con el edredón. Qué frío he pasado. He acabado mendigando una manta para cubrirme en el hospital. Bostezo y estiro los brazos en cruz. Me abrazo a la almohada feliz de estar sola en esta cama tan grande. Qué afortunada de tener una familia y, sobre todo, de tenerlos a todos lejos y contentos con su nueva vida. Cada uno en su propia esfera. No puedo pedir más. Por favor, que todo siga igual. «*Insha'Allah*», ruego bajito, y cruzo los dedos antes de dormir.

Tras barajar diferentes opciones, me operan mañana. Una semana después de la caída. Esta noche Marta y Elisabetta han venido a la Pedrera para distraerme. Elisabetta nos ha sorprendido cocinando unas gambas al estilo *thai* con especies y leche de coco, y después de cenar las tres nos desplomamos en el sofá del salón. El sofá fue mi primera adquisición al quedarme sola en el piso. Nunca había tenido uno, lo vi de rebajas en una tienda y no logré quitármelo de la cabeza hasta que lo compré. Era como el que había soñado. El más grande, blando y agradable al tacto de los sofás. Como si te hundieras en una nube.

Hablamos de nosotras, del mundo, de todo. «*Parlare per parlare*», como dice Elisabetta. Hablar, reír y beber vino blanco. Marta y Elisabetta. Mis dos mejores amigas, las dos hermanas que nunca tuve.

Marta me recuerda mucho a Patti Smith. Una mujer alta, vestida casi siempre de negro, o negro y blanco; austera y elegante. Podría ser la directora de una galería de arte neoyorquina o la editora jefa de una revista de moda, pero vive aquí, en Barcelona, en el barrio de Gracia, es un prodigio dibujando y se dedica a confeccionar sombreros en un pequeño atelier.

Elisabetta fue una gran modelo italiana. Aún la llaman para hacer alguna campaña; una morenaza de bandera, extrovertida y vividora, que está al tanto de todo lo que se cuece en Barcelona. Habla un montón de idiomas, es sofisticada y una gran seductora. Siempre dispuesta a un guiño o a mostrar escote, coquetea hasta con su sombra.

Nos conocimos en una exposición de fotografía en el hotel Alma, hace ocho años. Estábamos las tres de pie en la barra

esperando que el camarero nos sirviera una copa de vino, cuando Marta le preguntó a Elisabetta si le importaría decirle dónde había comprado el sombrero que llevaba puesto. «*Con piacere*», respondió Elisabetta. A partir de ahí, yo, que estaba junto a ellas, fui siguiendo la conversación. Y como la espera por la copa de vino se hizo larga porque mucha gente había asistido a la inauguración, me uní a la charla. Desde entonces somos inseparables.

—¡Qué bien te sienta vivir sola, Martina! —dice Marta con un gran bostezo. Su pantalón y su camisa negros destacan en el sofá blanco, en el salón blanco, en un piso pintado de blanco.

—Pues sí. A lo tonto a lo tonto han pasado ya cinco o seis años, no sé. Y los que me quedan… de aquí no me muevo hasta que me toque ir al asilo.

—¿Qué asilo? —suelta Elisabetta rápida como el rayo—. ¿Y nuestro plan de vivir aquí las tres juntas? —Se acaricia la barbilla en un gesto muy suyo y muy coqueto. Siempre que la veo en acción, me pregunto cómo no le da pereza tanto coqueteo.

—Ay, sí, qué lapsus. —Me tapo la cara con las dos manos riendo.

Y nos ponemos a organizar imaginariamente nuestra convivencia a tres. Es algo con lo que hemos fantaseado decenas de veces desde que mi marido y mis hijas se fueron. A ambos lados del salón hay dos dormitorios grandes con sus respectivos baños, y cada una se ha adjudicado uno. Las tres componemos un pequeño organismo de risas y cuchicheos. La gran incógnita es la pareja de Marta y el marido de Elisabetta, aún no sabemos qué hacer con ellos.

Marta vive con una mujer a la que prácticamente no conozco y Elisabetta, que tuvo un hijo en su juventud con un publicista italiano, que en las fotos se parece a Berlusconi, está casada con un diseñador gráfico de los que se pusieron muy de moda en la Barcelona de los Juegos Olímpicos; un hombre ahora retirado de la vida social que se dedica a pintar y con el que no comparte piso.

Me tengo que morder la lengua para no hablarles de Román. Esta noche mismo he estado a punto un par de veces. Quizá sea miedo a que se gafe la historia, voy pensando después de bajar a abrirles la puerta de la calle y mientras me cepillo los dientes.

Un solo cepillo de dientes y el tubo de la pasta maltratado como a mí me gusta. Es la segunda vez en la vida que no comparto baño, que vivo sola. Recuerdo la primera, recién cumplidos los veinte. Mi padre me cogió aparte una noche de las que llegué de madrugada y me dijo que aquella casa no era una pensión, que tenía que acatar unas normas, no estaba siendo un buen ejemplo para mis hermanos, y que si no cambiaba ya me podía largar. El hombre tenía razón, su deber era mantener el orden en una familia de derechas y católica, una familia burguesa catalana de cinco hermanos en la que yo, la mayor y única hija, había salido un tanto rebelde. Me largué. De ser una niña que vivía con sus padres y hermanos pasé a ser una chica que vivía sola en el primer apartamento que pilló.

Esta segunda vez, de ser una mujer joven que vivía con su familia he pasado a ser una mujer madura que vive sola en un palacio. Y el palacio estaría bien compartirlo con mis amigas dentro de unos años, aunque siempre he sabido que no estoy hecha para la convivencia. Mi matrimonio fracasó por culpa del desgaste, por el hartazgo de compartir semana tras semana, mes tras mes, año tras año el mismo espacio. Amo a mis hijas, pero no estoy todo el día atosigándolas. Soy una mami despegada. Me encantan mis amigos y amigas, pero al rato estoy deseando que se vayan y volver a mis quehaceres, aunque no tenga ninguno. Lo mío es el amor a distancia. La mía es una historia de liberación.

Enciendo la estufa del baño. Debía haberlo hecho hace un rato. Este piso de techos altos y carpinterías antiguas que no ajustan no es fácil de calentar. Y más para una sola persona. Pero pasar un poco de frío no me molesta, me compensa por la belleza que me rodea y la serenidad que me ha proporcionado mi nueva vida. Y es que, cuando mi marido y yo decidimos separarnos, fui yo la que dio los primeros pasos para irse: sacar la ropa de los armarios, meter los libros en cajas de cartón, llamar a una furgoneta… Pero nos

sentamos tranquilamente a hablar e invertimos los planes. Mi marido sería el que se iría, estaba jubilado y prefería iniciar una nueva vida fuera de la ciudad. Al cabo de poco mis hijas se independizaron y, en cuestión de meses, me quedé sola. Una gran placidez comenzó a envolverme a medida que transcurrían los días. Parecía lela: todo me iba bien, no le encontraba pegas a nada. Había dejado atrás las horas conflictivas en que nos reuníamos la familia; las comidas y cenas en las que siempre y por arte de magia caía sobre el mantel una opinión o se producía un malentendido que nos enfrentaba; los malhumores posteriores; las tiranteces que nos llevaba tiempo limar.

Habían cesado las polémicas sobre cualquier tontería, la mayoría de carácter doméstico, como el color de unas sillas o la necesidad de cambiar el televisor, pijadas sin importancia que en nuestro caso se convertían en cuestiones de vida o muerte, y en mi vida reinaba la paz. Esta noche, sola en mi palacio, bien conmigo misma, con mi recién adquirida independencia, me siento una mujer agradecida. Aunque mañana ingrese en un quirófano y haya pocas cosas que me inquieten y me espanten tanto como la anestesia. Odio la anestesia con todas mis fuerzas.

El box que me han adjudicado es una habitación discreta, pintada de color gris claro y con una cama en el centro. Al verlo no me ha causado ninguna impresión. He estado en este o en otros parecidos.

Tengo las suficientes intervenciones quirúrgicas a mis espaldas para saber que mi cuerpo las detesta y se rebela contra ellas. Sea en la sala de operaciones o en el posoperatorio, siempre surgen complicaciones. Cuanto antes pase todo, mejor. No puedo pensar en otra cosa.

Me estoy haciendo daño en las yemas de los dedos de tanto retorcer y retorcer las esquinas de la almohada cuando el cirujano irrumpe en el box. Un hombre mayor, calvo y con barriguita:

—Hola, Martina, ¿estás lista? En unos minutos vendrán a buscarte para llevarte a quirófano.

No es la primera vez que mi cuerpo pasa por su taller de reparación. Es un excelente *bricoleur*. Serio y concienzudo. Seguro que los tornillos que tiene preparados para mi rótula son de la máxima calidad. Pero…

—Doctor, espere, por favor.

Con la mano en el pomo de la puerta el médico se da la vuelta. Trato de explicarle.

—Creo que no le he contado que una vez me desperté en quirófano en mitad de una cirugía… Sé que es muy raro, que no es lo habitual… —Siempre que expongo el episodio a un médico me excuso, como si la culpa fuera mía.

El cirujano se acerca a los pies de la cama mientras hago esfuerzos por recordar si, cuando me fijó el hombro derecho, le hablé ya del tema:

—Fue muy traumático. Créame. Ocurrió durante una operación

de estética.

Pone el gesto serio y me observa atentamente tras sus gafas de montura amarilla. «Quizá no se lo comenté», pienso. Sigo explicándole.

—Yo estaba muy delgada y después de tener a mis hijas los pechos me quedaron como dos higos secos. Comencé a hacer pesas en el gimnasio, cogí algo de volumen, pero mi pecho seguía igual, muy flácido. Era la época de los primeros aumentos de mamas en Barcelona y decidí ponerme unos implantes, con la mala suerte de que, en mitad de la operación, en el quirófano, me desperté.

Recuerdo que estaba sentada con los ojos cerrados y sentía un dolor bestial en el pecho. Como un cerdo al que están clavando puñales a lo vivo. Intenté mover los dedos de los pies, los de las manos, que saliera algún ruido de mi boca. Gritarles que pararan: «¿No veis que estoy despierta?, ¿que esto es una tortura insoportable?». Pero ni podía moverme ni de mi garganta salía el más mínimo sonido. Imposible comunicarme. Me sentía emparedada en vida, aullando de pavor en silencio.

El médico me roza con sus manos, a modo de caricia, la sábana que me cubre los pies. Se lo agradezco.

—Era consciente de lo que me estaba pasando sin poder moverme, sin poder avisar —continúo explicándole.

Asiente pensativo. Lo imagino cansado de mi historia. Al fin y al cabo él es cirujano, no anestesista.

—Por la noche daba saltos en la cama del hospital, imposible quedarme quieta por culpa de los nervios. Las enfermeras no podían darme más calmantes, ya que no estaban pautados. Estaba tan desesperada, tan fuera de mí, que exigí hablar con el médico que me había operado. Era muy tarde. Ante mi insistencia acabaron llamándolo por teléfono. Al principio no creyó lo que le estaba contando, pero cuando le reproduje las conversaciones que había escuchado en la sala de operaciones, colgó, cogió la moto y a los cinco minutos lo tenía junto a mi cama.

El médico baja la cabeza. Ha escuchado en silencio mi historia, quizá por segunda vez.

—Todavía estoy esperando a que aquel cirujano muestre algo de sentimiento. Y mire que lo ha tenido fácil, hemos coincidido en varias cenas y fiestas de amigos comunes —me emociono.

—No sufras, inyectaremos una epidural y una sedación, todo marchará sobre ruedas.

—Por favor, necesito conocer al anestesista; mirarlo a los ojos. Para el parto de una de mis hijas me tuvieron que poner dos epidurales, porque la primera no hacía efecto y no se puede imaginar cómo me sentaron. Durante un par de días no pude abrazar a mi hija porque cada vez que me la acercaban le devolvía encima.

—Es una anestesista muy buena. Te prometo que podrás hablar con ella antes de que te duerma —me tranquiliza el médico quitándose las gafas y limpiando los cristales con una toallita que lleva en el bolsillo.

No me fío. Con este asunto no me fiaría ni de mi madre. Hay demasiados factores que influyen y lo que me ocurrió no es un fenómeno aislado, como dicen los médicos. Le ha ocurrido a muchas personas. Sobre todo hace años, cuando se experimentaba con nuevos narcóticos para que el paciente estuviera solo el tiempo imprescindible bajo sus efectos. Pero los médicos se encubren unos a otros, incluso he hablado con algunos que, por principio, niegan categóricamente que esto pueda ocurrir.

Descubrí también gracias a Google que el cóctel de medicación de la cirugía incluye algo que llaman «un paralítico» y, como su nombre indica, su función es paralizar al cuerpo para que permanezca quieto en cualquier circunstancia. Pero cuando la anestesia falla, el paralítico imposibilita que los pacientes puedan indicar que están despiertos.

Tiemblo por lo que me espera.

Paseo la vista por el box apenas iluminado. Todo está en calma y en silencio. Mi exmarido cabecea en la butaca al lado de la cama. Estoy desorientada. Me esfuerzo mentalmente para situarme en el tiempo. Si no me equivoco, ya me han traído de vuelta del quirófano y todo ha acabado. Es raro, me siento bien, no estoy mareada ni me duele nada. Tal como me había asegurado, justo antes de la operación, el médico me ha presentado a la anestesista, una chica muy joven: «Hazte a la idea de que soy tu madre —le he dicho—. Por favor, no lo olvides, trátame como si fuera ella». Y la he cogido de la mano.

—Si logra ponerse en pie, puede irse a casa. —Una enfermera entra en el box y enciende la luz del techo.

Mi exmarido se despierta de golpe. Me alegra tenerlo cerca en estos momentos.

Debemos irnos. Entre los dos me ayudan a sentarme sobre la cama y luego con mucho cuidado a ponerme en pie. No noto la parte inferior del cuerpo, pero puedo sostenerme apoyada en ellos. La enfermera me acerca la silla de ruedas.

—¡Hala! ¡A casita otra vez! —dice alegremente.

El reloj del móvil marca las ocho de la tarde. Si todo va bien, en media hora podré estar en mi cama, calculo mientras mi ex empuja la silla por los pasillos y con esfuerzo logra acomodarme dentro del coche. Me encuentro mucho mejor de lo que esperaba, pero al llegar con el coche a la plaza del Lápiz de la Diagonal nos encontramos con el acceso a Paseo de Gracia cortado por unos coches de los Mossos. Entre una cosa y otra, nos habíamos olvidado de que hoy habían convocado una manifestación en el centro de Barcelona. Nos acercamos a un coche patrulla. Bajo la ventanilla para hablar. «No se

puede pasar», nos advierte el policía. «Trata de darle pena», oigo que me aconseja mi exmarido desde el asiento del conductor. Pero no me hace falta fingir. Acabo de salir de quirófano, aún no noto el culo ni parte de las piernas por culpa de la epidural y necesito urgentemente llegar a mi casa y meterme en la cama. El agente niega con la cabeza. Insiste: «No se puede pasar. Quizá puedan llegar a pie, no está muy lejos», nos aconseja. Llevamos la silla de ruedas plegada en el maletero y, aunque me veo incapaz de hacerlo, le digo a mi ex: «Déjame aquí mismo, en la esquina de Diagonal, y bajo con la silla hasta Provenza». No sé por qué le digo esto, pura impotencia, porque la calle está llena de gente y yo no me manejo bien con la silla, y una vez frente a la Pedrera tendré que subir y bajar algunos escalones antes de alcanzar el ascensor:

—Martina, estás recién operada. ¿Cómo vas a ir tu sola, subir las escaleras, todo? —me contesta mi exmarido.

Tiene razón. Damos vueltas y vueltas con el coche, intentando aproximarnos todo lo posible a la Pedrera, pero las furgonetas de la policía han cerrado el acceso al centro de la ciudad, impidiéndonos una y otra vez el paso desde cualquier calle. Mire adonde mire veo las luces azules intermitentes de los coches patrulla. Imposible acercarse a la Pedrera en coche, o aparcar en varias manzanas a la redonda. Desespero y siento náuseas. Se acabaron las buenas sensaciones: la sedación, la epidural o lo que sea que me hayan inyectado empieza ahora a hacer de las suyas. La calle se está llenando de gente. Todo me da vueltas y la herida se me está despertando. Me encuentro mal. El dolor llega en oleadas.

Bajo la ventanilla:

—Voy a vomitar.

—Aguanta, aguanta —ruega mi exmarido.

Pienso en la complicidad que nos une, en lo cómoda que estoy en su compañía. Por otra parte, algo que me ha sucedido con todas mis exparejas: acabamos siendo como hermanos. Y cuando me da por preguntarme si con Román algún día lograré este punto de relax, de repente, zas, no puedo evitar una gran arcada y vomito.

Con la cabeza fuera del coche oigo que él habla con alguien por

teléfono:

—Se ha complicado. Tenemos para rato —dice—. Y ahora Martina está vomitando.

Me despierto empapada en sudor, con las extremidades entumecidas y las encías resecas. He tenido unas pesadillas terribles durante la noche. No entiendo como algunas personas dicen que les gusta la sedación o la anestesia. Para mí es un trauma que me dura días. Abro los ojos y palpo mi cuerpo bajo las sábanas. La pierna inmovilizada, tiesa como un palo desde la ingle hasta el tobillo, con una venda y una férula azul. El resto del cuerpo parece en orden, aunque me siento extenuada. Me falta tiempo para alargar la mano y comprobar que el móvil está cargado y hacerme una foto de la pierna ya operada para Román. Nada más enviar la foto, cuento los minutos esperando su reacción, aunque sé que por las mañanas le cuesta arrancar.

Me impaciento y, para aliviar la espera, envío otro wasap a mi ex. Lo imagino en su casa en el bajo Ampurdán. Una pequeña construcción de piedra, donde en su día se almacenaban los trastos de una masía, con un huertecito del que se ocupa a diario, un corral con gallinas y un panal de abejas. Debe de estar enfundado en su mono de trabajo en el exterior, o en su motoreta camino del pueblo para comprar el pan. Es muchos años mayor que yo y se ha adaptado a las mil maravillas a la vida tranquila. Quién lo ha visto y quién lo ve. Más de cincuenta años trabajando como arquitecto doce horas al día en un estudio con muchos colaboradores y mucho estrés y, desde el mismo momento en que se jubiló, cambió de chip y ahora, cuando lleva un rato en la ciudad, se le notan las ganas de salir huyendo.

«Gracias y más gracias, no me merezco lo bien que te portaste ayer. Si no llega a ser por ti, no hubiera llegado a casa».

«Tú harías lo mismo conmigo».

Me felicito una vez más por haber logrado esta armonía con mi ex, algo fundamental para encarar mi nueva soledad.

Luego envío un wasap a mis hijas. Con toda probabilidad estarán en sus respectivos apartamentos, con sus parejas, desayunando o trabajando en el ordenador.

«Tranquilas, he resucitado».

Las dos contestan con emoticonos de aplausos y corazones.

Les envío un solo corazón. Espero que palpite. Y a continuación les digo:

«No os molestéis en venir a verme. Estoy bien y tengo todo lo necesario».

Las dos trabajan muchísimo y no las quiero fastidiar. Moverse por la ciudad roba un montón de tiempo.

De mis más cercanos faltan Marta y Elisabetta, les envío otro wasap.

Me levanto como puedo para ir al baño. La silla de ruedas tiene incorporada una pieza para mantener la pierna estirada en posición horizontal y esto dificulta mucho hacer los giros. Por suerte, los pisos de la Pedrera son amplios y con unas cuantas maniobras consigo cruzar la puerta y encarar el lavabo que se encuentra junto al dormitorio.

Los desplazamientos son igual de engorrosos que la semana pasada cuando volví a casa enyesada y con la bolsa de la ropa sucia, en esto nada ha variado, aunque ahora tengo una cierta práctica, pero la operación me ha añadido una sensación de malestar. Noto mi organismo exhausto, sin ganas de hacer nada, ni siquiera de beber. Y eso que debo hidratarme continuamente para eliminar la química que circula todavía por todos los rincones de mi cuerpo.

De vuelta a la cama consulto el móvil de forma obsesiva, también el iPad. Se suceden los mensajes. Ofrecimientos de ayuda. «Sabes que puedes contar conmigo». «Si me necesitas, aquí estoy». Sonrisas, guiños, flores, pero yo sigo esperando una respuesta de Román que no llega, poner palabras o imágenes a mi ilusión. Pero es inútil. No sé qué le debe de ocurrir. Parece que se lo ha tragado la tierra. Vuelvo a mirar el reloj. Ha pasado demasiado tiempo.

Empiezo a preocuparme. Siento un ligero runrún en el estómago.

Tengo ganas de que oscurezca. Lo mejor que me puede ocurrir en esta situación es quedarme adormilada para no agobiarme más de la cuenta porque Román no me contesta, mato las horas viendo por segunda o tercera vez *Jules et Jim*, de François Truffaut, sin quitar el ojo de la pantalla del móvil. Finalmente doy por terminado el día y me duermo pegada a él. El teléfono es ahora mi pareja. Mi compañero las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Mi contacto con el mundo.

Me despierta un dolor fortísimo e intermitente en las cervicales. Localizo con las yemas de los dedos los puntos exactos de dolor. Aprieto. Me oigo gritar. La puta anestesia sigue ahí. Miro la hora en la pantalla del móvil: son las tres de la madrugada. Siento que las horas no pasan. Marco el número de teléfono de la central de seguridad del edificio. Solo para cerciorarme de que funciona y de que el personal está atento por lo que pueda pasar. Uno de los guardas responde enseguida. Antes de intentar dormir otra vez, compruebo si Román se ha conectado. Nada. ¿Qué estará haciendo?, ¿habrá salido?, ¿estará con alguien?, ¿con otra a la que también habrá hechizado con su conversación? ¿Por qué no contesta? Me dan ganas de llamarlo, aunque sean las tres de la madrugada y tengamos que hablar a grito pelado. Mi cuerpo me pide meterle un moco. Jo, él sabía que hoy me operaban. A punto de marcar su número, recuerdo que me dijo que se iba a cambiar el móvil. Este pensamiento me tranquiliza un poco. Eso lo explicaría todo. Normalmente no tarda tanto. Solo se retrasa por las mañanas… Enderezo los hombros, muevo el cuello para liberarlo de tensiones y luego aprieto los párpados con fuerza. No tengo otra opción que dormir.

Me froto los ojos con los puños. La entrada de un wasap en el móvil interrumpe una de mis continuas cabezadas:

«Hola», ha escrito Román.

«Hooolaa», contesto emocionada.

Respiro hondo y sonrío. Deseo que Román continúe escribiendo. Espero unos minutos. Nada. Me tiene Siempre sobre ascuas.

Recuesto la cabeza en la almohada, bajo los párpados y trato de recuperar su imagen, cada día más desdibujada. Han pasado ya treinta y seis días desde que me siguió al salir del cine, treinta y cinco que no lo veo. Mantengo los ojos cerrados hasta que consigo visualizar de nuevo a mi Jacques Dutronc. Me da por imaginar que soy Françoise Hardy. Françoise y su *amour fou* por Jacques, Françoise cantando *Tous les garçons et les filles*. La época de la revista *Salut les Copains*. Johnny Hallyday, Sylvie Vartan, France Gail con su *Poupée de cire poupée de son…* y el *Je t'aime moi non plus* de Jane Birkin y Serge Gainsbourg y las fotos de Brigitte Bardot, con quien Serge grabó la primera versión de la canción. Brigitte con sus *jeans* de cintura baja y sus camisetas en Saint-Tropez, sus novios y su libertad. Un mundo idílico y sensual en el que a todos nos hubiera gustado vivir.

Ahora sí. Ahora llegan los wasaps de Román en cadena, en su estilo habitual, torrencial, sin esperar siquiera a que yo conteste:

«Hola, Martina».

«Al final cambié de móvil. He estado desconectado».

«Acabo de ver la foto de tu pierna. ¿Cómo resultó la operación?».

Escribo «bien» y al segundo escribe:

«Pues si te encuentras bien, el próximo lunes voy a Barcelona».

Y se desconecta.

¿Próximo lunes? Un, dos, tres, cuatro, ¡cinco días! Biennnnnnnnnn. El viento sopla a favor.

Tres días después de la operación sigo en la cama. No tengo prisa por levantarme. He empezado a resignarme a pasar el invierno en casa y mejor no darse prisa en coger de nuevo el ritmo, es preferible mantenerlo bajo, algo apático, porque me he informado y la recuperación será larga.

He tenido suerte de que no ocurriera en verano. Tal como me han inmovilizado la pierna, ducharme ha pasado a ser un lujo que no podré regalarme a diario. El invierno es época de recogimiento, hace frío y oscurece más temprano. La época ideal para romperse la rodilla o cualquier otro hueso del cuerpo.

Aprovecharé para trabajar. Vivir en la Pedrera, mi hogar desde hace tantísimo tiempo, es una experiencia que me encanta compartir, y respaldada por una editorial importante mi libro llegará a muchísimos lectores, algo que me ilusiona. De hecho, fui yo la que les propuse el trabajo. Les entregué los primeros capítulos junto con una sinopsis del resto y se entusiasmaron. Recibiré los primeros fríos del invierno escribiendo en la cama como hacía Colette en ciertos momentos de su vida.

Con el portátil sobre el edredón recuerdo una de las muchas frases de Dorothy Parker que siempre me han gustado: «La creatividad es un animal salvaje y un ojo disciplinado». Trato de concentrarme en la pantalla mientras corrijo un par de páginas que escribí antes de la operación. Coma aquí, punto allá. Tacho y vuelvo a escribir. Hay días en que me cuesta. Pero ¿cómo voy a concentrarme en el trabajo si mi mente está vacía de palabras y la figura agigantada de Román lo llena absolutamente todo? Pienso a todas horas en él, solo lo veo a él. Me ocupa la cabeza, no hay espacio para nada más. Por suerte, en cuatro días lo tengo aquí.

Dirijo la vista hacia el barómetro de mercurio que tengo colgado en la pared justo al salir del dormitorio. Es de mi tío abuelo. Mi gran benefactor. Gracias a él puedo dedicarme a escribir, gracias a él puedo permitirme muchos caprichos. Un hombre que no tenía hijos y que dejó su fortuna a sus sobrinos, uno de los cuales, mi padre, había muerto antes que él, por eso la herencia pasó a mis hermanos y a mí. La única herencia de la que he disfrutado, la herencia ideal, sin luto, el dinero de un hombre que no conocí y al que seguramente le hubiera gustado ser meteorólogo, ya que como descubrimos tras su fallecimiento tenía todas las paredes de su casa llenas de aparatos para medir el tiempo.

Gracias a un aficionado a la meteorología, trabajador y ahorrador, puedo concederme muchas licencias, la más importante: no estar obligada a escribir sin descanso, no ir con el agua al cuello para llegar a fin de mes. Ceñirme a lo esencial. En estos momentos abrazar por segunda vez a Román.

Hace un sol radiante que anima a inventarse mil planes. Necesito moverme. Liberar un poco de energía, cansarme para disfrutar del descanso.

La silla de ruedas me aguarda junto a la cama. Hago un torpe traspaso de la cama a la silla y salgo de excursión por mi propio piso, pintado todo en un tono hielo. Un piso como muchos del Ensanche barcelonés, con un largo pasillo que une las habitaciones de la parte delantera, que suelen dar a la calle, con las de la parte posterior, que suelen dar a un patio interior de manzana. La diferencia es que mi pasillo no es recto como acostumbran a ser la mayoría de los pasillos, sino que tiene forma de c. Dejo atrás la parte posterior donde se encuentra mi dormitorio, un lavabo y la salita con mis libros, la tele y el ordenador, y me dirijo a la parte delantera de la casa, donde están el salón comedor, dos dormitorios más, cada uno con su propio lavabo, y la cocina. La curiosidad de estas dos habitaciones es la puerta corredera que las une al salón. En algunos de los pisos que he visitado, esas dos estancias han sido empleadas como oratorio o biblioteca, un complemento del gran salón.

Enfilo el pasillo. Es ancho y tiene los techos altos —como todo el piso—, el suelo de mármol y grandes ventanales que dan a uno de los dos patios interiores del edificio. Una joya que uno no se cansa de contemplar. Encaro la silla de ruedas en dirección a la parte delantera, la parte noble de la casa, de la que, desde que mi familia se fue del piso, solo uso la cocina. Maniobrando con la silla, echo una ojeada al interior de la nevera. Bravas, mis hijas. Han comprado lo que suelo comer, aunque hay algo que me extraña: unas rodajas finas de mortadela junto al queso bajo en sal. Sospechoso. Pocas veces me habrán visto ellas comer mortadela. Pero con el estómago

cerrado algo como esto es justo lo que me apetece: una guarrería. Alargo el brazo, estiro un par de lonchas y las devoro ansiosamente.

De vuelta al dormitorio aprovecho para cambiar de lugar las tijeras de la vitrina; una vitrina de madera con puertas correderas de cristal, que compramos de segunda mano a un taxidermista y que colocamos en el pasillo en forma de c. Está repleta de curiosidades de la familia, objetos sin valor económico pero muy cercanos al corazón. Recuerdo que hace mucho que no veo a Nina, la amiga que me regaló las peculiares tijeras para mi comunión. Al cambiarlas de lugar compruebo que no se hayan quedado atascadas, no, siguen abriéndose y cerrándose con suavidad. Luego me dirijo a uno de los ventanales. Lo abro de par en par. Tengo miedo de que la casa huela mal. Es algo que me obsesiona. Estos días la ventana de mi dormitorio siempre permanece abierta. Mi pierna y yo protegidas por el edredón.

Al abrir el ventanal del pasillo saludo con la mano a un turista con un sombrero de ala ancha como el del Zorro que desde la terraza se me queda mirando. Él me devuelve el saludo agitando los dos brazos. La terraza de la Pedrera está llena a rebosar, como siempre, haga sol o llueva. El flujo de turistas es impresionante. Forman parte importante de mi vida en la casa. Tres mil y pico cada día. Ahora un niño hace como que me apunta con una pistola. Es un niño oriental y lleva una mascarilla que le tapa la nariz y la boca. No sé cuántos metros habrá desde donde me encuentro hasta la terraza donde se encuentra él. La terraza está en un piso por encima de mí y nos separa el ancho del gran patio interior. Pero lo veo perfectamente, a él ya todos los que se pasean. Me pregunto con qué detalle me verá él a mí. Es algo que preocupaba mucho a mis hijas cuando de pequeñas se paseaban por este largo pasillo lleno de ventanales. «Martina, baja más las persianas, que nos están viendo», se quejaban. A mí no puede preocuparme menos. Desde que me caí y estoy en casa, voy en camisón. No me molesto en vestirme. Con la férula azul es dificultoso y nada me sienta bien. ¿Para qué voy a complicarme la vida vistiéndome de persona si no salgo de este piso? Ya me esforzaré cuando llegue Román.

Estoy tan ricamente acurrucada bajo mi edredón tras haber desayunado, cuando recibo una llamada de la jefa de prensa de la editorial donde publiqué mi última novela. Se interesa por cómo ha ido la intervención y necesitaría saber si accedería a recibir en casa a un periodista y a un fotógrafo italianos. «Es pronto —le contesto—, demasiado pronto. Dame una semanita más para acabar de recuperarme», le pido con la idea de no adquirir compromisos y poder dedicarme a Román cuando llegue.

La promoción de esta última novela me ha dado mucha vida en estos meses. Se publicó el marzo pasado y he tenido un montón de entrevistas en los medios, mensajes que me llegan a través de la web, otros a través de la línea privada de mi cuenta de Instagram…

En mi vida anterior, con las pequeñas pero constantes responsabilidades familiares en las que estaba inmersa, no hubiera podido dedicarme con la misma buena disposición y alegría con que lo hago ahora. Con la convivencia pierdes parte de tu identidad, de tu tiempo, y si eres mujer con hijos, todavía más. Al menos, yo lo viví así. Cualquier pequeño antojo de mi marido, de mis hijas o de los amigos que frecuentaban la casa pasaba por delante de mis necesidades. Era la esposa, la mami, el ama de casa, intentando agradar a todos y ser una buena anfitriona.

Recorro en la silla el piso mágico en el que me ha tocado vivir y que estoy sobreexponiendo en la prensa. Un piso al que llegué por amor. Un piso de trescientos cuarenta metros cuadrados con techos altos, sin ángulos rectos. Un piso con siete tipos de suelos diferentes. Mi preferido, el parqué del salón, de una madera de roble y haya que, como el resto, tiene más de cien años. El más curioso: las baldosas hidráulicas de la salita de atrás de color verde y con dibujos

marinos, caracolas y estrellas de mar, las mismas que el Ayuntamiento puso en las aceras de Paseo de Gracia.

Llevo aquí treinta y dos años y aún me sigue gustando recorrer las habitaciones en silencio a primera hora de la mañana o a última de la noche. Sobre todo, por la noche. Disfruto con el espectáculo igual que los japoneses, aunque ellos lo supieron apreciar antes. Su mirada fue la que nos hizo darnos cuenta a los barceloneses de las joyas que teníamos en nuestras calles y que no valorábamos. Ellos se sienten muy cercanos al modernismo. Se rumorea que la fascinación de los japoneses por Gaudí obedece a un hecho fortuito: la campaña publicitaria de un *whisky*. Las imágenes de una bailarina con cara de *geisha* bailando por las terrazas del Palau Güell dejaron a los japoneses con la boca abierta. Antes de verano recibí a una televisión nipona (Fuji TV). Vinieron muchos, todos vestidos de negro, muy respetuosos, casi ni se atrevían a mirarme a los ojos, pero deleitándose con cualquier detalle. Les enseñé toda la casa. Una experiencia que imagino que recordarán de por vida.

Se me ocurre que estaría bien que hiciera una lista con toda la prensa que ha pasado por aquí. Es una información que me puede ayudar en el futuro. Hago memoria. El *Appledailyhk* de Hong Kong, el *New York Times Magazine, The Guardian*, la BBC, el Channel 5 del Reino Unido y muchísimos más, sin contar los medios nacionales. Lo suyo hubiera sido hacerlo desde el principio, un libro de visitas o un diario, una recopilación completa de toda la proyección que a raíz de la novela se le está dando a una vivienda habitada por un particular en la Pedrera, pero en lugar de ponerme a ello cuelgo una *storie* en Instagram. Es la *geisha* bailando entre las magníficas esculturas revestidas de *trencadís* de la azotea del Palau Güell de Gaudí. Transcurren un par de horas. Compruebo la lista de personas que han mirado la *storie* y en la lista no aparece Román, pese a estar conectado todo el rato. Vuelvo a repasar la lista minutos después. Nada. «Venga, Román, venga. Ánimo, mira la *storie*, ¿por qué no la miras? ¡La he colgado pensando en ti!». Trato de insuflarle ánimos desde mi casa a la suya, o desde mi casa a donde se encuentre. Nada. No lo consigo. Y lo peor de todo, lo que me

avergonzaría confesar en público en pleno siglo XXI, es que cambiaría todas las horas y el esfuerzo invertidos en el libro que estoy escribiendo porque Román estuviera ya aquí.

La verdad es que no entiendo por qué no está.

No me canso de recorrer las barandillas de las terrazas con la mirada, no hay ninguna igual y siempre descubro un detalle nuevo. La buganvilla ha vuelto a florecer. Parece que esté diciendo: «Nací para tejer mi enredadera entorno a estos maravillosos hierros y no te defraudaré». Estoy muy orgullosa de ella. Cada domingo suelo dedicarle un rato, igual que al resto de mis plantas.

El sonido del móvil interrumpe este momento feliz. Lo saco del bolsillo y miro la pantalla. Es un wasap de Román:

«Martina, no me esperes mañana».

¿Quéééé?

De la rabia que me entra doy un tijeretazo con las tijeras de podar a una preciosa rama florecida, que cae sobre el suelo de la terraza.

«Me han programado unas pruebas médicas para el día 31 en Barcelona. En lugar de mañana, iré el viernes», explica.

«¿Lo he leído bien? ¿Es posible? ¿Otro aplazamiento?», me digo mientras miro llena de arrepentimiento lo que le he hecho a la pobre buganvilla, que no me ha dado otra cosa que alegrías.

«Solo unos pocos días más sin verte», comenta.

¿El 31 ha dicho? Cuento con los dedos. Otros cinco días más.

«Muchas ganas», escribe, y lo redondea con un signo de exclamación.

Estoy pensando qué puedo contestar. Por una parte me fastidia otro aplazamiento, me fastidia hasta el infinito porque empiezo a desconfiar de este hombre, y odio desconfiar de la gente. Por otra me inquieta eso que dice de unas pruebas médicas. Empiezo a preguntarle por las pruebas cuando recibo otro mensaje:

«Feliz día, mi hada».

Trato de contestarle y me doy cuenta de que ya se ha desconectado. Siempre todo tan rápido. Releo lo que ha escrito. No parece darle importancia a eso de las pruebas. Debe de ser un control rutinario.

Medio sentada en un taburete bajo, me dispongo a seguir quitando las hojas muertas y los hierbajos que crecen en las macetas. No entiendo lo que está pasando. Con el AVE en dos horas y media se plantaría a dos manzanas de casa. No hace falta esperar a someterse a unas pruebas médicas para venir. En el tiempo que hace que lo conozco podríamos habernos visto todas las veces que hubiera querido.

Cualquier excusa debería valer para levantarse y coger el tren a Barcelona, y más viviendo su hija aquí. ¿Y eso de las pruebas? ¿Es que en Madrid no hacen pruebas médicas? ¿Acaso nosotros tenemos aquí una supermáquina que ellos no tienen allí? ¿Por qué no aproveché el momento? ¿Por qué fui tan tonta de dejarlo marchar aquel día? ¿Cuándo aprenderé que ciertas oportunidades hay que pillarlas al vuelo y no dejarlas escapar?

En este momento, si no tuviera la rodilla mal, cogería e iría yo misma a Madrid. Aunque solo fuera para ver de cerca esos ojos tan salvajemente azules. Para oler de nuevo su colonia. Para… Me remuevo inquieta en el taburete bajo, no encuentro la postura. Mis sentimientos, siempre exagerados, se sienten reprimidos, aprisionados en un cuerpo obligado al reposo, imposibilitado para salir a correr y volver a casa agotada y satisfecha, bien alimentada de endorfinas. Aflojo para volver a apretar los veleros de la férula, una bocanada de aire para mi pierna. Recojo la rama de buganvilla que me mira triste desde el suelo.

Suena el móvil de nuevo. Me precipito a introducir la mano en el bolsillo. «Qué ilusa», suspiro. Román nunca llama. Le comenté que mi teléfono no se oía bien y tenía que gritar y no soporto hacerlo. Me arrepiento de habérselo dicho. Daría mucho por escuchar su voz ronca y sexi. Estoy volviendo a mi juventud. A cuando vivía sola en mi pequeño apartamento, cuando pasaba las horas pendiente de la llamada de algún chico, cuando una nueva

ilusión eclipsaba todo lo demás. Pero ahora soy una mujer madura, con experiencia, no tendría que ser así. No debería sentir esas manos que me atenazan la garganta y que me impiden respirar en un piso como este, espacioso y bello; esa indisposición, esa batalla que siento se está librando en mi estómago. Y todo por culpa de un señor que me ha acostumbrado a recibir los wasaps en cadena, una batería de wasaps que en cuanto comienzan a sonar hacen que mi corazón empiece a galopar.

Abandono el balcón trasero frotándome las manos con fuerza porque se me han quedado heladas de tanto trajinar con las plantas. Paseo nerviosa por el pasillo en la silla de ruedas. No puedo estar quieta. Me detengo ante la vitrina de curiosidades, el mueble enorme de madera con puertas de cristal correderas donde los cuatro miembros de la familia cogimos la costumbre de exponer nuestros objetos favoritos. Me quedo observando el cordón umbilical de mi hija mayor, la pulsera que le pusieron a la pequeña en la muñeca al nacer para identificarla, la navaja con la que mi marido jugaba de crío, la colilla del último cigarrillo que fumé. La colilla la enderezo, alguien la ha tocado y ha quedado torcida. Luego asomo la cabeza por uno de los ventanales. La terraza está llena de turistas. Dos de ellos, cuando me ven, me enfocan enseguida con sus máquinas. Me importa un comino. No me oculto; es más, levanto la cara y me quedo mirándoles fijamente. Desde mi asfixia interior, sonrío para los recuerdos que les acompañarán de regreso a sus respectivas casas.

Esta mañana me ha costado ponerme en marcha. Por suerte, por la tarde ha venido mi amiga Marta, he cambiado el camisón por una de mis chilabas y hemos bajado las dos al auditorio de la Pedrera para asistir a una charla a la que estaba invitado el escritor Antonio Lobo Antunes. Una conferencia que hace días esperaba.

Lo he escuchado embelesada desde mi butaca en una sala a oscuras, sellada por un silencio reverencial. Minutos antes había refrescado la memoria en Google: miembro de una familia de la alta burguesía portuguesa, tras estudiar Medicina y especializarse en Psiquiatría, Lobo Antunes sirvió en el ejército portugués durante la guerra de Angola. Eterno candidato al Premio Nobel.

El escritor nos habla desde el estrado, arrellanado en una butaca con actitud relajada. Cercano a los ochenta años, conversa sobre literatura, la vida y los sentimientos en general, para acabar con esta frase que no me extrañaría que mañana fuera titular en algunos diarios: «Solo hay dos cosas que valen la pena en la vida: el amor y la amistad; el resto es una mierda».

Subiendo a casa en el ascensor, noto como los ojos se me humedecen.

—Martina, ¿qué ocurre? —dice Marta abrazándome.

—Siento que este hombre ha traído consigo toda la tristeza y melancolía de Portugal… y nos la ha dejado de regalo en la Pedrera.

—Qué cosas se te ocurren —contesta Marta.

—¿Tú no sientes la tristeza? —Y me aflojo la gran bufanda de lana que me rodea el cuello.

—Yo he disfrutado con la charla. Es un hombre muy interesante —suaviza ella.

Una vez dentro del piso, me dirijo a la parte de atrás, al

dormitorio. Me estiro sobre la cama y Marta me imita, se quita la levita negra y las botas y se estira a mi lado. Marta siempre huele a polvos talco, a limpio, en contraste con su ropa oscura y austera.

—¿Por qué pasas tanto tiempo en la cama, Martina? —me pregunta dirigiendo la vista al techo y jugando con un cojín.

—¿Adónde quieres que vaya tal como tengo la pierna? Trato de tomármelo con calma.

—Pero se te ve pachucha —insiste ella—. No eres tú. Por no mencionar estas lágrimas que te siguen cayendo. —Me las seca con suma delicadeza con sus largos dedos.

Me decido a hablarle de una vez de Román. Lo necesito.

—Tú y Elisabetta siempre queriéndome emparejar… y mira tú por dónde, me he enamorado, Marta. Estoy enamorada hasta las trancas.

Se da la vuelta hacia mí, abre los ojos y se me queda mirando.

—¿Va en serio? —se sorprende.

—No se lo he dicho a nadie. Eres la primera. Pero vivo sin vivir en mí, como Santa Teresa. —Intento esbozar una sonrisa, pero no lo consigo—. Mi cabeza, mi corazón, mi tripa, todo está secuestrado por un hombre. Escucho música romántica, triste, desgarrada, de esa que te hace llorar y no sabes por qué. La grabo para él en las *stories*. A todas horas pienso dónde estará, qué estará haciendo; si también piensa en mí, si piensa tanto en mí como yo en él.

—¿Y se puede saber quién es? —pregunta ella abriendo aún más los ojos y levantando las cejas.

—Lo conocí una tarde del mes diciembre, poco antes de Navidad, y no lo he vuelto a ver.

En su rostro queda congelada una expresión de incredulidad.

—¿Una intensa tarde de cama? —pregunta Marta interesada.

—Nada de eso. —Sonrío—. Solo me dio un abrazo.

Silencio.

—Un abrazo maravilloso y un beso muy tierno en los labios. —Sonrío soñadora.

—¿Y nada más? —pregunta realmente sorprendida.

—Es que vive en Madrid, pero nos mandamos wasaps.

—No estará casado, ¿verdad?

—Viudo o separado, no sé. Solo sé que vive con su hijo. Un chico muy introvertido con pocos amigos. Creo que tiene un problema hormonal, es algo afeminado.

—Jo, Martina, yo no estoy en las redes y no entiendo mucho cómo funcionan, pero con lo bien que estabas, con lo bien que habías organizado tu vida… —se lamenta Marta.

—No tiene mérito. La mayoría de las mujeres separadas se organizan bien —contesto decidida.

—Pero tú además trasmitías mucha luz y ahora te veo muy apagada.

—Sé que debería estar feliz con esta nueva ilusión, algo que no entraba en mis planes. Pero mira cómo estoy.

—¿Cómo estás? De verdad —me pregunta con su cálida voz.

Me coge la mano.

—Ayer, ansiosa. Hoy, triste. Muy triste.

Marta hace un gesto de fastidio con la boca y, soltando mi mano, da un puñetazo sobre el edredón.

Me quedo mirando el panel lleno de fotografías que tengo apoyado en la pared, cerca de la cama. Acaricio con la mirada mis rostros queridos impresos en el papel. ¡Las Literatas! Las amigas que conocí en un curso de literatura sobre la «Gran Novela Americana» y nos hicimos íntimas. Dos de ellas han muerto. La tercera se ha radicalizado, es independentista y solo vive para la política… Siempre me emociono al mirar esta foto. No sé qué hubieran pensado ellas de esta historia.

Marta, a mi lado, calla.

—Marta, ¿por qué todo el mundo revive al enamorarse y yo siento que estoy cayendo en un pozo? Enamorarse no es sufrir y yo sufro. ¿Por qué?

Me coge la mano.

—Ay, con lo feliz que vivías —dice.

Y me acaricia el pelo.

Se ha hecho de noche. Traspaso mi cuerpo a la silla de ruedas y me dirijo a correr las cortinas de la ventana. Oigo como Marta

comenta a mis espaldas:

—Esperaba que te emparejaras de nuevo, pero, tal como te veo, y teniendo en cuenta lo que me explicas, me equivoqué.

Vuelvo la cabeza hacia ella.

Marta, que se ha sentado sobre la cama cruzando las piernas, se aparta la melena lisa medio cana de la cara y sentencia:

—Mejor no crearse expectativas, Martina. —Lo dice lanzando uno de los cojines al aire. Y añade—: A los hombres no les gusta estar solos y si lo están es porque tienen algún problema emocional, sexual o de lo que sea. Los hombres que están solos son raros.

Marta, mi amiga querida, mi amiga de los consejos sensatos…

—Bueno, algo raro sí debe de tener. Pocas veces me he enamorado de uno convencional —suelto pensativa.

Me estoy acostumbrando a abrazarme a la almohada o al primer cojín que tengo a mano. Quizá mi discurso de que sola estoy como una reina no es tan sincero como creo.

Incluso a mí misma, al principio de separarme, me sorprendía mi nueva actitud. Por lo visto habían pasado a la historia los tiempos en que mi gran objetivo era ligar. ¿Tal vez la libido se desgastaba de la misma forma que se consumía una pila? Se hablaba de viejos verdes, pero no de viejas verdes… ¿Quizás a mis sesenta y tres años debía abandonar la cancha de juego y retirarme, resignarme a quedarme en las gradas como espectadora? Fuera lo que fuese, rehuía por completo al sexo masculino, sin contar que no me encontraba con ningún hombre interesante.

En cambio, me sentía rodeada de mujeres maduras, guapas, simpáticas y capaces. Tanto cuando iba a presentaciones de libros, como cuando iba a ver una obra de teatro, asistía a una conferencia o a una exposición, el mundo en la ciudad a última hora de la tarde era estrictamente femenino. ¿Dónde se metían los hombres de una cierta edad entre semana fuera del horario laboral? ¿En el gimnasio? ¿Practicando sexo con una compañera de la oficina? ¿En sus casas en zapatillas leyendo? ¿Viendo deportes en la televisión? Se diría que no existían.

Las expertas del tema, las que llevaban muchos años bregando por todo este circuito, coincidían en que Barcelona en este aspecto era el desierto y la solución se encontraba en migrar. París, Amsterdam, Roma eran los mejores destinos. Lugares cercanos donde los hombres que rondaban la tercera edad conservaban todavía su atractivo y no se escondían: te los cruzabas en cualquier esquina. Pero yo, con todos mis respetos, me había quitado a un

hombre de encima, y ahora mi interés por el resto era nulo. Era una suerte no tener que migrar, no tener que viajar con el único fin de buscar hombres, pensaba aliviada mientras las oía hablar. Qué ingenua. Solo ha sido cuestión de tiempo. Un merecido descanso para coger aire, llenar bien los pulmones y reemprender la carrera. Cinco años de vida virginal para salir reforzada.

Despertarme cruzada en diagonal en medio de la cama es uno de los derechos adquiridos desde que me separé. Como dedicar horas a mis pantallas, o comprar más ropa de lo que solía años atrás. Días en los que yo me marco las responsabilidades, los horarios. Sin que nadie me meta prisa, ni opine sobre la temperatura del piso o la conveniencia de llenar el congelador de helados de todos los sabores. Sin que nadie me cambie el canal de la televisión, ni esté al tanto de mis llamadas o de mis entradas y salidas. Sin que nadie ponga mala cara cuando se me pegue una canción y la cante en bucle, desafinando hasta quedarme afónica. Sin sentirme observada, censurada. Sin tener que dar conversación. Una vida en que el simple hecho de amanecer en una casa en silencio lo vivo como un gran logro. Y más sabiendo que ya he cumplido: he creado una familia tan unida y fuerte como la seda de las telarañas. Como la gran tela de araña que decora las dos puertas de entrada a la Pedrera.

Palpo mi cuerpo antes de abrir los ojos, algo que viene siendo costumbre. Dejo pasar las horas en silencio, atrapada en mis pensamientos. Mirando desde la cama las baldosas color verde del suelo con dibujos marinos, caracolas y estrellas de mar. El dibujo del techo: un círculo dentro de una gran estrella. Dos cuadros pequeños que tengo apoyados en la pared de dos pintoras amigas. Dos litografías de Ramón Casas queme regaló mi abuelo, y que yo enmarqué en madera blanca para resaltar aquellas mujeres dibujadas en carbón. Un panel de madera pintado también de blanco rebosante de fotografías, solo las más queridas como un selfi que nos hicimos la familia las navidades pasadas antes de comenzar a comer. Una tela de color crudo bordada que me traje hace mucho del Rajastán y que tengo colgada a modo de tapiz. La alfombra a los

pies, la lamparita de lectura, la televisión y una cesta de mimbre con las cuatro cosas que necesito tener a mano. Nada más. Al otro lado de la ventana, el balcón con las barandillas de hierro forjado de Gaudí y Jujol, con esas formas redondeadas y entrecruzadas tan extrañas. Tan sugerentes. Enredadas en ellas, mis plantas siempre agradecidas. En lo alto, el cielo: un decorado que nunca es igual.

Cuando me canso de no hacer nada, me las apaño con la silla. Pongo lavadoras y trato de mantener el orden. La familia me ha sacado algún día por el barrio en la silla de ruedas a comprar o a dar una vuelta. Pensé que escribiría, que gracias a la inmovilidad avanzaría en mi libro, pero escribo poco. En el fondo, no me preocupa. Empiezo a leer una novela y la dejo, luego otra, y otra. Lo mismo con las series. No me engancho a ninguna. Tengo una montaña de libros en lista de espera y me han recomendado tres o cuatro series más. Suficiente para pasar estas semanas. No quiero nada más. Solo a Román. Estoy atenta a cualquier señal que me pueda enviar. «Por suerte llega pasado mañana», pienso abrazando más fuerte que nunca la almohada. Y me da por imaginar cómo hará el amor un hombre que abraza como él, que tiene unos ojos tan azules como él.

Elisabetta, al tanto de mi estado de ánimo por Marta, de mi dependencia emocional de unas frases que me llegan con cuentagotas desde Madrid, se ha propuesto distraerme un poco.

—Vamos a incorporarnos a una visita guiada de un grupo de chinos —ha soltado al irrumpir en casa por sorpresa.

—¿Qué?

—Una visita organizada, aquí en la Pedrera. Cogerás ideas para tu trabajo. Pero antes voy a cocinar un plato de pasta para chuparse los dedos. —Se dirige taconeando a la cocina con una bolsa de su tienda italiana favorita en Barcelona.

A media tarde, ya arreglada con una chilaba, nos unimos al grupo en el patio de Paseo de Gracia. Somos las únicas occidentales y no nos quitan el ojo de encima. Elisabetta intenta hacer amistades. En el grupo de unas treinta personas, hay varias familias con un hijo único. Todos vestidos con el uniforme de turista, zapato deportivo y mochila a la espalda, como curiosidad siempre esa mascarilla que les cubre nariz y boca. Ninguna de las dos entendemos lo que explica la guía pero seguimos aplicadas el circuito marcado por la parte alta del edificio, procurando no llamar la atención con las maniobras patosas de la silla de ruedas, con comentarios o risas sofocadas.

Al terminar la visita, abajo, en el patio de Provenza, se ofrece una copa de cortesía al grupo. Oigo el descorche de una botella de cava e instintivamente me giro hacia la mesa donde están las azafatas, con las copas y las bebidas.

—Huy, este sonido me encanta —exclamo.

Se lo he comentado a Elisabetta pero una chica joven china, muy delgada y muy pálida, que está de pie al lado de mi silla, me mira sonriendo. Por su mirada comprendo que ha entendido mis

palabras.

—Es que vivo arriba y cada noche lo oigo desde mi piso —le digo tratando de excusarme.

—Lo sé. Usted es la última vecina —me responde ella.

—Bueno, quedamos todavía dos… ¿Eres azafata o guía de la casa? —le pregunto señalando su uniforme.

—Soy «Planta de arriba» —me contesta sonriente.

—¿«Planta de arriba»? —Elisabetta, que se ha acercado a la mesa a coger una copa de cava, se incorpora ávida a la conversación —. *Cos'é questa cosa?* —pregunta desde sus alturas.

Elisabetta es alta. Marta también. Mis dos amigas son muy altas. Pero Elisabetta, a diferencia de Marta, además siempre lleva tacones. A la mayoría de chinos les saca como mínimo una cabeza y media.

—Contesto preguntas, vigilo al grupo, que no toquen ni manchen nada, que respeten las señales de prohibido el paso. Me ocupo del ascensor, el acceso al ático y a la terraza. Este es mi recorrido, la zona alta, y por esto nos llaman «Planta de arriba» — aclara ella en un castellano casi perfecto y con un tono mecánico, de lección bien aprendida.

Luego la chica baja la mirada a un metro del suelo, donde estoy yo, sentada en la silla de ruedas:

—Para mí es increíble estar hablando con una vecina de este edificio.

Me río. La veo impresionada y no acabo de entenderlo. Ella trata de explicarse.

—Esta casa para nosotros es un gran museo, y que haya una persona viviendo dentro lo encontramos insólito.

—Porque tú eres china, ¿verdad? —indaga Elisabetta.

—Vine a vivir a Barcelona con mi familia cuando tenía trece años y…

—*Scusa* —la interrumpe abarcando con el brazo al grupo de chinos diseminados por el patio—. ¿Por qué llevan mascarillas? ¿Tienen miedo de contagiarse de algo? —pregunta con una sonrisa seductora.

—Es por protección personal. En nuestro país hay mucha contaminación. A los chinos les choca mucho que aquí el cielo sea azul y parezca limpio. No están acostumbrados a no tener que utilizarlas.

Recuerdo *El cielo es azul, la tierra blanca*, una profunda y tierna historia de amor entre dos soledades, una bellísima novela de Hiromi Kawakami.

—Martina, baja de las nubes y presta atención. Lo que cuenta esta chica te interesa mucho para tu libro. Estamos trabajando. —Elisabetta se pone ahora seria.

Me da la risa, pero tiene razón. Miro a la chica, que por edad podría ser una de mis hijas, y me chocan sus ojos azules. ¿Serán lentillas?

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Me llamo Nicol Hu. El apellido es Hu. Pero tengo otro nombre chino.

—Nicol, verás, me han encargado un libro. ¿Te importaría contestarme a algunas preguntas? —le explico lo más rápido que sé.

—Pues claro —afirma Nicol entusiasmada.

—Voy a ir a por otra copa de cava, ¿quieres una? —pregunta Elisabetta, y luego, girándose hacia Nicol—: Los chinos no beben cava, ¿verdad? Soy la única que ha cogido una copa. Ahora dos… —Levanta la copa vacía y guiña un ojo.

Es cierto. La mesa está desierta. Las azafatas, de brazos cruzados.

—Es tarde para los chinos… Aparte, el vino y el cava en general no les gustan, dicen que son como agua. Les parecen flojos. —Nicol baja los ojos avergonzada—. Están acostumbrados al licor de arroz, que tiene muchos más grados.

—¿Y nuestra comida les gusta? —Me activo para sacar más información.

—La paella, lo que más. Le sigue el jamón. Allí tenemos jamón, pero sabe distinto… Encuentran la comida de aquí más auténtica. Los chinos tienen el paladar muy fino… ¡Y otra cosa! El arroz les gusta pasado, aquí lo tomáis más, ¿cómo diría yo?, más durito.

Elisabetta, con su segunda copa en la mano, nos dice que va a subir a casa para bajarle a Nicol un ejemplar de mi última novela. Mientras tanto Nicol me cuenta que en China, hasta hace treinta o cuarenta años, en la época de sus padres y abuelos, el arte no estaba bien visto, era un lujo, patrimonio de unos cuantos privilegiados. No era necesario, resume Nicol. Ahora la mentalidad de los chinos se ha abierto, incluso la de los que viven en el campo. De todas formas, los libros sobre Gaudí que pueden comprar aquí allí aún no se encuentran.

Y, de pronto, se interrumpe y comenta con un deje de admiración en la voz:

—Tu amiga es muy alta y delgada.

Echo un vistazo a mi cuerpo cubierto por un abrigo *over size* que me he puesto encima de la chilaba.

—Sí, me temo que a las dos nos faltan unos kilos.

—Para las chinas nunca estás lo bastante flaca —señala, y sonríe.

La miro a ella de arriba abajo con disimulo. Nicol está también muy delgada.

—A las chicas jóvenes les gusta la estética *Barbie*. Ojos azules, la piel pálida, casi en los huesos. La delgadez en China es sinónimo de belleza —confirma sonriente.

—Y yo que pensaba que su físico, así pequeñito, obedecía al tipo de alimentación. A no tomar lácteos…

—Les preocupa la delgadez, lo que más. Son muy exigentes con su cuerpo. Luego, la cirugía estética. Se operan de todo. Del doble párpado, ellas nada más tienen uno —dice ahora Nicol.

—Ojos achinados sí, pero esto de uno o dos párpados… es la primera vez que lo oigo. ¿Yo tengo doble párpado? —pregunto sorprendida.

—Sí, dos párpados, querida —oigo que dice Elisabetta riendo a mis espaldas. Y me alarga una pluma para que le dedique a Nicol la novela, que ha dejado sobre mi falda.

Me quedo pasmada ante la televisión. Han encontrado a una mujer descuartizada y cubierta de tierra en el maletero de un coche. Un suceso que antes sacudía mi estómago hoy no me afecta. Me siento blindada ante cualquier emoción externa que no esté vinculada a mi historia particular. Román llega mañana, pero yo, como santo Tomás, hasta que no lo vea no me lo creo.

Me acuerdo de una frase de Sylvia Plath en *La Campana de cristal*: «Si nunca esperas nada de nadie, nunca te decepcionará». También de Marta cuando me dijo hace poco: «Mejor no crearse expectativas, Martina». Mientras la cabeza me asegura que las dos tienen razón, que nunca hay que esperar nada de nadie, y los ojos no pierden detalle de las duras imágenes que retransmite la televisión, los dedos desobedientes y deseosos le escriben a Román un wasap:

«Oye…». Lo envío tal cual, con puntos suspensivos.

Toca esperar.

Me siento unida a Román. Le hace gracia cuando se lo digo. «Pero ¿es el mismo tipo de unión que sientes con el Magreb?», bromea. Un día le confesé que posiblemente en una vida anterior había vivido en el Magreb y que lo había querido mucho, y que quizá por eso me sentía tan bien allí. Varias veces me ha dicho que le gustan estas sensaciones que me acabo creyendo. No se lo comento, pero odio que diga eso. Para mí son certezas.

Ha pasado media hora y miro la pantalla. Román no ha leído siquiera mi wasap. Pierdo el control. Escribo:

«¿Román?».

Toco al botón de enviar.

Espero otros diez minutos. Román sigue sin leerme siquiera.

Menudo desastre.

Recuerdo que la tarde que pasamos juntos en la cafetería ni por un segundo pensé en acercarme a él. He perdido la costumbre de flirtear, de besar en la boca, de imaginarme con alguien en la cama, de follar… pero en estos momentos lo necesito. Deseo a Román. Deseo su cuerpo, quiero con toda mi alma hacer el amor con él. Habrá que improvisar. Buscar posturas nuevas. Nunca he echado un polvo con una férula en la pierna. Siempre hay una primera vez.

Cojo de nuevo el móvil. Pero, cuando mis dedos desobedientes y deseosos empiezan de nuevo a escribir, oigo ese gustoso sonido que anuncia la llegada de un mensaje:

«*Sorry*», ha escrito.

Me falta tiempo para escribir:

«¡¡¡Román!!!». Tal cual, con muchas exclamaciones.

«¿Sí?», responde él breve.

Estoy siendo demasiado transparente, me estoy poniendo en evidencia, pero no puedo detenerme.

«Mi pregunta es… ¿vienes mañana a Barcelona?».

El corazón me golpea con fuerza en el pecho y muerdo mi labio inferior.

Su contestación no se hace esperar:

«Qué tontita eres. Pues claro. ¡Deseando!».

Deseando, dice. ¡Guau!

Y continúa:

«Me tienes loco».

«Ve preparándote para cuando llegue».

Arrojo el móvil contra el puf donde está apoyada mi pierna. Me ajusto los velcros de la férula y me pongo en pie en medio de la salita rodeada de libros. Comienzo a mover los brazos y las caderas como me enseñaron mis hijas, como si mi cuerpo fuera un árbol tambaleándose por el viento. Soy feliz. Soy feliz y en nada bailaré. *Tous les garçons et les filles de mon âge se promènent dans la rue deux par deux. Tous les garçons et les filles de mon âge savent bien ce que c'est d'être heureux*…

Me he quedado dormida después de comer en la butaca frente al televisor, como casi cada día. Despierto y abro los ojos asustada. No soporto esa manía que tienen de subir el volumen con los anuncios. Miro la hora. En breve vendrá mi exmarido a buscarme para acompañarme al hospital. Debo presentarme en la consulta del cirujano para que examine la rodilla que operó hace dos semanas. Me arreglo con ilusión. Esta noche estaré con Román por segunda vez. En mi cabeza comienza a resonar *La vie en rose*, en la versión disco de Grace Jones. Arriba, arriba. Bailar, bailar. Esta noche llega Román, parece un sueño, pero yo lo haré realidad: cena con velas y al sofá.

Mi exmarido pasa a recogerme con el coche y un rato después estoy en la consulta del médico sentada en la camilla pasando de todo, lo mejor llegará esta noche. Me levanto mi preciosa chilaba marroquí y el médico me quita la venda que recubre la pierna y examina los orificios por donde ha introducido los dos tornillos. Dos piezas de metal de siete centímetros de largo por uno y medio de ancho. Observa orgulloso la cicatriz con la ayuda de sus gafas de montura amarilla. «Ha quedado bonita», dice entre sonrisas.

Comienzo a rascarme las piernas. Ha sido quitarme la venda y entrarme un picor bestial.

—No, no. Aparta las manos. Si te tocas, es peor —me advierte el médico—. Te sustituiré la venda por otra con un tacto más agradable.

Me aconseja que a partir de ahora vaya intentando apoyar el pie poco a poco. Será bueno para mí.

—Y lo que es muy importante: debes cambiarte la venda por unas medias de compresión… Te las has de poner cada mañana y

quitar cuando te vayas a dormir. Dormirás solo con la férula.

—Perfecto… Comprendido —respondo con la cabeza en otra parte.

—No podrás hacerlo sola. Necesitarás ayuda para ponerte y quitarte las medias —insiste el médico.

—¿Qué?

No puede ser. De golpe, las lágrimas inundan mis ojos.

No hay derecho. Tantos años aprendiendo a vivir sola, y ahora me tocará depender de alguien para que me ponga unas medias.

—Doctor, vivo sola —digo mirando de reojo a mi exmarido, que permanece discreto en su butaca observando las radiografías de mi rodilla.

—Pues tendrás que buscarte a alguien que te ayude —insiste de nuevo el médico.

Salgo de la consulta con la cabeza gacha en la silla de ruedas.

—Martina, no te preocupes. Yo puedo quedarme contigo —oigo que dice mi ex, mucho más atento ahora que cuando estábamos juntos.

Maniobra para introducir la silla en el ascensor que nos bajará al *parking* del hospital.

—Deja que me lo piense… Pero seguro que no hace falta que alguien duerma en casa. Es absurdo —le aseguro una vez acomodada en el coche.

Recorremos el trayecto de vuelta a la Pedrera casi en silencio. Voy mirando de refilón a mi ex. Parecen auténticas sus ganas de quedarse conmigo y echarme una mano. Hacemos un alto en la farmacia para comprar las medias y lo despido en la misma puerta de la farmacia, agradeciéndole una vez más el cariño con el que me trata:

—No dudes en llamarme. Cuenta conmigo para lo que necesites —dice jugando con el llavero.

Lo veo perderse con su Land Rover viejo con techo de lona, Paseo de Gracia hacia arriba, camino de su casa, la casa de campo en la que vive desde hace cinco años, y siento un pellizco en el corazón. Parece otra persona. Mucho menos distante y malhumorado, más

servicial y cariñoso. Siento que haya sido necesaria una separación para lograrlo, pero me alegro por él. Cuando lo veo tan afectuoso, a veces pienso que esconde un amor bajo la cama. Vete a saber…

Subo al piso. Voy abriendo las luces del pasillo con desgana, abatida por el tema de las medias. No me gusta tener que contar con alguien para ponérmelas y quitármelas. Suerte que hoy llega Román, el hecho solo de pensarlo me reconforta. Aún no me hago a la idea. Tantos minutos, tantas horas, tantos días y semanas esperando este momento y… en un instante, me imagino que soy Françoise y me arranco a cantar. Canto cada vez más alto. Con desesperación, como si mi vida dependiera de ello, como si no hubiera un mañana. *Tous les garçons et les filles de mon âge se promènent dans la rue deux par deux. Tous les garçons et les filles de mon âge savent bien ce que c'est d'être heureux. Et les yeux dans les yeux, et la main dans la main, ils s'en vont amoureux sans peur du lendemain…* y los nervios me ayudan a salir del bucle de las dichosas medias.

Mientras espero noticias de Román me siento sobre la cama y echo mano de mi elasticidad, pruebo mil posiciones. De algo me han de servir tantos años de yoga. Tengo que ser capaz de ponerme las medias sola, aunque se me rompan y tenga que comprar todo el *stock* que haya en la farmacia, aunque se me abra la herida y me duela, aunque el hueso se me vuelva a romper y tenga que llamar a los de seguridad para que envíen una ambulancia. Necesito hacerlo sola.

Empieza a sonar el móvil. De repente, una cascada de wasaps. La garganta se me encoge, el corazón empieza bombear.

«Hola, Martina».

«Recién llego a casa de mi hija».

«Estoy cansado».

Noto un pinchazo en el estómago y tengo una corazonada. Siguiente mensaje:

«No me encuentro bien».

¡No! No puede ser.

No le respondo siquiera, no quiero explicaciones. Noto como la tripa se me descompone. Pienso que me lo voy a hacer encima otra

vez. Inconscientemente busco primero con la mirada las muletas y después la puerta que da al lavabo. Es increíble la capacidad que tiene Román de hundirme. Desde que me separé, durante estos últimos cinco años, he dormido sola, pero mi soledad era una soledad conquistada, dedicada a mí, una pausa deseada. Ahora me siento vacía y abandonada.

Leo sus últimas palabras de disculpa, me tiro sobre la cama y me quedo hecha un ovillo. Muy enfadada con Román, pero, sobre todo, conmigo misma. Por la película que me he montado. ¿Cómo he podido ser tan idiota? ¿Por qué me he entusiasmado con este hombre de esta forma? ¿Un hombre con el que solo he estado dos horas hablando en una cafetería y luego nos hemos abrazado? ¿Soy una mema caprichosa? ¿Una *yonki* del más difícil todavía que se ha topado con un autista emocional? No, por favor. Esto no. No sería el primero, ni el segundo, y este castigo no se lo deseo a nadie.

Quizá sea mayor para disfrutar de este tipo de relaciones. Quizá la gran putada de la edad sea esto: el escaso interés que se suscita en las personas. Quizá tenga que aprender a vivir sin esperar. Manejarme en la renuncia… Pasan las horas y me quedo dormida con la moral por los suelos y envuelta en lágrimas, con la chilaba en tonos rojizos que me había puesto especialmente para recibirlo.

Lo mejor de pasar una mala noche es que, con suerte, ves amanecer. Y hoy he visto como se iba haciendo de día desde todas las ventanas de la casa. «No me he dejado ni una», pienso haciendo malabarismos para subirme las medias de compresión.

Estoy muy cabreada con Román. Me gustaría tenerlo enfrente para soltarle cuatro cosas, que no crea que soy tonta y puede jugar conmigo. Tiro con rabia la media izquierda hacia arriba y cuando casi lo he conseguido suena el móvil:

—Hola, Martina, ¿cómo vas? —Es él. Román.

—Eso tú —le digo tratando de disimular mi gran enfado. Mi desencanto. Mi frustración.

Aún no lo he visto. Ayer se pasó el día entero de pruebas médicas y por la noche me volvió a insistir con que estaba cansado. Me cuesta comprenderlo. Yo hubiera ido a verle a pata coja, con cuarenta grados de fiebre y con un orzuelo en el ojo. Hubiera ido a su casa, aunque solo fuera por unos segundos, solo para repetir aquel abrazo. Para sentir sus labios. Para perderme en sus ojos. Para escuchar su voz. Pero él no ha sido capaz de acercarse siquiera.

—¿Te importa que te haya llamado? Es un estrés tanto wasap —me dice Román.

—¡No! ¡Qué va!… Lo único es que con mi móvil es dificilísimo hablar.

En el fondo, aunque sea inexplicable, aunque hasta hace unos segundos estaba furiosa, me siento feliz de escuchar al fin su voz. Lo estaba deseando.

—¿Por qué no te cambias de móvil? —me dice.

—Me lo he cambiado varias veces, la tarjeta también… Solo me queda probar de cambiar el número, la familia opina que tengo la

línea intervenida, pero cambiar de número me da mucha pereza. Oye…, ¿cómo vas?, ¿cómo van las pruebas?, ¿para qué son? ¿Qué tal en casa de tu hija? Cuéntame —trato de mostrar normalidad.

—Lo cierto es que todo se ha complicado. Mañana a primera hora me operan de urgencia —deja caer como por descuido.

—¿Que qué? —No doy crédito.

¡No me lo puedo creer! ¿Me está largando otra excusa?

—Te he perdido la voz… Espera. —Me desespera el teléfono. Lo estamparía contra la pared—. ¿Román?… ¿Román? —Apenas lo escucho.

—Martina, no te oigo.

—Pues yo regular. ¿Puedes hablar un poco más alto?

—Se oyen ruidos raros, como de viento —se queja él a lo lejos.

—Sí, siempre es igual. Mira, cuelga y lo intentamos de nuevo —le aconsejo.

Todo es muy extraño. Sería imperdonable que se hubiera inventado lo de la operación. No, no puede tramar una mentira como esta.

El teléfono vuelve a sonar:

—Te llamo esta noche porque estoy en un sótano sin apenas cobertura —dice.

—Pero, Román, ¡no es culpa tuya! Es mi móvil… Dime de qué te operan.

—Otro cáncer —suelta sin cambiar la voz.

—¿Tienes cáncer? —Me quedo sin palabras. Lo van a operar, y encima de cáncer.

—Sí sí… pero tengo una idea. Oye, cuando me den el alta, ¿puedo instalarme en tu casa? Mi hija vive en un cuarto piso sin ascensor.

¿Cáncer? ¿Instalarse en mi casa? No consigo asimilar toda la información. Trato de balbucear una respuesta, pero no me sale.

—Sin compromiso, ¿eh? Si no te parece bien, me busco un hotel… Pero es una oportunidad de estar juntos —dice.

—Calla. Calla. Te espero en casa. No hay problema.

Con la media y la férula puestas voy al baño a maquillarme. He

quedado con una televisión de los Países Bajos a las ocho y media. En el baño no doy pie con bola. Estoy desconcertada. El colorete se me cae al suelo y se hace mil pedazos. Me excedo pulsando el dosificador de la colonia y me echo demasiada. Pero es que en mi cabeza solo lo tengo a él. Él siguiéndome por la calle. Él abrazándome y besándome en el portal. Él con cáncer. Él viviendo en casa.

Tengo que sentarme unos segundos sobre la tapa del váter. Respirar hondo y centrarme. Román tiene cáncer y lo van a operar de urgencia. Tremendo. Román vendrá a la Pedrera a recuperarse. Bien, me apetece, me apetece mucho, muchísimo, lo cuidaré. Mi familia se enterará. ¿Qué les voy a decir? Apenas les dejo visitarme. No paro de repetirles que, cuando estás mal, mejor estás solo, y ahora, cuando aparezcan por aquí se encontrarán a una que está mal, acompañada de uno que aún está peor, muchísimo peor… Me estoy acelerando. Es una situación muy extraña. Respirar. Respirar hondo. Creo que es tarde. Me levanto y salgo a la terraza a ventilarme. Debo apestar a colonia. Dos segundos después, suena el timbre de la puerta. Recorro el largo pasillo con las muletas sonriendo. Como suele decir Marta: «No pueden pasarte las cosas que nos pasan a todos, lo tuyo tiene que ser diferente»… Pues sí, así es.

Abro la puerta y me encuentro a dos hombres de mediana edad, vestidos de negro y provistos de cámaras.

—Bienvenidos. Adelante —trato de decirles con naturalidad.

La agente de prensa de la editorial suele poner a los medios un límite de tiempo. Hora y media, entrevista y fotos. Pero todos intentan alargarse más. A mí no me molestan. Se escribe en soledad y la promoción es el contrapunto necesario. Me da vida. Hoy me distraerá un rato del disgusto que me he llevado con Román. Es que no me lo puedo creer, tenerlo en mi misma ciudad y no verlo. No puedo esperar a que le operen y le den el alta. Estoy por coger un taxi y presentarme en el hospital de una vez. Eso es lo que querría hacer, pero una incomprensible cautela me lleva a permanecer quieta. Siento que no lo conozco, que no sé nada de él, que me puedo llevar un chasco. Algo que no había sentido hasta ahora:

miedo al rechazo.

Los dos reporteros quedan deslumbrados al entrar en el salón. Estoy acostumbrada a su reacción, todo el mundo se deshace en exclamaciones. Tan grande, con tanta luz, tan distinto a los demás. Para empezar no hay ningún ángulo recto, como en el resto del piso. Los marcos de las puertas están muy trabajados, el techo también. Pintado todo de un blanco hielo que resalta las formas y las sombras. El parqué antiguo. Además, el salón está perfectamente ordenado. No lo uso salvo que venga alguien a casa.

Los reporteros son conscientes de que tienen un tiempo y lo quieren aprovechar al máximo. Fotos, vídeo y para terminar una entrevista con la televisión belga. Sentada en una silla, a través de unos auriculares oigo la voz de un tercer periodista que se encuentra en un estudio en Bruselas. Mantenemos una larga conversación. Luego me enteraré de que el hombre con el que he estado hablando es el presentador estrella del país y la conversación se emitirá acompañada de las imágenes que se han grabado en casa en un programa de máxima audiencia.

Se van los periodistas y el resto del día lo paso pendiente de una llamada de Román. Finalmente, por la noche, me llama desde casa de su hija y se explica mejor. Trato de escucharlo sin demostrar sentimientos. Es el cuarto cáncer que padece. Antes tuvo de vejiga, de riñón y en unos ganglios de la axila. El primero lo tuvo a los cincuenta años. Se ve que cuando le detectan un tumor lo operan y listo, hasta el próximo. En cuanto pueda, si estoy de acuerdo, se instalará conmigo en la Pedrera. «Claro que estoy de acuerdo. Te espero», le repito.

Voy a prepararle una habitación, que esté cómodo. Haré una lista para el super, que no le falte de nada en la nevera. Hubiera preferido ver a Román en otras circunstancias, pero también me apetece ocuparme de él, mimarlo y tenerlo para mi sólita. No es un mal plan, en casa y todo para mí.

Con ganas de salir al mundo, echo un vistazo en el armario del baño para ver qué puedo ir a comprar a la farmacia. Se me está acabando el agua micelar para lavarme la cara, los discos de algodón y la crema de manos. Sustituyo el camisón por una chillaba, me pongo un abrigo y una bufanda encima, estamos a finales de enero y el día está muy gris.

Apenas he salido del piso desde que me rompí la rótula, por lo que al llegar a la portería se monta un pequeño revuelo con el personal de la puerta. Jordi, de seguridad, un hombre afable; Carla, alta y risueña, responsable del servicio de atención al visitante; Chiti, la más antigua de las azafatas, un encanto de persona; Ramona, una de las señoras encargadas de la limpieza: todos se interesan por mi pierna y echamos unas risas. Desde que vivo sola el personal de la casa me trata con mucha familiaridad y cariño. Después de estar un rato charlando de accidentes, roturas de huesos y recuperaciones, salgo al fin a la calle.

En la farmacia también me pongo a hablar con las dependientas. No vivo en un barrio al uso: lo mío es una zona turística, pero aun así he conseguido crear mis pequeñas complicidades.

—¡Martina! —alguien me llama al salir de la farmacia.

Al ver a Petra la reconozco de inmediato. Es tal cual se la ve en las fotos que cuelga en Instagram. Me recuerda al tipo de ama de casa republicana que reflejan las series americanas, felices haciendo pasteles para la familia y cuidando al marido.

He estado hablando con ella hace poco a través de la aplicación. Quería que le escribiera una biografía y esta mañana la he puesto en contacto con una amiga que se dedica a escribir libros por encargo. Desea regalar un libro a la familia y a los amigos en Navidad y mi

amiga puede redactarlo.

—¡Qué casualidad! —exclama al acercarse.

—Sí, la verdad —le contesto riendo.

Ella se agacha y nos abrazamos como si nos conociéramos de toda la vida.

—Tenía muchas ganas de conocerte en persona. Veo que ya sales a la calle —dice Petra con una gran sonrisa, ladeando la cabeza.

—Bueno… Solo un poquito por el barrio. —Señalo la silla—. Nunca hasta ahora me había encontrado con un seguidor de Instagram… En persona, quiero decir.

—Yo sí. Pero no te fíes. Hay gente que en la aplicación es encantadora y luego te la encuentras por la calle y disimula, como si no te conociera de nada… Las redes son así: pura fachada.

Petra debe de tener unos cincuenta años. Una mujer de antes, con media melena ondulada y un cuerpo lleno de curvas. Lleva un abrigo beis entallado con cinturón ajustado, tacones y medias color carne.

Me siento horrible. Con la férula azul eléctrico asomando por debajo de la chilaba, el abrigo y la bufanda. Como un saco de patatas sentado sobre una silla de ruedas.

—En las redes también me he encontrado con algunos personajillos nefastos —sigue explicando con voz cantarína y cara de disgusto—. Uno comenzó haciéndose amiguete. Me daba consejos, se ofrecía para cualquier cosa que necesitara, todo eran piropos. Que si le gustaba que vistiera de beis, mis moldes para hacer galletas, los ramos de flores con que adorno la casa… Me sentía acompañada y protegida, y sus fotos en la red eran de lo más normalitas. Un señor de mediana edad, muy pulido, de esos que llevan pañuelo en el bolsillo de la americana y gomina en el pelo. Un pelín cursi, quizá. Pero un día salgo de casa con los niños y me lo encuentro esperándome en la calle. Resultó ser un hombre sin vida propia, una lapa. Para no aburrirte solo te diré que no te puedes imaginar lo que me costó sacármelo de encima.

La miro de arriba abajo con disimulo. Un tipo de mujer inocente y conservadora, amante de la familia, que debe de tener su público.

—Pues yo hoy he quedado con un amigo de Instagram. Bueno, no exactamente. Lo conocí… —He dicho «he quedado», ni siquiera me he atrevido a decir que está a punto de instalarse en casa. No es necesario.

—Su apellido no empezará por la letra ese, ¿verdad? —me interrumpe Petra con recelo—. Es un acosador.

—¿Sí? —Me sofoco. Creo que hasta me pongo colorada.

Repaso mentalmente el alfabeto.

Menos mal. El apellido de Román no empieza por ese.

Recuerdo durante un instante cómo Román me persiguió por la calle al salir del cine, la de mujeres que lo siguen por Instagram, en sus wasaps en cadena, su facilidad para piropearme, la cantidad de horas que está desconectado y no sé dónde se mete, o las que está conectado, pero no está conmigo. ¿Será también un farsante?

—Oye, Martina —dice ahora Petra señalando la fachada de la Pedrera—. ¿Me invitarás algún día a tu casa? Me encantaría ver la Pedrera por dentro.

—Por supuesto, pero espera a que me recupere —le digo señalando la pierna.

Petra sigue mirando el edificio. A esta hora de la mañana la acera es un hormiguero, henchida de gente. Unos hacen fotos, otros, cola para comprar entradas, algunos simplemente miran y comentan entre sí. También se ve gente paseándose por la terraza.

—Hermosa —comenta admirada sin quitar la vista de la fachada —. Pero no entiendo cómo puedes vivir ahí con tanto turista.

—Vivo en un piso, no en la portería —la atajo, brusca.

En el acto me doy cuenta de lo desafortunado de la frase. Ay, pobre, menudo corte le he pegado, pero es que son tantos años de escuchar lo mismo.

Intento reconfortarla y ser más atenta:

—Es un edificio vivo y los turistas me hacen mucha compañía ahora que vivo sola. —Intento emplear el tono más respetuoso del que soy capaz.

Petra pone la misma cara de sorpresa que pone todo el mundo que me oye comentar esto. Pero así es la realidad. Mi realidad.

Nos despedimos y al entrar en la portería hago un alto en los buzones. Abro el mío y todas las cartas caen al suelo. Una de las azafatas se apresura a recogerlas. Hay una que está escrita a mano. Ya sé de qué va. Rasgo el sobre impaciente. En efecto, es alguien que ha leído mi última novela y me dice cosas bonitas sobre ella. Es fácil para mis lectores dar conmigo. Escriben mi nombre, Martina Messegué, y a continuación la Pedrera. Solo con estas señas ya me llegan las cartas. Y para mí es muy gratificante.

Tengo que dedicarle más tiempo a la escritura. Aunque Román se instale en casa mañana, aunque físicamente no esté en mi mejor momento, debo volver cuanto antes a mi vida. Me encantaría empezar una nueva novela. Crearme un mundo y meterme en él, un mundo que los otros puedan habitar. Escoger el ritmo, los personajes; dejar que cada uno de ellos siga su propio camino, sin forzarlos. Organizar las escenas, los capítulos, perfilar el guión; una historia que genere empatía, que ayude a comprender. Pero antes tengo que entregar el libro a los americanos. No me han puesto fecha de entrega, es extraño porque es lo normal en las editoriales. Se les habrá pasado por alto. Mejor.

Román llegará hoy a la Pedrera a última hora de la tarde. Pero por si acaso se adelanta, ya llevo horas preparada. El piso está en orden. La nevera nunca ha estado más llena desde que me separé. He hecho la colada y he puesto sábanas limpias en mi dormitorio y en uno de los dos de delante, dudo dónde preferirá dormir. Tengo también preparada una montaña de toallas de mano y otra de ducha. Un armario libre con saquitos de lavanda para su ropa. Los preparativos han sido frenéticos, el piso está aireado y perfecto, y yo también. Cabello limpio, cuerpo hidratado, manicura y pedicura impecables. Consumida por los nervios, no sé dónde meterme ni qué hacer.

«Un hombre, que dice ser tu amigo, está subiendo al piso», me avisa por el móvil Jordi, el guardia jurado a cargo de la portería, cuando ya no podía aguantar más los nervios y me he puesto a comer frutos secos como una posesa. Salgo disparada hacia el rellano, repico ansiosa con los dedos sobre la puerta de cristal esmerilado del ascensor. El corazón se me sale por la boca. Llevo tanto tiempo esperando este instante que no puedo creer que esté a punto de ocurrir.

Al abrirse la puerta del ascensor me lanzo a sus brazos, sin darle tiempo a salir. Le abrazo fuerte, sin pensar, necesitaba sentirlo otra vez.

—Cuidado, cariño, voy vendado —oigo que dice separándose un poco.

¡Cariño! Tengo que frenarme para no comérmelo a besos.

Salimos al descansillo iluminado.

—Parece que vengas de la guerra —le digo acariciándole las dos mejillas demacradas sin afeitar.

Los ojos se me humedecen por la emoción, al tiempo que río, sin dejar de acariciarle las mejillas, el cuello, el pelo. Es él. Por fin.

—¡Y tú! ¡Qué aparatoso el cachivache de tu pierna! ¿No te podían haber puesto algo más discreto? —bromea él dirigiendo la vista hacia abajo.

Nos volvemos a abrazar. Él me da un beso rápido en la boca. Y hace el gesto de querer entrar en el piso.

Le miro un instante: tiene la mirada cansada, huele a hospital. Lo acompaño cogiéndole por la cintura al dormitorio junto al salón que le he preparado. Noto que camina raro. Al llegar a la habitación, deja caer al suelo su mochila y de pie, uno frente al otro, cogidos por las dos manos, le pregunto:

—Román, aún no me has dicho dónde has tenido el tumor esta vez. La verdad es que por teléfono me dio apuro preguntar.

Sin decir nada, se recuesta sobre la cama. Le miro a los ojos. Esos ojos de un azul irreal. Él mira los míos. La escena va a transcurrir como la había imaginado, sin palabras. Bastante hemos hablado por WhatsApp. Soñaba precisamente con esto, miradas, besos, abrazos, quizá hacer el amor, cuando ante mi sorpresa se baja los pantalones hasta el muslo y deja a la vista su pito vendado. De la venda que lo envuelve sale una cánula.

—Ya ves… —dice contrariado—. De próstata.

Me quedo helada. Joder, joder. Necesitaré tiempo para digerirlo. Enciendo la lámpara de la mesilla de noche y corro las cortinas, por hacer algo. Él se baja los pantalones hasta los tobillos y acaba de dejar al descubierto las piernas enfundadas en unas medias blancuzcas semitransparentes que le llegan hasta la ingle. A la altura del gemelo derecho lleva una bolsa de plástico atada con una goma elástica.

—No debo de estar muy sexi, ¿verdad? —trata de cachondearse, aunque su tono deja claro su fastidio. Me mira con el gesto torcido.

No respondo a la pregunta, pero no puedo quitar la vista de los pelos de las piernas largos y negros aplastados bajo las medias medio transparentes.

Se da cuenta de que miro las medias.

—Son compresivas. Para facilitar la circulación y que no se hagan trombos.

—Como las mías, pero las mías son de nailon. Las tuyas parecen más naturales.

—Son un coñazo porque…

Le interrumpo cogiéndole de nuevo de la mano.

—Oye, ¿y el pito te duele? —pregunto aprensiva.

—La venda que recubre el pene es solo para aguantar este maldito tubo. —Lo señala con asco—. Estaré unos días meando por aquí. ¿Ves la bolsa? Ahí se recoge la orina.

Bueno, bueno… La escena de nuestro reencuentro no se está desarrollando como yo había previsto. No esperaba esto, desde luego. Hiervo de emociones por dentro, pero la que predomina, seguida de la confusión, es la felicidad de tenerlo conmigo, bajo mi techo. Mi tripa, atenta y sabia, lo sabe. Está tranquila. No incordia.

Lo ayudo a desvestirse, acomodo sus cosas en el armario del dormitorio y en el baño, y coloco un vaso con agua junto a la medicación que ha traído consigo en la mesilla de noche. Me asegura que no tiene hambre y me estiro junto a él sobre la cama. Él estirado y yo a su lado en posición fetal. Huele fuerte. En su olor hay una mezcla de sangre, orina, química… Ha adelgazado desde diciembre, la piel de la cara le amarillea y apostaría a que le han salido más arrugas. El pelo liso, gris canoso y desordenado le cae sobre la almohada y se mezcla con el mío, rizado, rubio canoso y desordenado. Para mí sigue siendo el mismo dandi que conocí, un seductor. Le paso el brazo por encima de la cintura con delicadeza. No quiero agobiar. Él me acaricia el pelo y me besa con dulzura la frente.

—Ya ves… Cómo nos hemos de ver —me dice susurrando al oído—. Ni fuerzas tengo para recorrerme contigo esta maravilla de palacio en el que vives.

—Ya tendremos tiempo —le contesto pensando que lo que menos me apetece del mundo es hacer el turista por mi propio piso. Lo que quiero es no despegarme de él. Le cojo la mano y le pregunto—: ¿Te apetece que me quede contigo, que durmamos

juntos esta noche?

Pero para mi gran desilusión oigo que dice:

—Cielo, si no te molesta, lo dejamos para otro día. Estoy muy fatigado.

Me quedo helada. ¿Será cabrito?

Pero ante una frase así, ¿qué se puede hacer? No hay elección. Le doy un beso suave en los labios y salgo del dormitorio rápida como una flecha, sigilosa como una serpiente, pensando que en su cuerpo no hay ni rastro de la colonia que llevaba cuando lo conocí.

Anoche Román se quedó dormido a los cinco minutos de haberse tumbado sobre la cama. Desde el pasillo oía sus ronquidos. Esta mañana he estado pendiente de él, aguzando el oído, pero de su dormitorio no ha salido el más mínimo sonido. Román ha pasado toda la mañana en su cuarto. Lo he dejado dormir hasta las dos de la tarde. Hace unos minutos lo he despertado y lo veo aparecer bostezando y en pijama por la puerta del salón. Una desaliñada mata de pelo acompaña a un cuerpo estilizado de huesos grandes. Es una presencia nueva en este piso, que acaba de materializarse de una forma distinta a la que había imaginado.

Se acerca a la mesa arrastrando los pies dentro de las zapatillas. Mi pierna descansa sobre un taburete.

—Román, esta casa se ha convertido en un balneario, una casa de reposo —comento riendo.

—Acabo de hablar con mi hija. Vendrá a cuidarnos —me responde él con firmeza.

—La vestiremos de enfermera cachonda, con mini y cofia, y nosotros nos compraremos unas medias sexis —intento bromear.

Ríe. Me da un beso en la mejilla de buenos días y se sienta enfrente de mí a comer. He pedido comida a domicilio. Espero haber acertado.

—¿Quieres vino? —le pregunto.

—Gracias. No bebo alcohol durante el día —responde breve.

Se agacha para hacer no sé qué debajo de la mesa.

—Me he quitado la bolsa. Me apretaba en la pierna.

No acabo de entender lo que dice, pero da igual. Empezamos a comer. Tenemos mucho de lo que hablar.

Parece más animado y se tira a la comida con mucho apetito:

—Estos días en el hospital he comido muy mal. Mucha sopa aguada y pescado hervido, y no me gusta la sopa ni el pescado.

Es más nervioso de lo que recordaba, de movimientos rápidos. Más que masticar, engulle los alimentos.

—¿Tienes algo que hacer? —no puedo evitar preguntarle.

Pone cara de sorpresa y sigue comiendo sin parar, a toda velocidad.

—Como vas tan rápido…

—Soy así —dice acariciándome la mano sobre la mesa.

Se levanta para retirar los platos con algo de torpeza, un segundo después escucho un ruido y de repente todo se tuerce.

—He tropezado con el brazo de la silla y la cánula se ha desenganchado de la bolsa —oigo que dice apurado. No lo entiendo.

Entonces observo con horror como un líquido oscuro se derrama por la tapicería blanca de la silla y gotea en un hilillo hacia el parqué.

—¡Cuidado! —chillo.

Román nervioso se inclina a coger la bolsa con tan mala suerte que parte de la orina que quedaba en la cánula se derrama también por el mantel. Reprimo un grito y trato de controlar el asco. Me abalanzo sobre él para unir el cable a la bolsa de plástico, pero no es tan sencillo. Lo intenta Román. Luego los dos a la vez. Nos liamos con la válvula. Peor. El resto del líquido oscuro cae esta vez directo sobre la férula que sujeta mi pierna. Ahí se me escapa un buen chillido agudo. Esto es un desastre.

—Vamos a arreglarlo al lavabo —digo enfadada, pero con la distancia suficiente para comprender que, si esta escena la llega a montar mi exmarido o una de mis hijas cuando convivíamos juntos, me hubiera entrado un arrebato de furia.

Sangre, pus y orina sobre la silla, la madera del suelo de más de cien años, el mantel y mi férula. Me siento abrumada por la situación. Arrastro a Román medio a empujones hasta el baño. Vaciamos la bolsa en el váter y tratamos de volverla a empalmar con la cánula. Imposible, no encaja. Habrá que volver al hospital.

Examino a Román a través del espejo que hay sobre el fregadero.

Un Jacques Dutronc sin pasar por la ducha, sin afeitar, despeinado. Con el pantalón de pijama en los pies, el pito vendado y el maldito tubo en la mano. Aturdido. La mirada nublada y desconcertada. Lo abrazaría, pero me da miedo hacerle daño, incomodarlo, no sé, él tampoco me abraza. Muerdo con fuerza la uña del dedo pulgar, no sé querer sin tocar.

Ojalá se recupere pronto, las cosas cambien y me pueda fundir en él.

Ayer por la tarde estuvimos en el hospital y esta mañana otra vez. Román tiene problemas con su cánula. Al llegar a casa nos encontramos a la hija de Román esperando en el rellano. Es una chica alta y muy delgada, con unas piernas finas como el alambre. Le da un abrazo a su padre y se vuelve hacia mí.

—Hola, soy Sara. La hija —dice una chica de unos veinte años entrando como una bala en el piso.

Está monísima con una minifalda que apenas le cubre dos palmos de sus interminables piernas. Tiene un cuerpo como el de la Olivia de Popeye, que mueve con mucha gracia. Parece tan rápida e hiperactiva como su padre, y en una cesta de mimbre lleva un conejo, una mascota que por lo visto va con ella a todas partes.

Se planta en medio del salón y vuelve a abrazar a su padre. Se nota que a Román se le cae la baba con ella. Luego mira con curiosidad a su alrededor.

—Martina, mi conejito es muy de rutinas, hace sus necesidades siempre en el mismo sitio, pero al estar en territorio desconocido esto puede variar. Y esta casa es tan clara y está tan limpia y ordenada…

La miro fijamente a los ojos y espero que continúe. No sé adonde quiere llegar:

—A lo mejor hemos de buscar un sitio para él. ¿Un baño? —propone.

—Pues allá al fondo hay un baño. Un espacio grande con luz natural, donde estará como un rey.

—Ay, Martina, preciosa. Aún no os he presentado, pero mi conejito se llama Málik, que en árabe quiere decir «rey soberano». —Endereza aún más su espalda, recta como una escoba, y hace un

movimiento rápido de hombros—. Martina, este es Málik. Málik, esta es Martina. —Y me ofrece una patita del conejo para que la estreche.

Antes de dejar a Málik en el baño, Sara se pasea con él por el piso. «Oh, qué maravilla, fíjate, Málik, qué suelos, qué techos, mira los marcos de las puertas, de las ventanas… Oh, es increíble, todo es redondo. Uf, y cuántos libros, es una pasada. ¿Y la cocina? ¿Dónde estará la cocina?». Trato de explicarle que es el espacio más oscuro del piso y la llevo hasta ahí. «¿Sabes, Málik? Las cocinas antes no importaban. Los burgueses no las pisaban, tenían servicio —le aclara ella al conejo…—. Anda, y los interruptores y los radiadores, todo de hace mil años», no deja de asombrarse.

Yo los voy siguiendo. Se me ocurre que sería ideal tener a Sara conmigo cuando viene gente a ver el piso, sería una anfitriona perfecta. Le habla al conejo con desparpajo y de vez en cuando se gira hacia mí para preguntarme algo. «Mira, mira —le dice ahora a Málik frente al espejo de mi baño—, no te pierdas lo guapo que eres. Anda, manda besitos. Cómo nos gustaría tener un baño así». Yo me esfuerzo con el conejo, hasta lo cojo y le acaricio el lomo al salir del baño. Pero no soy aficionada a las mascotas y creo que Sara lo ha notado enseguida.

—¿Sabes que a mi padre le gustas mucho? —me dice ella así, de sopetón.

Glups. No contesto. Disimulo la inmensa satisfacción que me ha hecho sentir su comentario, aunque no puedo evitar ponerme roja como un tomate.

La hija de Román se queda a comer. Su padre se ha pasado parte de la noche en la cocina y nos espera un exquisito menú degustación a base de vegetales y legumbres sobre la mesa del comedor. Después de comer, me voy al extremo opuesto del piso, a la salita donde tengo la biblioteca y el ordenador, para dejar a padre e hija solos a sus anchas. De la parte delantera que da a la calle Provenza a la de atrás que da al patio interior de manzana, nos separa el largo pasillo en forma de c. Si no fuera porque solo hay una cocina, podrían ser dos pisos independientes, prácticamente no se oye nada de un lado

al otro. A media tarde se me ocurre que puede que necesiten algo y no se atreven a pedirlo. Recorro el pasillo en sentido inverso. El salón se encuentra en silencio y golpeo con los nudillos la puerta del dormitorio de Román. Horror. La habitación está revuelta como la de un adolescente, con ropa, vasos vacíos y restos de comida por el suelo. Padre e hija están tumbados sobre la cama y el edredón también en el suelo. Todo patas arriba en pocas horas.

Nerviosa, dirijo la vista a la puerta del baño. Abierta.

—¿Y Málik? —pregunto tratando de darle a la pregunta un tono desenfadado, aunque no creo que lo haya conseguido.

—¡Málik! ¡Málik! ¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido, mi rey? —grita la hija, que se ha quedado dormida sobre la cama del padre mientras él se entretenía con el móvil.

Nos ponemos los tres a buscarlo por el piso. ¡Menudos tres! Román con la bolsa colgando, Sara medio adormilada y yo patosa con la pierna tiesa.

Encontramos a Málik sobre la gran alfombra blanca del salón, junto a dos manchas oscuras.

—Ostras, se ha meado —se me escapa, aunque trato de esconder mi desagrado.

—Es que le gusta lo blandito… —dice Sara aliviada de haber encontrado al conejo.

Se agacha a cogerlo, lo abraza y una vez en pie hace ese movimiento que ha hecho antes. Endereza la espalda y mueve rápido los hombros. Mira alrededor y añade:

—Al ser todo tan claro se ve más… Este piso es demasiado claro —opina tajante.

Hace años aguanté unos meses a Porc, un bull terrier que aterrizó en casa con un lazo rojo atado al cuello como regalo de Navidad para mi marido. En el futuro no sé, pero ahora no es el momento de hacerme cargo de una mascota. Por suerte, Sara y su conejo se van. Es viernes por la tarde y Sara ha quedado con unos amigos. Román y yo nos acomodamos en el salón. Él se estira en el sofá y yo me siento en una butaca con la pierna en alto. Román está pendiente de las pantallas. Reparte su atención entre el móvil, la

tablet y el ordenador. Se nota que es periodista, pendiente de la actualidad política y cultural. Me dispongo a dar un buen empujón al libro en mi portátil, cuando me pregunta si me molestaría que conectara el canal 24 horas de la televisión, está siguiendo una noticia. Lo miro de arriba abajo: va en pijama, vendado, con su bolsa de orina colgando, pero me encanta, me lo comería. Dejo el portátil con cuidado sobra la alfombra y me acerco al sofá donde está medio tumbado rodeado de sus pantallas. Tomo asiento cerca y le doy un beso suave en los labios. Me devuelve el beso. Pero, al cambiar la posición de mi pierna tiesa, aplasto la cánula que va a la bolsita de la orina y le doy un tirón. Aquí acaba la diversión. Por la expresión de su cara, siento que le he hecho daño, que no está, o no estamos, para jueguecitos.

Me retiro de nuevo a la zona trasera del piso para dejarlo tranquilo. Me había imaginado un día a día reposado, con él recuperándose de su operación y yo con la pierna inmovilizada pero ya manejándome sola, sin necesitar ayuda, conversando, escuchando música, comentando libros, viendo series cogidos de la mano, haciéndonos caricias, dándonos besos. Una vez comprendí que el sexo quedaba descartado, que con suerte quedaba solo aplazado, me imaginé una película de convivencia idílica, como la de Eve, el personaje que interpreta Tilda Swinton en *Only lovers left alive*, y Adam, su marido en la ficción. Tilda deja Tánger para volar a un Detroit devastado y desierto para encontrarse con Adam y vivir recogidos en su magnífica mansión, aislados del mundo, en un anonimato merecido.

Pero la realidad no está resultando tan poética, ni mucho menos. ¿Y si a Román le gustaran los hombres? Recuerdo que lo pensé el día que nos conocimos en la cafetería. Es el gesto ese que tiene al retirarse el pelo de la cara. No sé…

El resto de la tarde ha transcurrido tranquilo. Román informándose del estado del mundo en sus pantallas en el sofá del salón y yo escribiendo en mi ordenador en la salita de atrás.

Por la noche estoy viendo el último capítulo de una serie, cuando Román entra en mi dormitorio. Se queda mirando la televisión un rato con una mueca de desdén.

—Eso es un culebrón —sentencia severo, señalando la pantalla.

—Sé que esta serie es bastante chunga, pero me está haciendo mucha compañía desde que me caí —le hago saber casi justificándome.

—Tú misma. —Parece casi enfadado.

Jo. Pulso el *stop*. ¿Qué mosca le habrá picado? Los dos sabemos que no se puede ser creativo más de dos horas seguidas. Se necesitan pequeños descansos, distracciones.

—Por cierto, ¿dónde guardas el utensilio para sacar los huesos de las aceitunas?

Román está cocinando a las doce de la noche. Me temo que es una costumbre suya muy arraigada. Se ha hecho amigo por teléfono del pakistaní de la esquina y el hombre le trae lo que necesita las veinticuatro horas del día. Hambre no pasaré, eso seguro, comeré de restaurante en mi propia casa, pero prefiero ver culebrones a imaginar todos los cachivaches que Román utiliza apiñados en las encimeras o en una pila en el fregadero. Yo que no cocino por no ensuciar…

—Hay dos cajones donde puede estar el sacahuesos. Mira en tal y en cual… —le indico con dulzura.

Y cuando se da la vuelta para salir del dormitorio y yo pulso el *play* para sumergirme de nuevo en la serie, vuelve a aparecer para

preguntarme:

—¿Es posible que tengas bicarbonato en tu cuarto de baño?

—Si me ayudas a levantarme, te lo doy —me ofrezco.

—No te preocupes. Solo dime dónde está —contesta él.

Sale del dormitorio de nuevo y lo oigo trajinar en el baño.

Nervios. Está revolviendo entre mis potingues alineados en el armarito.

—¿Lo encuentras? —Subo la voz para que me oiga al mismo tiempo que pulso una vez más el *stop* del mando de la televisión.

No han pasado ni dos minutos cuando escucho un ruido de cristales.

Silencio.

—Nada grave. Se ha roto una botellita que estaba casi vacía… —oigo a Román explicarse desde el baño.

¡Mierda! Muerdo la almohada para no gritar, luego la tiro al suelo. Vuelta a las andadas. La hollister que lleva colgando debe de tener algo que ver. No soporta llevarla sujeta a la pierna y le crea una desazón que hace que no pueda estarse quieto. Pero, claro, Román ha tenido cáncer, eso no es una tontería, y el pobre se encuentra a seiscientos kilómetros de su casa, que a nuestra edad tampoco es una tontería. Si yo estuviera en su lugar, me gustaría que me pusieran las cosas fáciles, que me cuidaran… Pero tanta agitación no es lo que esperaba. Cruzo los dedos para que esto cambie. Para que vuelva la paz a esta casa.

Amanece lloviendo. Y las previsiones anuncian que así seguirá a lo largo de todo el día. Pocas cosas me gustan más que poder quedarme en casa cuando el cielo está cubierto de nubes grises y llueve. Un plan perfecto para un sábado casero. Me pongo una chaqueta grandota y suave sobre el camisón y deambulo por la casa abriendo ventanas. Me fascina sentir la humedad del exterior, escuchar el ruido de la lluvia al caer y el aroma que desprende la tierra mojada de las macetas. No entro en el dormitorio de Román, ni en la cocina. Román duerme hasta el mediodía y la cocina no la piso ni loca. Vete a saber cómo estará después de tanto ajetreo nocturno… Aunque lo peor es la peste. El aire está viciado. Un fuerte tufo corporal, quizá mezclado con el olor de los pipis de Málik y el de comida, lo invade todo. Lo llevo conmigo, pegado a la nariz, impregnando el pelo, la ropa. Todo huele a tigre.

Recibo un wasap de mi hija mayor. Está extrañada por no saber nada de mí, por mi silencio. Siempre tan dulce, quiere saber si necesito que me compre algo, y eso que el trabajo le sale por las orejas. «Sí, por favor, un ramo de flores. Sobre todo, que huelan mucho. Pero no hace falta que subas al piso. En serio, déjalo en la portería». Me dice que así lo hará. *Thanks god!* Aunque soy una mujer libre prefiero no herir susceptibilidades.

No hay descanso. Al minuto, telefonea la hija de Román. Me dice que, si no me importa, vendrá esta tarde y se quedará a dormir: mañana es domingo y no tiene que madrugar. Bien.

Poco después telefonea el fotógrafo de un periódico con el que estoy citada el lunes. ¿Puede acercarse esta mañana para medir la luz y saber así qué tipo de material debe traer el lunes? Ningún problema.

Mientras me visto Marta me manda un wasap anunciándome que se pasará con Elisabetta en un rato. «¿A qué hora?», le pregunto. Elisabetta se incorpora a la conversación de grupo. Me lo confirmarán más tarde, escriben. Mis amigas saben que Román está por aquí y se mueren por conocerlo. «¿Te acuerdas cuando te separaste que querías colgar un cartel que dijera "no hay habitaciones libres", una indirecta para que nadie se quedara a dormir en tu casa?», escribe ahora Marta. Risas de las tres. Elisabetta tiene planes para sacarnos del piso. No importa que Román lleve la bolsita colgando y yo la pierna tiesa, se le ocurren un montón de sitios para ir y pasar un rato agradable.

En mitad de la conversación suena el timbre de la puerta. Desde que el médico me dio permiso para apoyar el pie, procuro desplazarme por el piso sin la ayuda de las muletas. Recorro el largo pasillo en forma de C y al abrir la puerta de entrada me encuentro con dos hombres del equipo de mantenimiento del edificio. Hay un escape en el piso inferior y me piden si pueden entrar para comprobar si la avería es del lavabo de la habitación donde duerme Román.

—Tengo un invitado durmiendo ahí —les advierto.

—Pues asegúrese de que no usa el lavabo, por favor —me insisten.

Esto me hace pensar que quizá pueda convencer a Román para ducharse de una vez. Será complicado, pero empieza a ser necesario: yo también hago malabares cada mañana con mi pierna.

Antes de que se vayan los operarios, mientras comentamos que en estos pisos cuando no se estropea una cosa se estropea otra, vuelve a sonar el móvil. Menos mal que últimamente ya lo llevo colgado al cuello. Es mi ex, que se hace un lío con los wasaps y, pese a que mi teléfono se oye fatal, siempre llama. Se ve que mañana baja a Barcelona y quiere pasar por casa a dejarme una docena de huevos que han puesto sus gallinas. Le contesto que en la última compra me equivoqué y me pasé comprando huevos, tantos que tengo miedo de que caduquen.

—Oye, estoy en la puerta atendiendo a los señores de

mantenimiento y no me puedo enrollar —le advierto.

—Aprovecha que los tienes a mano para pedirles que revisen las manecillas de todos los ventanales del pasillo —oigo que dice en la lejanía.

Razón no le falta: las manecillas son antiguas y no queda ni una sana, pero no me apetece ahora este lío. Estoy pensando en hacerme la loca, cuando oigo que él insiste:

—Aprovecha ahora que los tienes a mano. Díselo.

Le paso el móvil a uno de los dos operarios, al más sonriente, que se apañen entre ellos. A todas estas, Román saca la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Buenos días a todos —nos saluda con cara de pocos amigos.

Su dormitorio está cerca de la entrada y le han despertado nuestras voces.

El otro operario aprovecha para preguntarle si le permite echar una ojeada al lavabo de su habitación. Román me lanza una mirada asesina pero le hace un débil gesto con el brazo para que pase. El operario que habla con mi ex me devuelve el móvil y siguiendo sus órdenes se pone a examinar las manecillas de las ventanas del pasillo. Seis grandes ventanales con dos manecillas cada uno. Doce manecillas. Hay trabajo que hacer.

—Voy a buscar una herramienta abajo —me dice.

Al minuto sale el otro operario del cuarto de Román.

—Sí, es culpa de este váter. Intentaré solucionarlo.

En el rellano del ascensor los dos operarios se encuentran con el fotógrafo que ha venido acompañado de sus dos hijos.

—Como es sábado y no tienen cole, les he traído para que conozcan el edificio —me dice con naturalidad. La cara de los niños, de entre siete y diez años, es un poema. Seguro que su padre los ha traído a rastras.

Entramos todos en el piso. Les ofrezco galletas a los niños. Ojalá me digan que no y no tengamos que entrar en la cocina.

—Esta casa huele raro —comenta uno de ellos arrugando la nariz.

Hago ver que no lo oigo, pero la frasecita en cuestión me sabe a

cuerno quemado.

Mientras estoy con ellos me llama una empleada del Departamento de Cultura de la Fundación. Está recorriendo el edificio con la directora de un museo de Barcelona y dos colegas de Berlín. Me pregunta si me importaría que se dejaran caer unos minutos por casa. «Si no te va bien, me lo dices, ¿eh?, aunque poder acceder a un piso habitado de la Pedrera sería un regalazo para ellos».

Al colgar me entra otro wasap. Es Elisabetta anunciándome que vendrá con Marta a media tarde y recomendándome películas antiguas italianas, una larga lista, «por si te aburres esta mañana», escribe. ¿Aburrirme? Yo lo que quiero es tener tiempo para escribir y, ya puestos a soñar, me pido unos buenos achuchones con Román. Follar y escribir, dos cosas que antes me parecían de lo más normales y ahora siento como metas inalcanzables. Especialmente, follar. Sí, quiero un hombre en mis brazos. Un amante. O lo más parecido a eso que sea posible.

Marta y Elisabetta acaban de llegar, Sara y Málik lo han hecho hace unos minutos. Presentaciones, abrazos y risas. Málik es el centro de atención, un auténtico rey. Mientras no vuelva a mearse sobre la alfombra, ya me va bien; mis amigas estarán entretenidas hasta que Román decida salir de su dormitorio.

Elisabetta saca a Málik de la cesta de mimbre, lo coge en brazos y lo acaricia, yo me apresuro en colocar unas tazas de té y una bandeja con un surtido de galletas sobre la mesa baja del salón, frente al enorme sofá. Es extraño que Román no haya salido de su dormitorio al sonar el timbre de la puerta, ni con el escándalo que están montando ahora Sara y mis amigas. Al fin y al cabo, solo una puerta corredera separa el salón de la habitación. Nada, papel de fumar.

Voy hacia allí convencida de que se habrá dormido profundamente, una larga siesta después de comer.

—¡Román! —Entreabro la puerta. Espero unos segundos y entro sin llamar.

Levanta la cabeza y me mira desde la cama donde está sentado con la espalda apoyada contra unos cojines, enfrascado en su teléfono.

—¡Oh, pensaba que dormías! —suelto, cerrando la puerta y sentándome junto a él en la cama, sin poder dejar de admirar una vez más sus ojos de un azul infinito.

—Ya ves, organizando cosas. Conversando con otros periodistas.

Al otro lado de la puerta corredera se oye la voz de Elisabetta explicando que su hijo había tenido conejos en casa de pequeño.

Señalo la puerta y digo:

—Tu hija ha llegado. También mis amigas. Se mueren por

conocerte.

—Cariño, no estoy presentable. Compréndelo.

En este momento Sara entra en la habitación tarareando una canción.

—Hola, papi —le dice con ternura, y le da un beso en la frente —. ¿Cómo te encuentras hoy?

Román deja el teléfono sobre la mesita de noche.

—¿Quieres que te ayude a asearte? ¿A cambiarte de ropa? — insiste Sara—. Las amigas de Martina han venido a verte. Te están esperando. ¡Anda, papi!

—Lo siento, chicas —dice mirándonos a las dos detenidamente a los ojos—. Con esta pinta yo no me presento en público.

—Marta y Elisabetta no son público… —intento explicar.

Sara me toca el brazo con suavidad. Su gesto habla por ella. Está claro, no vale insistir, su padre no va a cambiar de opinión.

Román coge de nuevo su teléfono y se concentra en él dando por terminada la conversación. Las dos salimos juntas del dormitorio.

En el salón, Sara se disculpa:

—Papi es muy presumido y lo está pasando mal. No soporta que lo veamos en el estado que está. —Y busca con la mirada a Málik, que ahora descansa en brazos de Marta.

Me siento al lado de Marta. Ella me toca la pierna con la mano libre y me pregunta bajito:

—Y tú, ¿cómo vas? —parece preocupada.

—La pierna sigue su curso. El resto… la convivencia se me está haciendo difícil. Bueno, para ser sincera, más que difícil, pero Román me gusta. Me atrae como un imán. No lo puedo evitar —le confieso en voz baja.

Un silencio muy violento se adueña del salón. Estoy tensa. Rabiosa con Román. Ni que esto fuera el Eliseo, el 10 de Down Street o la Casa Blanca. Estamos en familia, no entiendo su actitud. Por suerte, Sara se pone a charlar con Marta y Elisabetta como si las conociera de toda la vida. Tiene un íntimo amigo en la facultad que es italiano, ha estado con él varias veces en Italia y habla un italiano aceptable. El ambiente empieza a relajarse. También le interesa la

confección de sombreros. Marta le enseña fotos de su colección y Sara acaba encargándole uno.

Galletitas por aquí, galletitas por allá. Entre unas cosas y otras, mujeres inteligentes, que lo son, se dejan fluir y salvan la situación. Yo no abro boca.

Estoy para el arrastre. Cojo la cama con gusto. Con ganas de que finalice el día. Duermo profundamente cuando, en mitad de la noche, entra Sara en mi dormitorio.

—¡Martina, Martina!

Se acerca y me toca la espalda.

—¡Martina! —insiste moviéndome con fuerza.

Abro los ojos. Pego un bote en la cama:

—¿Qué pasa?

—Es Málik. No sé qué le ocurre.

¿Málik? No entiendo de qué me habla. Sigo medio dormida.

—Está muy malito.

¡El conejo!

—¿Has avisado a tu padre? —le pregunto intentando despejarme poco a poco.

—Estoy muy nerviosa, creo que se va a morir. —Parece desesperada.

¡Morir! Me tiro de mala manera de la cama y me envuelvo en el kimono.

Me encuentro con Román en el dormitorio de Sara. Él y su hija ocupan cada uno un dormitorio. Uno enfrente del otro, entre los dos el gran salón. Se ve que ella ha encerrado a Málik en el baño —esta vez sí— cuando se ha ido a dormir y Málik la ha despertado golpeando histérico la puerta con sus patitas.

Málik está ahora en un rincón de la habitación quieto como un pasmarote, con la mirada fija. Las patas traseras no paran de moverse, solo las patas, pum, pum, pum, pegan fuerte y veloces contra el suelo, como un tambor. Pum, pum, pum, cada vez más rápido, sus patas resuenan en el suelo de madera de la habitación. El

mismo suelo de madera que hay en el salón y en el dormitorio de su padre. En toda la parte delantera del piso.

Sara, fuera de sí, nos explica que por la ventana del lavabo, que da a uno de los patios de ventilación del edificio, se oyen voces e imagina que Málik se ha asustado con el ruido. «Sé que los conejitos están medio sordos —dice—, o que captan otras frecuencias, pero tiene que ser culpa de esas voces que se oyen». Román, con su bolsa colgando, y yo, con la pata tiesa, nos dirigimos al baño. Es cierto. Está sonando el disco que reproduce la voz de Gaudí: una grabación que retumba cada noche entre las piedras del edificio, coincidiendo con alguna visita turística.

El conejo debe haber tenido un ataque de pánico. Normal. A mí al principio me costó acostumbrarme a esa voz de ultratumba, pero ahora ya casi ni la oigo. Busco señales entre el heno que cubre las baldosas, pero no encuentro nada. Ni media caca ni un minipipí de los suyos. Se lo comento a Sara.

—Eso es lo raro —dice ella nerviosa—. Los conejos se cagan todo el rato. Que no cague tampoco es buena señal.

Marco el número de seguridad para advertirles que se han olvidado de quitar el disco de la grabación. Al cabo de cinco minutos el sonido cesa, pero Málik sigue igual, en un rincón de la habitación, con sus patas traseras pegando enérgicas contra el suelo de parqué. Pum, pum, pum, como si le hubieran dado cuerda.

Sara empieza a hacer llamadas por el móvil. Oigo que contacta con un par de veterinarios de urgencia y la remiten a hospitales de animales exóticos. Ella no deja de repetirnos que los conejos tienen el corazón muy pequeño y que no sería extraño que se muriera de un susto.

—Sí, esto les pasa a los conejitos… Esto les pasa.

Va hablando sola por el dormitorio.

No sé si reír o llorar. De hecho, medio dormida como estoy, dudo que esto esté sucediendo realmente.

—¡Mirad, está a punto de palmarla! —grita ahora. Es cierto: la velocidad que han alcanzado las patas traseras del conejo es impresionante. Sara coge de nuevo el móvil y habla ahora con un

médico de animales exóticos. Vive a las afueras, a media hora en coche de casa. A mí me extraña que a estas horas alguien pueda examinar al conejo.

Sara le dice al médico que se lo ha de pensar y cuelga.

Se estira sobre la cama y el conejo se mete debajo.

—Desde aquí noto el pum pum —dice Sara trastornada, tapándose la cara con las manos—. Va a morir… Esto les pasa, esto les pasa.

—Oye, yo de ti lo llevaría al veterinario ese, al especialista en conejos —le digo intentando tranquilizarla.

—Ya, pero no tengo coche.

Miro la hora: no me lo puedo creer, son las cinco y media de la mañana. Román con la bolsa colgando, yo con la pata tiesa, el conejo con un supuesto ataque de pánico y la niña al borde de la histeria y sin coche.

—Sí, esto les pasa —no para de repetir Sara.

Saca al conejo de debajo de la cama.

—Ay, ya mueve las patas más despacio… Se muere, se muere —gime.

Oigo como Román dice a mi espalda:

—Voy a la cocina a haceros una infusión. Estáis las dos muy alteradas.

¿Será cabroncete?

«Se precisan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar», sentenció Ernest Hemingway, y yo tengo sesenta y tres y he aprendido a callar. Llamo a un Cabify y, en menos de veinte minutos, Sara, Málik y yo estamos camino del veterinario.

Son casi las siete de la mañana y estoy sentada sola en la desangelada sala de espera de un veterinario especializado en animales exóticos a las afueras de la ciudad. El veterinario ha auscultado al conejo y ahora le está haciendo unas radiografías abdominales, pueden ser gases lo que tiene. Debo esperar fuera de la habitación. El consultorio es un local a pie de calle y todavía no han puesto en

marcha la calefacción. Estoy leyendo una y otra vez unos diplomas colgados en la pared para evitar que los ojos se me cierren, cuando la puerta de la calle se abre y entra un chico joven y fuerte que me saluda sin detenerse. Va directo hacia el interior con paso apresurado y no se molesta en cerrar la puerta. Veo que fuera sigue lloviendo. Horas y horas lloviendo. El chico que acaba de entrar sale ahora con un bulto sobre los hombros que introduce en la parte trasera de la furgoneta, que ha aparcado justo delante del consultorio. Sin cerrar la puerta de la furgoneta, entra de nuevo en el consultorio. Al minuto vuelve a salir acarreando otro bulto. Está vez lo identifico por la forma. El chico se está llevando los animales muertos que el veterinario debe de guardar en un gran frigorífico. Me pongo de pie de un salto. Se me remueve el estómago. Hay que ver la racha que llevo. Puro gore.

Camino de lado a lado de la pequeña sala de espera con la vista fija en las baldosas del suelo, confiando en que se acabe pronto la macabra operación. Debo burlar el sueño como sea y cojo del mostrador unos folletos de propaganda de comida para animales. Me imagino a Román en la cama calentito sepultado bajo el edredón. Qué vergüenza cuando no ha querido salir de la habitación para saludar a mis amigas. No sabía cómo excusarme, ni dónde meterme. Pero ahora no quiero pensar en Román, ni en el feo que ha hecho a mis amigas ni en los huevos que ha tenido al quedarse en casa y no acompañar a su hija al veterinario. Sufro por Málik y eso que no me apetece nada tenerlo conmigo. Esta tarde Sara ha dicho lo mismo que el otro día, que Málik no se movería del baño, y yo lo he pescado dando tumbos por la casa. Meadita aquí y meadita allá, porque ahora ya lo sé, las meadas de los conejos son minúsculas pero continuas. Pero de esto a que el pobre se muera, hay un trecho.

Sara aparece en la sala de espera con la cara reluciente.

—Martina, Málik solo tenía gases. Pero los gases duelen mucho, pobrecito.

Sara, el conejo y yo vemos amanecer en otro Cabify de vuelta a la Pedrera.

La salud es lo más importante y al menos uno del grupo la ha recobrado: Malik, nuestro rey soberano, se ha restablecido. A la hora de comer lo celebramos con unas *delicatessen* de Román: pinchos de rape, acompañados de minilasañas de verduras, y todos recuperamos un poco el humor.

Román, este mediodía, está especialmente atractivo en su dejadez. La bolsa colgando, el pijama arrugado, descalzo, los cabellos revueltos. Un día más sin pasar por la ducha, sin afeitar. Ni habiendo dado plantón a mis amigas ni habiéndose desentendido del conejo consigo mirarlo con malos ojos.

En mitad de la comida suena su móvil. Desde que nos hemos sentado a la mesa, ha sonado ya dos veces. Román mira la pantalla y ni se inmuta. Sara pone una cara que no logro descifrar. Me estoy sirviendo una lasañita cuando de repente suena también el móvil de Sara:

—Hola. Sí. Lo tengo aquí al lado —oigo que le dice a la persona que ha telefoneado. Con gesto mecánico le pasa el móvil a su padre. Entiendo que Román ya sabe de quién se trata. Se levanta de la mesa y se aleja para hablar.

—Es ella. Quiere saber qué tal se encuentra papá —me dice Sara tratando de que no lo escuche su padre.

—¿Quién es ella? —No entiendo nada. Mi mente se acelera, comienza a asociar ideas, pero no caigo en quién demonios puede ser «ella». Doy un mordisco a la lasañita.

—La mujer de mi padre —me informa de sopetón Sara.

La comida se me queda atascada en la garganta. Cojo la copa y doy un largo sorbo al vino blanco. No doy crédito. Tengo que reaccionar.

—¿Tu madre? —pregunto tratando de disimular todo lo disimulable, una vez he conseguido tragar el trozo de lasaña.

—Bueno… sí. Pero no me llevo con ella. No me gusta.

La tripa me da un giro de trescientos sesenta grados.

—Tu padre no me había dicho que estaba casado —le aseguro tras dar un nuevo sorbo de vino. En dos sorbos he vaciado la copa. Noto que me arde la cara.

—Pues sí. Ahí donde lo ves, lleva toda la vida casado —afirma rotunda Sara, sin darle demasiada importancia ni parar de comer. Y añade—: ¿Te lo puedes creer? ¡Es un milagro!

Sara es de armas tomar.

—Los pobres hacen lo que pueden, pero los años de convivencia no perdonan —sentencia ahora con aire de suficiencia.

Rayos, joder, ¿va en serio todo esto?

Román camina arriba y abajo del pasillo. Se le oye hablar a lo lejos. Por su tono parece disgustado. Sara me mira y se encoge de hombros. Me levanto y voy a la nevera a buscar otra botella de vino. La cocina es un caos. Al volver al comedor, Román se está sentando a la mesa. Le dedico una mirada asesina. Lo mataría tras una larga tortura. Con él es así, paso de adorarlo a querer apedrearlo de un segundo al otro.

Él, que de nuevo ha empezado a comer, deja el tenedor apoyado en el plato y le dice a su hija:

—Me ha dicho que, si no vuelvo pronto a casa, viene ella a por mí. Es increíble.

Su hija pone los ojos en blanco.

—Pues ya sabes lo que te toca, papi —le dice mientras sigue comiendo sin prestar atención.

Luego Román me acaricia la mano sobre la mesa y me regala una mirada amorosa con sus ojos más azules que el mar.

Me siento tentado de clavarle las uñas, pero aparto la mano rápidamente.

—Román, no me habías dicho que estabas casado. —Me tiembla la voz al decirlo.

Se aclara la garganta y dice:

—Las historias empiezan bien y acaban mal. La nuestra puede ser al revés —resuelve con un tono grave, y vuelve a colocarse la servilleta sobre las piernas.

La mirada se me va hacia Sara, que baja la vista y se queda mirando el plato. Málik, medio sedado, duerme a sus pies, dentro de la cesta de mimbre.

De pronto, siento dolor. No tristeza, dolor. Un dolor dentro de mí que no quiero exhibir. No quiero compartirlo con ellos. Es mío y necesito aislarme.

—Lo siento —me excuso, y me levanto.

Y cojo el pasillo en dirección a mi salita. Camino rápido apoyada en una sola muleta. Dios mío, ha aterrizado en casa un hombre que casi no conozco, con los horarios cambiados, con un olor corporal que no soporto y que encima está en busca y captura por su esposa… y yo, idiota de mí, tengo que acordarme de que le acaban de extirpar un tumor, de que lleva el pito vendado, una bolsa llena de orina colgando y de que a mí no me gusta birlarle el marido a nadie para no dar media vuelta, volver al comedor y lanzarme a sus brazos. ¿Es un encantador de serpientes? ¿Soy una tarada emocional? ¿Lo nuestro es química?, ¿física? ¿Qué me está sucediendo? En la salita, rodeada de mis libros, revistas, velas, y de un desorden muy mío, cojo el móvil y hago un audio al grupo de Marta y Elisabetta buscando con la mirada la puerta del baño: «Chicas, apenas he dormido tres horas y no me aguanto en pie. El conejo tuvo gases en el estómago y lo llevamos al veterinario de madrugada, y hace unos minutos me acabo de enterar de que Román está casado. Mi vida ha empezado a hacer bajada y necesitaba compartirlo con vosotras. No me llaméis. Os quiero».

Tumbada sobre la cama, con la cabeza descansando en la almohada, los ojos abiertos y sin variar ni un centímetro la postura, veo caer la noche al otro lado de los cristales del dormitorio. Mi tripa, por el momento, se está comportando, está tranquila, pero siento la misma sensación (aunque no el mismo dolor físico, gracias a Dios) que cuando me operaron el pecho y me desperté en el quirófano. Un cerdo abierto en canal que sangra.

Habituada a escribir, trato de poner orden a mi caos emocional. Una mujer madura con una separación amistosa a sus espaldas, dos hijas sanas y capaces volando fuera del nido, gente a la que recurrir, dos amigas muy cercanas, un libro en los estantes de las librerías y una vivienda principesca. Una mujer conforme con su situación, que siente que sería un pecado intentar arrancarle algo más a la vida. Pero, hete aquí que un buen día, un hombre la sigue a la salida de un cine, el mismo hombre que se las ingenia para tener un nuevo encuentro con ella y, tras una interesante conversación, le da un abrazo de despedida que la mujer aún siente en su piel y un beso que todavía le cosquillea en los labios. Lo que en un principio parecía un regalo de la vida, algo con lo que la mujer no contaba, con el paso del tiempo se va transformando y hoy, a principios del mes de febrero, casi dos meses después, siente que lo suyo con ese señor es un disparate. Ilusión, deseo, obsesión, paranoia. Ganas de sexo. La mujer ya no distingue los sentimientos. No sabe dónde acaba uno y empieza otro.

Y aquí el guión entra de lleno en el conflicto. La mujer no es tonta: está acostumbrada a pensar, a analizar los hechos que le suceden y los sentimientos que la embargan, y comprende que esta fijación no la va a llevar a ninguna parte, ya que el señor en cuestión

poco más le puede ofrecer aparte de aquel primer abrazo, que ella recuerda como el mejor de los abrazos. No debe centrar toda su felicidad en ese hombre, él no puede ser su prioridad. Como mucho, una opción más. Lo que sí sabe la mujer es que hace dos meses no necesitaba un hombre y ahora, para mantener un cierto equilibrio emocional y seguir caminando dignamente por la vida, para no ponerse en evidencia y no sufrir, necesitaría al menos dos. Lo suyo, entiende la señora, sería encontrar a otro hombre y repartir tanta chaladura entre los dos. La clave está en diversificar. Pero una gran angustia la tiene atrapada, no se puede mover.

El sonido del teléfono me hace volver a la realidad, a dejar el argumento de mi propia vida de lado. Un argumento que siento como un drama, aunque quizá sea una comedia barata. Contesto al teléfono. Es Anabel, mi amiga periodista que se ha enterado de que la próxima semana va a salir una entrevista mía en un periódico de mucha tirada. Llama para felicitarme.

—Gracias, Anabel. Estos días estoy un poco liada, pero en cuanto pueda quedamos para comer —le digo.

—Me voy pronto a la India —oigo que dice en la lejanía.

Pulso la tecla para subir el volumen de voz del teléfono.

—¿Martina?

—Perdona. Es mi móvil… ¿Me decías que te vas a la India?

—Sí. Voy a hacer un reportaje sobre Auroville. Un *ashram*, una aldea experimental cerca de Chennai. Al sur de la India. ¿Por qué no te vienes?

Román se va a ir. No sé cuándo, pero se irá. Su mujer le ha dado un ultimátum y no tiene elección. Me oigo decir:

—No lo dirás en serio, ¿no? Lo de ir contigo a la India…

Anabel y yo nos conocemos desde los quince años. Es una mujer divorciada que ha sabido sacar adelante a sus hijos y rodearse de amigos. Una mujer que puede con todo, ahora mismo acaba de abrir un restaurante de comida vegana, una mujer que no está para darse mala vida con tontadas y con la que apostaría que no tendré problemas.

—¿Por qué no? Yo contigo al fin del mundo —me asegura

Anabel.

—Pues no me lo digas dos veces. Llevo dos meses confinada en casa y necesito aire. Aunque estoy escribiendo un libro y…

—Venga, Martina, solo estaremos fuera diez días y puedes trabajar en la *tablet*. Nos lo pasaremos bien.

Mientras nos despedimos me levanto de la cama con el teléfono en la oreja y voy al baño. Soy un hervidero por dentro. Necesito dormir. Acerco la boca al grifo y bebiendo un poco de agua trago una pastilla que he cogido del botiquín.

Vuelvo a la cama visualizando mi actividad de los próximos días. Intentaré que me quiten la férula de la pierna, me agenciaré un bastón, me pondré las vacunas que toquen, haré los trámites para obtener un visado de turista, compraré los billetes *online*, buscaré información sobre Auroville y en la maleta meteré mis pantallas, medicación preventiva y cosas de higiene, el resto de la maleta irá vacío, en esta época del año al sur de la India hará calor y compraré cuatro trapos en un mercado para vestirme. Siento que me animo un poco. Pero por el momento solo quiero dormir.

Deben de ser las siete de la mañana cuando oigo ruidos en la parte delantera del piso. Salto de la cama y recorro el largo pasillo. Es Román, que está gritando, furioso. «No tienes consideración, estoy recién operado», oigo que dice. Toco a la puerta y entro en el dormitorio. Está de pie junto a la ventana, y al verme coloca el dedo índice delante de la boca para que no hable. El cuarto huele raro pero está ordenado y Román ha recogido sus cosas y las ha guardado en la mochila. Siento una presión en el estómago. Cojo una manta que está doblada a los pies de la cama y me la tiro encima del camisón. Espero que Román acabe de hablar jugando con los flecos de la manta.

—Tranquila, no se hable más, al mediodía estoy ahí —dice enfadado, y se guarda el móvil en el bolsillo con cara de pocos amigos.

Camina despacio y se queda de pie frente a mí con la cabeza baja.

—Me voy. Tengo que volver a Madrid. Mi esposa… Siento que… —se excusa.

Ha llegado el momento del adiós.

—Yo también me voy. Me voy lejos, a la India —suelto, fingiendo un entusiasmo que no siento en absoluto.

Son nuestras primeras palabras desde que ayer, al enterarme de que estaba casado, me largué a la parte de atrás del piso y me encerré en mi dormitorio. No se acercó, no trató de hablar conmigo. Imagino que Sara y su conejito se largaron, y la casa ha permanecido en silencio hasta hoy.

Lo acompaño a la entrada sin rozarnos, casi sin mirarnos. Tristeza, desengaño, cólera. Los sentimientos luchan por destacar

uno sobre otro. Desde que llegó, cada día he esperado que el siguiente fuera mejor, y al final nada. Me he quedado con ganas de todo. En el fondo, una gran sensación de vacío. Nos damos un abrazo tenso y apresurado en el rellano mientras esperamos el ascensor. Intento mostrarme indiferente, una mujer de mundo vacunada contra todo tipo de situaciones, pero me falta el aire.

Cuando se cierra la puerta del ascensor, me dejo caer sobre el felpudo frente a la puerta de entrada del piso, donde, al cabo de no sé cuánto tiempo, me encuentra cabizbaja, envuelta en una manta y descalza, Isabel, la directora del Departamento de Cultura de la Fundación, propietaria del edificio.

—¿Te pasa algo, Martina?

Me estremezco.

—Perdona, te he asustado… —se disculpa.

—No, perdona tú, días malos que tiene una. —Me siento hueca. Una mujer con piel y huesos, deshabitada por dentro.

Isabel me ayuda a levantarme del felpudo, entra conmigo en casa y me acompaña al salón. Le ofrezco un café haciendo un esfuerzo por reprimir el llanto. Mientras lo tomamos se queda mirando una serie de retratos que me hizo Leopoldo Pomés, con la idea de escoger uno para la cubierta de mi última novela. Tamaño treinta por cuarenta, sin enmarcar, unos bellísimos retratos en blanco y negro que descansan sobre la mesa de madera del comedor, junto a una pila de libros. Los hay de cara y de cuerpo entero, horizontales y verticales, pero todos con el sello de Leopoldo.

—Un maestro —comenta ella—. No te perdiste la expo que hicimos aquí, en la Pedrera, ¿verdad?

—Qué va. No me pierdo ninguna, y menos la suya —me apresuro a contestar tratando de disimular mi desconsuelo sin conseguirlo. Unas lágrimas resbalan lenta, muy lentamente, por mis mejillas. Retrocedo un paso para alejarme un poco de ella, seguro que mi pena apesta.

Isabel saca un paquete de clínex de su bolso de mano y me ofrece uno. Es la primera vez que estamos a solas. Lo nuestro es coincidir arriba y abajo en el ascensor. Mientras me enumera algunos actos

culturales programados para primavera en la Pedrera, me fijo en las pecas de sus manos, en su cabello pelirrojo. Es una mujer joven, preparada y cercana. ¿Cómo será la esposa de Román?, ¿la mujer que lo está esperando en Madrid y que en poco rato lo tocará, lo abrazará?

Por decir algo, le comento a Isabel que en breve me voy a la India. Ella ha estado recientemente en la zona que Anabel me ha propuesto visitar y quedamos en que me pasará una guía repleta de anotaciones.

—Isabel, me siento tan bien aquí… Sola pero acompañada.

—Y pudiendo disfrutar de exposiciones y otras actividades culturales sin salir del edificio —añade ella, guiñándome un ojo.

No le falta razón. Un lujo que no tiene precio.

—Y pensar que al principio no me emocionaba vivir en la Pedrera —le confieso mientras la acompaño a la puerta de entrada.

—Eras muy joven —dice.

—Sí, quizá fuera eso… Pero ahora que lo hablamos, mi exmarido no se cansa de repetir que después de que él se quedara este piso, otros pisos se quedaron vacíos y él los ofreció a amigos y conocidos, la mayoría arquitectos, fotógrafos o diseñadores, y nadie se decidió. No era una cuestión de precio, el alquiler no era alto, simplemente no les veían el atractivo que les vemos ahora, y de esto hace menos de cuarenta años. Para que veas que no soy la única que no le encontraba la gracia…

Isabel hace un gesto afirmativo con la cabeza apoyando mis palabras y nos despedimos con dos besos. He logrado mantener el tipo, pero en cuanto Isabel se va, vuelvo al dormitorio y me precipito sobre la cama. Me derrumbo sobre una masa de dos metros por dos, acogedora y mullida, blanca como la nieve. Sería el momento de que me administraran un buen chute de anestesia. El momento de desaparecer del mundo un ratito.

Acaricio las almohadas, cierro los párpados y comienzo a cantar bajito:

Tous les garçons et les filles de mon âge

se promènent dans la rue deux par deux.
Tous les garçons et les filles de mon âge
savent bien ce que c'est qu'être heureux.
Et les yeux dans les yeux,
et la main dans la main,
ils s'en vont amoureux
sans peur du lendemain…

Y al llegar aquí, unos lagrimones empiezan a descender poco a poco por mis mejillas al tiempo que elevo el volumen de voz:

Oui, mais moi, je vais seule
par les rues, l'âme en peine.
Oui, mais moi, je vais seule
car personne ne m'aime…

Una muñeca a la que se le ha acabado la cuerda, parada y desmayada, esa soy yo.

Sigo retirada del mundo con las persianas bajadas, las cortinas corridas y escondida bajo el edredón cuando el móvil, al que le he quitado el sonido, vibra con insistencia. Al ver en la pantalla el nombre de mis hijas, primero una y después la otra, me decido a mover ficha.

«¿Todo bien?», pregunto apresuradamente en el grupo familiar.

Lo están y proponen hacer un Skype.

«Estoy concentrada trabajando», contesto. Y les sugiero aplazarlo un par de días.

«Hay que ver Martina cómo eres. —Escribe la pequeña, nuestra jardinera—. Otras madres hacen Skype con sus hijas cada día».

«Y otras madres a veces se enfadan y las riñen», les vacilo.

Esta es una broma muy nuestra porque mis hijas de pequeñas se quejaban a sus amigas de que yo nunca les gritaba ni me enfadaba con ellas.

«Cariño, si estáis bien, estáis bien. Todo lo demás me sobra, ya lo sabéis», sigo escribiendo. Y doy por terminada la conversación colgando unos corazones.

Marta y Elisabetta envían algunos tímidos wasaps; no quieren molestar.

Entiendo que debo manejar este vacío que siento, pero pasan las horas y no lo consigo. De vez en cuando no puedo evitar llorar un poco. Y es que como mucho podía imaginar algún coqueteo de Román en las redes, pero casado con todas las de la ley, es una posibilidad que no se me había pasado por la cabeza. Durante veintitantos años he sido «la mujer de», y ahora soy «la otra» en una relación. No sé qué es peor. A día de hoy, veo horrible ambas opciones.

Consigo al fin salir de debajo del edredón, y mientras abro una lata de aceitunas en la cocina para acompañar una copa de vino, siento curiosidad. Conozco a Sara, al conejo y al hijo (de algún selfi que Román colgó en Instagram en navidades), pero de su esposa no sé absolutamente nada. Necesito ponerle cara. Cojo y me zambullo en las redes segura de dar con ella. Atando cabos aquí y allí la encuentro en Facebook, donde me meto con una identidad falsa. Es más joven que yo, del mismo estilo físico, con una sonrisa preciosa y psiquiatra de profesión. Las imágenes que ella cuelga en Facebook me parecen más interesantes y con mucha más sensibilidad que las que cuelga Román en Instagram. La misma foto de un viaje tomada por uno o por otro, no hay duda, me quedo con la de ella. Con su mirada.

La esposa de Román es una mujer bella que desprende dulzura y determinación a la vez. Comprendo que Román la escogiera. Y que ella escogiera a Román. Hacen una buena pareja. Este hecho me tranquiliza y me anima. Una mala elección por parte de Román me hubiera defraudado. Me sirvo otra copa de vino, me voy a la salita de atrás y me conecto con Marta y Elisabetta.

«Chicas, he encontrado a la esposa de Román en las redes», escribo.

«¿Cómo la has encontrado si no sabes ni el nombre?», pregunta Marta.

«Rastreando los *likes* del Instagram de Román. Ella tiene un Instagram muy pobre, pero he saltado a Facebook y ahí tiene mucha actividad. Se llama Carol».

«¿Y cómo es?», pregunta enseguida Elisabetta.

«Hago un pantallazo y os envío la foto», propongo.

La envío.

«Tú y ella tenéis un aire, el mismo tipo de mujer», escribe Elisabetta cuando recibe la foto.

«Su mirada es triste», dice Marta.

«Es una mujer que me inspira, me gusta y me siento mal con lo que he hecho», confieso.

Marta no dice nada.

Elisabetta escribe:

«Pero ¡si no has hecho nada!».

«Además, no es tu amiga», sigue escribiendo.

«Ni se va a enterar», insiste.

«Si Román te siguió a la salida del cine es porque andaba buscando algo. Los tíos que buscan encuentran. Si no eres tú, será otra…».

Me agarro a este último razonamiento de Elisabetta. A algo me tengo que aferrar para recuperar una cierta serenidad mental y emocional.

Con una tercera copa de vino y unas cuantas aceitunas más me voy a la parte delantera del piso, al dormitorio que hasta hace unas horas ha ocupado Román. Me cubro con su edredón. Un montón de dudas, preguntas que me gustaría hacerle, se agolpan tras mis dientes. En el fondo, odio a Román y a la vez lo justifico. Lo odio porque esperaba mucho más de él y me he quedado con las ganas, y lo justifico porque, en contra de lo que creí en un primer momento, no me ha mentido, solo ha omitido un hecho, ha ocultado que estaba casado, y si lo ha hecho habrá sido para estar conmigo. No se me ocurre otro motivo.

Hace diez días que Román se fue y yo sigo con el ánimo por los suelos. La casa se ha hecho más grande y yo estoy encogiendo. No puedo comer. Aunque intente ser positiva y desdramatizar, el dolor está aquí. Se ha ido ramificando por dentro. No me duele que esté casado, ni que me lo haya ocultado, eso es algo a lo que poco a poco me he ido haciendo a la idea, sino que no está junto a mí. Y que los días que estuvo, no estuvimos de la forma que yo hubiera deseado.

Es curioso el camino por el que avanzan los sentimientos. Cuando Román desapareció tras la puerta del ascensor para regresar a Madrid, di por supuesto que no lo volvería a ver, que nuestra relación había terminado, y la sensación de pérdida fue desoladora.

En cambio, hoy veo las cosas de otra forma, puede que nuestra historia tenga futuro, no sé cuál, pero que no se detenga aquí. En parte porque ha seguido erre que erre, dando señales de vida.

La pantalla del móvil reproduce la última foto que me ha enviado: una palmera. Increíble. Me envía fotos de plantas, de flores, de playas con aguas transparentes, sin ningún tipo de texto. «Mejor recibir estas fotos que nada, al menos nos siguen uniendo las redes», pienso, pero no entiendo su significado, necesito palabras que me sanen y no imágenes verdes digitales. No busqué a Román, pero ya que apareció por arte de magia en un cine, necesito que me dé mi lugar en la historia, que demuestre lo que siente por mí.

Román y su mujer deben de llevar una vida juntos, y yo soy de las que creen que los humanos no estamos programados para una condena como esta. Cualquier mujer frente a una esposa tiene las de ganar, aunque solo sea por la novedad. Desde el punto de vista del deseo, la monogamia puede ser una forma de vida difícil. La naturaleza se impone a la ley en la cama. Y yo no veo a Carol como

una rival. Nada más lejos que hacerle daño. No quiero tener obligaciones con Román, ni tomar decisiones de futuro; no quiero compartir piso con él, ni mucho menos volverme a casar. Carol puede estar tranquila: no pienso quitarle el marido. Pero también entiendo que, si yo fuera ella, le cogería manía a alguien como yo, le sacaría los ojos. He estado en su lugar y la infidelidad, por mucho que mi mente la aceptara como algo natural al ser humano, me ha dolido hasta el infinito. Pero yo ahora estoy en el otro lado, ahora yo soy la otra, ¡menos mal!, y no le veo la gravedad. «Hay sitio para las dos», voy rumiando camino de la nevera.

Antes de llegar a la cocina, llama Marta por teléfono.

—¿Cómo vas? ¿Necesitas algo? —pregunta.

—Marta, me está descentrando mi historia con Román. No para de enviarme fotos por WhatsApp. No voy a negarte que me tranquiliza que siga pensando en mí, pero lo que me saca de quicio es que continúa sin mostrar ningún sentimiento, esquiva lo fundamental, manda cursiladas. Enredaderas, mariposas. Objetos sin trascendencia, ajenos a nosotros dos. Yo no le contesto —me desahogo.

—Analiza todo lo que te envíe con mirada zen y luego hablamos —me contesta ella.

Le mando la foto que recibí anoche. Es la imagen de una gran extensión de césped con un aspersor en marcha.

—Realmente no puede ser más zen —me contesta junto a un emoticono que llora de risa.

Pero yo, casado o no casado, con aspersor o sin aspersor, sigo enganchada a él. Y en un arrebato, tras dar un sorbo de vino, rompo mi silencio y le escribo:

«¿Regando?».

Y él al segundo añade:

«te».

¿Regándote? ¿Regándome? ¿Connotaciones sexuales? ¡Por finnn!

Me da la risa. Pero al cabo de nada me cabreo. Ya no puedo más. Esto es una barbaridad. Me tiene mareada, no capto su onda.

Malgasto el tiempo. Ni trabajo en el libro ni hago prácticamente nada entretenida con estas tonterías, y de nuevo decido dejar de contestar sus mensajes, poner un poco de aire en nuestra relación. Quizá por rabia, o por hacerme valer. No sé. Pero el «regando-te» de un hombre que recuerdo con el pito vendado y una cánula para hacer pis hasta parece una provocación.

Ha llegado la hora de ventilarme, de salir de mi zona de confort. Estoy en el aeropuerto del Prat. En la cola para plastificar las maletas. Anabel no se arriesga a que le introduzcan cualquier cosa y tener problemas en la India. En el periódico la matarían. La cola es larga y me distraigo con el móvil. Román cuelga una entrada en Instagram, hacía mucho que no lo hacía.

—Guau —se me escapa un grito.

—Pero ¿qué te pasa, niña? —me pregunta Anabel.

—Luego te cuento —le digo. La historia es larga.

Vuelvo a concentrarme en la pantalla del móvil. Román ha compartido una fotografía que hizo cuando estuvo en la Pedrera en la que salen mis pies con las uñas pintadas del mismo tono azul de la férula. Un azul Francia. Debajo de la foto, ha escrito en mayúsculas un «míss *you*» seguido de un emoji al que le cae una lágrima.

Nunca hasta ahora Román había colgado nada personal en su cuenta, solo un par de selfis con su hijo en navidades, cuando estaba en Croacia. Y ahora me ha colgado a mí con un «*miss you*». Es increíble cómo este hombre puede hacerme pasar del dolor más puta a la alegría más loca.

Con ganas de volver a gritar, le doy un abrazo a Anabel, que la coge desprevenida, y, muerta por reanudar la comunicación, le escribo a Román que estoy en el aeropuerto y le mando un beso por la línea privada. Me ha ganado con su «*miss you*». Perdonado otra vez. En casa las cosas no salieron como nos hubieran gustado a los dos, pero no se acaba el mundo. Tendremos más oportunidades. Todo el tiempo del mundo para nosotros.

A partir de ahí, retomamos nuestro idilio *online* y sus wasaps en cadena me acompañan hasta el momento de embarcar:

«Buen viaje, diosa india».

«Disfruta todo lo que puedas».

«Nos veremos a tu vuelta».

«Celebraremos juntos la llegada de la primavera».

Es tal mi alegría que en vez de subir a un avión parece que entre en el paraíso prometido, y así seguiré durante mi estancia en la India.

Unos cuantos días en el paraíso y de nuevo me encuentro en un aeropuerto. Son las cuatro de la madrugada en Dubái. Camino zigzagueando por el *finger* en dirección al avión que me devolverá más muerta que viva a Barcelona. Estoy al borde del colapso físico. Una elegante azafata de Emirates me da la bienvenida en la puerta de acceso al aparato.

—Hola. Comentarle que vengo de la India —le suelto de golpe —. Llevo veinte horas de tránsito en este aeropuerto y estoy al límite de mis fuerzas.

Capto un amago de comprensión en su mirada. El aeropuerto de Dubái es gigantesco, el de más tráfico del mundo; como un *shopping center* con grandes distancias de un punto a otro y ríos de gente a cualquier hora. Si no lo conoces, te supera.

—Además, estoy operada de la rodilla y tengo que ir estirando la pierna para que no me duela. Por favor, le agradecería un asiento de pasillo —insisto desesperada a la azafata.

—Veré lo que puedo hacer. Creo que en este vuelo quedan ocho plazas libres.

Me consigue un asiento en *business class*, junto a la ventanilla y sin nadie al lado, que me hace creer que existen los milagros.

Mientras coloco mis cosas en la bandeja superior, noto que la azafata no me quita la mirada de encima. «No hay duda de que esta señora viene de la India», debe de estar pensando. Llevo un vestido estampado, una *pashmina*, pulseras y, sobre todo, no dejo de rascarme la cabeza con desesperación, debe de tener claro que no la he enredado. Anabel y yo hemos tenido que coger diferentes vuelos y calculo que ella debe de estar a punto de aterrizar en Barcelona. Me alegro por ella. Y es que, con las ansias de no perdernos nada,

hemos acabado desfallecidas del viaje.

Antes de sentarme echo un vistazo a la zona *business*. Por el momento está casi vacía. Aún no me creo la suerte que he tenido. Tanto espacio y tanto confort. Solo me queda esperar a que el avión despegue y pueda reclinar el asiento y descansar. Mientras el resto de pasajeros acaban de acomodarse, una segunda azafata se aproxima con una bandeja. Me da a escoger entre una copa de champán y otra de zumo de frutas. Rechazo ambas con un leve movimiento de cabeza. Estoy molida. No tengo energía para alargar el brazo ni estómago que tolere nada. Tras el despegue, me entregan la carta del menú. Viniendo de la India, del estado de Tamil Nadu, en el sureste del país, llevo un desfase horario que no sé muy bien si me toca comer o cenar.

—No tomaré nada, gracias, pero agradecería otra manta. — Intento acompañar la frase con una sonrisa, devolviendo la carta del menú sin abrir.

Me pongo los calcetines y doy un largo sorbo a una de las botellas de agua que encuentro al fisgonear en un compartimento lateral.

Es increíble que ahora, que finalmente me ponen en bandeja algo de alcohol (el alcohol está prohibido en la mayor parte de la India), no me apetece nada.

Siento las turbulencias tumbada en el asiento. Con el antifaz puesto, no paro de rascarme la cabeza. Me da vergüenza a mi edad y sentada en *business* rascarme de esta manera, pero es que llega un punto en que me pica todo el cuerpo y no lo soporto, no puedo reprimirme. Mis piojos son resistentes a todos los productos que compré en la India. Les deben de servir a ellos por su tipo de pelo, pero conmigo no funcionan. De hecho, allí todas las niñas se enamoraban de mi cabello. Larguísimo, rizado, entre cano y rubio. «*You are like a princess*», decían admiradas. Pero las princesas eran ellas, como lo son sus madres, envueltas en maravillosos saris y las pulseras tintineando en sus brazos, aunque estuvieran trabajando en el campo.

Trato de dormirme pensando en que, en cuanto aterrice en

Barcelona, me reponga del cansancio y consiga librarme de los piojos, quedaré con Román. Fue él el que lo propuso. «Nos veremos a tu vuelta. Celebraremos juntos la llegada de la primavera». Necesito contacto físico. Un apetito sexual que Román me ha despertado y que estuvo mucho tiempo perdido por algún rincón de la Pedrera.

Recuerdo los últimos wasaps que nos enviamos ayer. Un toma y daca de mensajes en los que yo quise darle marcha mencionando a un chico indio que había conocido. Como era de esperar, Román se encabritó, y el tono de sus mensajes cambió.

«Te beso de arriba abajo… y vuelta a empezar», escribió.

«Te deseo».

«Envidia de tus noches en la India».

Y aprovechando una de las raras pausas que hizo, puse a prueba a mi Jacques Dutronc:

«Mejor pasar la noche con alguien nuevo que con la misma persona de siempre», escribí.

«Pues sí», respondió enseguida.

Y sentí su rabia a pesar de los casi nueve mil kilómetros que nos separaban.

El juego me divirtió. Mi estado de ánimo, incluso estando en la India, dependía de él. De sus mensajes por WhatsApp, de sus comentarios en Instagram. ¿Cómo es posible que una mujer con un carácter como el mío y con una vida como la que yo he llevado haya podido estar cinco años sin pensar ni por un segundo en un buen revolcón?

Me cuesta coger el sueño en el avión y eso que en el asiento que me han adjudicado no puedo estar más cómoda. Conecto la pantalla de televisión que me corresponde y en la BBC están hablando del coronavirus. Es el nuevo tema. Anabel y yo hemos ido siguiendo las noticias y nos chocó que los organizadores decidieran anular el Mobile en Barcelona en el último momento.

Cuando se celebró el Año Nuevo Chino ya hubo revuelo con el coronavirus. En Barcelona se anularon varios festejos y en la Pedrera nos sorprendió el despliegue de mascarillas cubriendo bocas y narices, muchas más de las habituales, entre los visitantes chinos. Pero lo que en un principio parecía algo puntual y con efectos no más graves que una gripe, se ha ido extendiendo de forma inusitada. Por lo que escucho ahora en las noticias, el asunto está tomando el cariz de una película de ciencia ficción. El coronavirus se va propagando y yo, que muchas veces siento que vivo en el ombligo del mundo, cruzo los dedos para no tener que encerrarme en casa otra vez.

Después de no sé cuantísimas horas de viaje, recupero mi gran cama con sábanas que huelen a suavizante; mi lavabo con toda el agua fría y caliente que se me antoja; puedo pisar las baldosas del suelo descalza sin sentir aprensión, disponer de mi propia despensa con leche descremada y magdalenas integrales para desayunar. La máquina de café… No hay nada como la propia casa en soledad.

Estoy disfrutando de un desayuno tardío, después de haber regado las sedientas plantas de los balcones, cuando suena el móvil. Es Román. Al ver su nombre en la pantalla, lo cojo riendo, pero

riendo descaradamente. No hablo, solo río. De la ilusión, de los nervios, de la sorpresa que me acaba de dar con esta llamada.

—Quería esperar a que te repusieras del viaje, pero…

Me derrito al escuchar su acento madrileño; su tono de voz tan grave, tan sexi. No puedo parar de reír.

Me río como una loca. Él se contagia y también ríe. Risas y risas. ¿Es esto la felicidad?

Me cambié de móvil antes de ir a la India, y con el nuevo puedo escuchar hasta el último suspiro de respiración. Román me dice que un día de estos vendrá a verme, me asegura que no puede esperar a primavera y eso que faltan solo dos semanas. Más risas.

Al colgar doy un último sorbo al café, dejo la taza en el fregadero y salgo de la cocina canturreando en francés la canción más conocida de Dutronc. Levanto los brazos y comienzo a mover las caderas al ritmo de la música que suena en mi cabeza. Me arranco a bailar por el largo pasillo de casa. ¿Un fantasma? ¿Una chalada en camisón? En cualquier caso, una buena imagen para los turistas, para los visitantes que se pasean ahora por la azotea y miran asombrados hacia abajo. Abro los ventanales, eufórica de tener un público con el que compartir.

Il est cinq heures.
Paris s'éveille.
París s'éveille.

Arriba y abajo por el pasillo cantando, ahora ya a grito pelado, y saludándolos con el brazo. Un espectáculo con el que no contaban, un número que no iba incluido en la entrada que han comprado en las taquillas para visitar la Pedrera.

Il est cinq heures.
Paris s'éveille.
Paris s'éveille.

Dos chicas ríen y aplauden desde la azotea. Me asomo, saco medio cuerpo fuera y me apoyo en las barandillas de hierro forjado. Dirijo la vista hacia ellas y las dos aprovechan para fotografiarme con sus móviles. Un instante que quedará fijado para la posteridad: la ilusión vive en el tercero.

Por la noche duermo doce horas de un tirón y por la mañana me levanto llena de energía. Me pongo a ordenar notas y listas delante del ordenador, dispuesta a trabajar varias horas seguidas en el libro, que es lo menos que puedo hacer después de mi estupenda estancia en la India y de la inminente visita de Román. Repaso en la *tablet* lo que ya tengo escrito del libro: la introducción, un capítulo sobre la figura de Gaudí, otro sobre la sociedad barcelonesa de principio de siglo XX, un tercero sobre la historia de la casa, les siguen dos capítulos dedicados a la arquitectura, y cuatro en los que hablo de algunas personas célebres que han vivido en el edificio, de sus vidas y de cómo tenían amueblados sus pisos. De hecho, me queda por escribir la parte más personal, con anécdotas y curiosidades de mis treinta y dos años conviviendo con Gaudí, que es la que en realidad interesa a la editorial y en la que incluiré algunas entrevistas a la gente que trabaja y que me cruzo continuamente en la puerta o en el ascensor.

Estoy concentrada ante el ordenador cuando escucho el sonido más familiar en estos momentos de mi vida. Acaba de entrar un wasap en el móvil. Román se excusa. No podrá venir a Barcelona. Lo que me dijo ayer obedecía a un arrebato, a lo contento que estaba de que hubiera vuelto sana y salva a casa. Pero no sería razonable viajar ahora con el coronavirus.

¿Coronavirus?

Mierda. Me está tomando el pelo.

Ni le contesto.

Fuera de mí convoco una reunión de urgencia con mis amigas en el hotel Alma, nuestro punto de reunión preferido. Marta y Elisabetta creen que quiero explicarles mi viaje, pero mis intenciones son otras, necesito desahogarme, analizar en voz alta y con ellas el comportamiento de Román. Entiendo que a mi edad este sin vivir es ridículo, pero… lo siento, cada uno es como es y a mí esta historia me está afectando mucho.

La cafetería del hotel es oscura, elegante y confortable. Al fondo hay una gran cristalera que da a un cuidado jardín. Un espacio verde amueblado con sofás de mimbre, mesas y sillas, que cuando hace buen tiempo vale la pena disfrutar. Lo atravieso y escojo una mesa con tres butacas junto a la cristalera: hace fresco para sentarse en el exterior. Miro alrededor. Las gruesas cortinas de terciopelo de un espléndido azul, el enorme ramo que preside la sala, las vitrinas con objetos diversos colocados con esmero, las distintas tapicerías de los cojines repartidos aquí y allá. Sé que a la vuelta de la India el viaje dura unos días más en la cabeza, y yo ahora mismo me siento fuera de lugar.

Miro la hora en el móvil. He quedado con Marta y Elisabetta a

las siete y aún no lo son. El camarero, un andaluz rubio y extrovertido, se dirige hacia mí y hace el gesto de abrazarme, pero se reprime en el último segundo. Le comento que he estado fuera y que añoraba estas comodidades. Se alegra de verme de nuevo y me asegura que en un abrir y cerrar de ojos tendré una copa de mi verdejo preferido.

Estoy ansiosa por contarles a mis amigas el nuevo desplante de Román. Con él voy de decepción en decepción. Hiervo por dentro de la rabia y me ha dado por morderme el labio superior sin parar. Lo hago con tanta fuerza que me está saliendo una pequeña llaga. Maldito cabrón. ¿Si no le gusto por qué no me deja en paz? ¿Le va el sado, el joder a la gente? ¡Está jugando conmigo!

Marta aparece a lo lejos. Es tan alta que se la ve a distancia, aunque use zapatos planos. Lleva puesta una americana negra y unos *jeans* oscuros, y su media melena blanca resalta en la oscuridad.

—Hey, mi Martina. ¡Cuántas ganas de verte!, ¿qué tal por la India?

Me levanto de la pequeña butaca y nos abrazamos.

—Genial. ¿Y tú?, ¿cómo vas? —le pregunto.

—Por aquí igual, trabajando, liada con mis sombreros… Oye, qué maravilla de fotos has ido colgando en IG… A ver si organizo un viaje con mi chica, pero ella es un poco reacia, no le gusta salir de casa, imagínate si le propongo ir a la India.

Tiene razón, debe de hacer unos ocho años que Marta y yo nos conocimos en aquella exposición fotográfica del hotel Alma, y a su pareja como mucho la habré visto tres veces. Y las tres de refilón. Si me la cruzara por la calle, no la reconocería.

Estamos a punto de sentarnos cuando oigo detrás de mí la voz de Elisabetta.

—*Ciao bella! Come va*? —Y me abraza por la espalda.

Lleva puesto un sombrero diseñado por Marta. Su perfume me envuelve. Su acento y su risa caldean el ambiente. Tengo la sensación de que cientos de miradas se han vuelto hacia nosotras.

La cafetería del hotel Alma se ha llenado de gente en cuestión de minutos. La mayoría de personas deben de estar alojadas en el

hotel, tienen pinta de extranjeras. Van arregladas: da gusto verlas. Se acerca el camarero con las tres copas de vino. En cuanto se aleja, les suelto la bomba a mis amigas: «Román tenía que venir a Barcelona y me ha dado largas. Esta vez la excusa es el coronavirus. Original, ¿no?».

Con Marta y Elisabetta siempre nos ocurre lo mismo. Quedamos para una copa y nos pasan tres horas como si nada. Son las diez de la noche, seguimos dale que te pego sentadas en la cafetería del hotel Alma. A Marta la está esperando su pareja con la mesa puesta para cenar. Su chica se cuida de la casa y de vez en cuando baja al atelier, situado en la planta baja, y ayuda a Marta en lo que haga falta. Parece que así les funciona bien, pese a estar tanto tiempo juntas. Elisabetta va a cenar a casa de su marido, y en principio se quedará a dormir allí. Pero ninguna de las dos parece tener prisa.

El tema del coronavirus lo hemos aparcado enseguida. Las dos coinciden conmigo en que, si Román hubiera querido venir a Barcelona, hubiera venido. Que lo del coronavirus es una excusa pueril. Entre ellas también coinciden en no entender tanta emoción por mi parte ni les cabe en la cabeza lo mal que estoy manejando esta situación. Han visto fotografías de Román en Internet y no acaban de entender las gracias que yo le veo. Les parece demasiado viejo y sin ningún encanto especial. Además, están al tanto de mi vida sentimental, un currículum intenso del que un día les hice una lista por escrito, con los nombres y apellidos de todos mis ex, mi familia adoptiva como me gusta llamarla, y un poco más y se caen de culo.

—Si tienes ganas de enrollarte, está tirado. El mundo se ha llenado de aplicaciones —afirma Elisabetta, y no para de dar ejemplos de amigas de amigas que esto y lo otro y lo de más allá y todas felices.

Mientras las nombra recuerdo la noche, al poco de separarme, en que me invitaron a una cena de unas veinte personas. Unas horas antes la anfitriona me llamó para decirme que uno de sus amigos

vendría a recogerme con su coche. No lo vi claro. Acostumbro a desplazarme sola, pero insistió. Luego comprendería que me habían preparado una cita. No podré olvidar jamás la colonia de aquel hombre al que sentaron, por supuesto, junto a mí a la mesa. Si una colonia me dio tal desasosiego que no acertaba a dejar caer un pretexto para regresar a mis cuatro paredes, y la noche se me hizo eterna, no quiero ni pensar en cómo disimular un mal aliento o una conversación pretenciosa. El pobre, un pediatra recién divorciado, me llamó al cabo de unos días y no le cogí el teléfono.

—Soy incapaz de meterme en un Tinder o similar. Yo no quiero hombres en general, yo quiero a Román en particular —puntualizo a mis amigas, por si aún no lo tienen claro—. Recuerdo que cuando era joven decía: «Quiero tener novios», y lo decía recalcando el plural, diferentes experiencias, la cantidad era un plus. Ahora no.

Hablamos y hablamos. Analizamos con minuciosidad la conducta de Román. No hay quien me saque de mi monotema, he hecho un riguroso inventario y les hago las mismas peguntas que me he hecho a mí misma miles de veces. ¿Por qué Román salió pitando de la Pedrera cuanto su esposa le llamó? ¿Para evitar broncas? ¿Por conservar una estructura familiar? ¿Por algún tipo de interés como el dinero? ¿Porque la quiere?… ¿Por qué sigue en contacto conmigo después de tanto tiempo? Llegamos a la conclusión más común. A una obviedad: tras una convivencia de veintitantos años con una persona, apetece otra. Pero otra como capricho, la mayoría de las veces sin mover o cambiar ni un milímetro de nuestra vida.

—Si aceptas esto sin sufrir, si lo vives como un divertimento, has encontrado un chollo, pero si no… Yo, por ejemplo, no podría —dice Marta llevándose la mano al corazón.

—Huy, yo sí —dice Elisabetta. Tirando el cuello para atrás y moviendo la melena.

Me toca a mí:

—Pues yo siempre había pensado que sí podría de cabeza, pero no de corazón, de sentimientos, de estómago, o de lo que sea. Soy demasiado vulnerable emocionalmente —digo—. Pero esta vez es diferente. A estas alturas de mi vida, ser «la otra» no me inquieta en

absoluto. De hecho, lo prefiero.

Ninguna de las dos abre la boca.

—Quizá Román está avergonzado —aventura Marta al cabo de unos segundos.

—¿Avergonzado de qué? —me apresuro en preguntar.

—Pues de instalarse en tu casa en el estado en que estaba… y que además descubrieras el pastel. Lo de su mujer, vaya… No es el comportamiento ideal para empezar algo, digo yo —aclara Marta.

—No sé —dejo caer. Recordando el daño que me hizo y del que ahora no quiero ni hablar.

Se acerca el camarero a preguntarnos si deseamos algo más. Y cuando se va, Elisabetta coge la palabra:

—Martina, es normal que Román no venga a Barcelona. Es como si mi marido jubilado me dijera que se va a Madrid. «¿A Madrid? ¿Y qué se te ha perdido a ti en Madrid?», es lo primero que le preguntaría. Y eso que mi marido y yo no compartimos piso, ni tenemos hijos comunes. A veces queremos dar una imagen de libertad, pero la realidad es otra muy distinta. Mucha boquilla y a la hora de la verdad no hay huevos… —Hace ese gesto tan italiano juntando los dedos—. Además, con sesenta y muchos años y operado de la próstata, no te extrañe que esté acojonado, el sexo les crea mucha inseguridad a los hombres —carraspea para aclararse la voz y continúa con su tono envolvente y sensual—: No volverá a Barcelona. Verás —asegura mientras mueve su pelo de un lado a otro—. Te sugiero que vayas tú a Madrid.

Dudo. Dirijo la mirada a Marta, mi amiga de los consejos sensatos, que carraspea suavemente antes de decir:

—No es mala idea, Martina. Ve a Madrid, echa un vistazo y a ver qué pasa. A nuestra edad, cualquier capricho es una urgencia.

—Pues sí. Llevo cinco años sin acostarme con alguien y ya toca. —Siento que, una vez superado el dilema moral de que Román esté casado, he perdido la vergüenza. Tengo hambre de piel.

¿Vienes o voy?

Si él no viene, iré yo. No hay otra. Camino hacia la Pedrera convencida de que no me queda otra que coger el AVE. Entre Román y yo hay una tensión sexual no resuelta que, pase lo que pase, necesito resolver. Sí, iré a Madrid. En pocas ocasiones he tenido un objetivo más claro. Iré y le daré una sorpresa.

Mientras sonrío introduzco la llave en la gran puerta de la Pedrera. Voy a entrar en Internet a hacer la reserva del hotel. La situación me recuerda épocas lejanas, citas prohibidas. El mismo morbo, el subidón de adrenalina de la aventura. En el ascensor me vienen a la cabeza lugares y personas. Vuelvo a ser la Martina de antes de casarme, siento que estoy recuperando mi esencia. Recuerdo a un exnovio que me encontré en el aeropuerto al regresar de la India. Lo había conocido calvo y se había hecho injertos de cabello, me dio mucha alegría coincidir con él, y nos reímos a propósito de su nuevo aspecto. Iba acompañado de una chica joven, a la que me presentó como su novia. Una chica con la que seguro que compartimos alguna experiencia.

Mi exnovio era y debe de seguir siendo un aficionado a los masajes para parejas con final feliz. Me llevaba a un piso de una calle muy céntrica de la ciudad y recuerdo que la primera vez me dio mucho apuro entrar en la portería: sentía que todo el mundo sabía adonde iba y lo que iba a hacer. Luego, ya no. Era una disfrutona y me sentaba la mar de bien ir de chica mala durante unas horas. Él tenía y debe de seguir teniendo problemas con su pito y aquello le estimulaba. Quizá Román también los tenga después de su operación. No sé.

En un momento desfilan por mi mente un montón de

experiencias, de situaciones, algunas de ellas desagradables, otras gloriosas como probar el éxtasis, cuando era puro y aún no se hablaba de él, con un desconocido en la playa a la hora de la puesta de sol. Pero no me arrepiento de ninguna. Era así, necesitaba sumar, y de todas me queda la satisfacción de haberlas vivido.

En la cama, antes de dormir, reviso los titulares de prensa en la *tablet*: «Europa asume la gravedad del virus y eleva las restricciones»; «Italia se precipita en el caos»; «Italia cierra fronteras y Madrid envía a los estudiantes a casa». Siento por primera vez una punzada de preocupación. El panorama se está poniendo negro. Pero no puedo empatizar con el problema, lo siento todavía demasiado lejos. No es algo que tenga que ver conmigo. Yo a lo mío, a preparar mi escapada secreta a Madrid.

Viernes, 13 de marzo. Esta noche he soñado con Román y me despierto con una sonrisa de felicidad dibujada en la cara. A través de la cortina me parece entrever un día gris, pero para mí como si nieva o graniza en el mes de marzo. Me da igual. Yo solo tengo una idea entre ceja y ceja, un destino concreto: Madrid.

Suena el timbre de la puerta. Es un guardia jurado el que viene a darme la noticia: la Pedrera se cierra al público, como una de las primeras medidas para combatir el avance del coronavirus.

—¿Es una broma?

Sobre la mesita de la entrada, junto a un ramo de flores, los billetes del AVE y la reserva en un hotel de Madrid impresos en papel.

Se lo comento al guardia jurado, que permanece de pie en el rellano:

—Esta tarde pensaba ir a Madrid. Un asunto de trabajo.

—Yo de usted no iría —dice con tono firme. No lo conozco y no insisto. Me fijo en que es muy guapo.

En cuanto cierro la puerta corro a ponerme en contacto con mi círculo más próximo para ver qué hago:

Mi hija mayor, la dulzura personificada dice: «¿No puedes atrasar la cita?».

Mi hija pequeña, la jardinera: «¡Olvídate!».

Marta, mi amiga de los consejos sensatos: «Ni lo sueñes».

Elisabetta, la mujer de mundo: «Te arriesgas. Aunque si vas, yo te acompaño».

Y eso que, desde que volví a Barcelona, me habla de lo mal que su familia está viviendo el coronavirus en Italia. Río para mis adentros. Elisabetta y yo somos igual de kamikazes. Por último, me

llega un mensaje de Anabel, mi gran compañera de viaje: «¡Tía, que nos hemos librado por pelos! Hay un montón de extranjeros retenidos en la India que no pueden regresar a sus casas y tú te quieres ir a Madrid… ¡Cómo te gusta provocar!».

Desayuno y me aseo sin variar ni un ápice la rutina que me he ido creando estos últimos cinco años. Es increíble, por más que me esfuerce no siento la gravedad de la situación, solo la putada de que no voy a poder abrazar a Román. Y no es pequeña. Me tiro de los pelos por no haber estado con él antes de este encierro. He tardado en reaccionar, en tomar la decisión. Como dijo Marguerite Duras: «Muy pronto en la vida es demasiado tarde».

Después de desayunar, repaso los titulares de *La Vanguardia* digital del día: «El covid-19 ya es pandemia», «Italia cierra todos los negocios salvo supermercados y farmacias», «Estado de alarma». Pues bien, la Pedrera, un edificio que en condiciones normales recibe unos tres mil visitantes diarios a partir de ahora quedará vacío, ha cerrado sus puertas y yo me he quedado dentro. Como guardiana, a la defensa del fuerte, plantando cara a los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Lo primero que pienso es en lo afortunada que soy de que este dichoso virus me haya pillado sola. No me imagino hablando por hablar, por mover la boca; cediendo en los horarios de las comidas y cenas; procurando no incordiar en mi vagar por el piso o respetando las particulares manías de cada cual. Si hay que resistir, mis circunstancias y yo resistiremos en soledad.

«Han cerrado la Pedrera», escribo en un wasap a Román.

«Ya ves… entramos en el reino de la oscuridad», contesta.

Me gustaría preguntarle qué significo para él, pero no me atrevo. No me queda otra que recuperar las sensaciones de nuestro encuentro en el mes de diciembre, engordarlas y enriquecerlas. Ciertamente son modestas, no hay mucho donde agarrarse, pero con ellas podré aguantar lo que me caiga encima. *Insha'Allah*.

Silencio. Un silencio brutal al que no estoy acostumbrada. Abro los ojos y repaso perezosa el dibujo del techo del dormitorio. Levanto los brazos por encima de la cabeza y los estiro, tenso los abdominales, los músculos dorsales y laterales hasta que brotan un par de bostezos. Recuerdo como si fuera un sueño que ayer cerraron la Pedrera conmigo dentro. Es cierto que tengo una vecina, una mujer que vive sola como yo, pero en este lado de mi edifico ahora mismo soy la única. Me encuentro sola en un edificio que ha sido catalogado como Patrimonio de la Humanidad.

Mientras me incorporo me pasa por la cabeza que vine a vivir aquí como podía haber ido a parar a cualquier otro lugar. La Pedrera era en esos días una casa de vecinos, una casa llena de vida, a la que tres o cuatro noches a la semana venía después de trabajar para pasar la noche con mi novio. Esa fue la única razón de que yo pisara la Pedrera. Han ocurrido muchas cosas desde entonces, pero quizá, la más curiosa, es que me he quedado sola en una casa que ahora es venerada por parte de millones de personas del mundo entero.

Decido echar un vistazo. Me asomo al balcón de mi dormitorio. El patio interior de manzana está dormido, no se oye absolutamente nada. Deambulo por la casa como una autómata. Me asomo a uno de los grandes ventanales del pasillo, que dan al patio central del edificio. Me quedo fascinada mirando hacia lo alto: las torres de ventilación y las chimeneas, los erguidos guerreros acariciados por el sol, disfrutando de una merecida soledad. Miro hacia abajo, nadie paseando por el patio. Se me ocurre que, si lanzara un objeto cualquiera, aterrizaría en el suelo del patio y su eco retumbaría por toda la construcción sin que llegara a otros oídos distintos a los míos, sin que nadie me llamara la atención o me tildara de pirada.

Cierro el ventanal para no sucumbir a la tentación y me dirijo hacia la parte delantera del piso. Me asomo a los balcones de la fachada principal. Desde las alturas, dirijo la vista primero a la derecha, Paseo de Gracia. Después, a la izquierda, la calle Provenza. Ambas casi vacías. Algún coche y algún peatón despistados. Apenas se siente el latido de la ciudad.

Me retiro a la zona posterior del piso llevando conmigo una taza de café con leche. La parte de atrás, con habitaciones más pequeñas, bañadas por el sol de tarde y con la paz urbana que proporcionan las vistas a un patio interior de manzana con plantas y árboles, se ha convertido en mi refugio, mi hogar, una pequeña burbuja dentro del gran piso; la zona que, desde el momento que me quedé sola, elegí para vivir. Baño, dormitorio y salita. Estancias recogidas y atiborradas, especialmente el baño y la salita, de objetos personales. Apoyo la taza con el café con leche sobre la mesa baja de la salita y cojo el iPad. Entro en la cuenta de Facebook de la esposa de Román. Ha colgado una foto antigua de los dos. Están muy guapos. Se les ve felices. Debajo ha escrito: «Aunque nos peleemos, te quiero mucho». Cada vez entiendo menos a Román y su mujer me gusta más. Siento una rara inclinación, casi fascinación por ella. El otro día la escuché hablar en un vídeo sobre psiquiatría y no sé si fue su mirada, su sonrisa o su hablar pausado lo que me causó una muy buena impresión. Quiero saberlo todo sobre ella. Un instinto irreprimible de seguir su vida. Retrocedo en las publicaciones. Doy con una foto suya en la playa, sonriendo de oreja a oreja.

Esta mujer podría ser mi amiga en otras circunstancias, pero no en estas, ahora lo que más deseo en el mundo es acostarme con su marido y dudo que ambas cosas sean compatibles tal y como está organizada esta sociedad.

Me llama Elisabetta. Es el primer fin de semana confinados e imagino que los teléfonos de toda la ciudad echan chispas.

—Gracias. Estoy bien —le contesto poniéndome en pie y paseando por la habitación con el móvil.

—¿Has ido a Madrid?

—Elisabetta, ¡estoy confinada en la Pedrera!

—¿Y estás sola?

—Pues más o menos… Las personas de las oficinas a partir de ahora trabajarán desde sus casas, las azafatas se han ido, el equipo de mantenimiento y el de limpieza no sé, pero por el silencio que hay intuyo que tampoco están. Me imagino que queda alguien de retén del cuerpo de seguridad, pero tengo que averiguarlo…

—¿Y nuestro amigo Román?

—Supongo que confinado en su casa.

—¿Sabes qué pienso de tu chico? No le interesa una relación de pareja, él busca otras cosas de ti.

Siento lo que dice Elisabetta como una puñalada en el pecho porque me temo que tiene razón. Yo quiero piel, abrazos, hacer el amor con él. Es lo que necesito en estos momentos. Me cuesta aceptar que busque algo distinto de mí. Pero puede ser, hay gente a la que el roce o el sexo no les va demasiado. Al menos no tanto como para poner en peligro otras cosas. Román vive para la cultura, se siente atraído por el proceso creativo. Le atraen los artistas, conocerlos personalmente, empaparse de sus obras. Tal vez vaya por ahí su interés. Qué difícil coincidir con una persona en el tiempo y en el espacio, alguien que tenga las mismas necesidades, las mismas ilusiones. Alguien como el Jacques Dutronc que me había imaginado.

Pongo el móvil en la posición de altavoz y sigo recorriendo la salita. Paso las yemas de los dedos de la mano libre por el lomo de los libros, por los cantos de la pantalla del ordenador, juego con unos lápices de memoria mientras Elisabetta me habla de su hijo que vive en Roma. Ha acabado claudicando y ha comenzado a trabajar con su padre en publicidad. Me cuenta también que su marido, que hace mucho que no trabaja, tiene problemas con unos locales que antes tenía alquilados. No le pagan y quiere dejar su piso e irse a vivir con ella. Tener dos pisos estando casados es un sinsentido, le repite día sí y día también. Y ella no se hace a la idea, tiene el miedo metido en el cuerpo. El confinamiento los ha pillado fuera, en casa de unos amigos en el Ampurdán, y pueden disfrutar de la vida al aire libre. Hoy han organizado una barbacoa. Pero ignora si se podrán quedar más tiempo allí. *Chissá*. Quedamos que si la reclusión se alarga, Marta, ella y yo nos mantendremos en contacto por videollamadas. Que no puede ser que el coronavirus pueda con nosotras.

Mis dos hijas llaman al cabo de poco «*just to check*». Todo bien. «*Love. Love. Love.*». Uf, qué descanso, nos entendemos sin hablar.

Hoy será el tercer día confinada en la Pedrera. El tercero en que de la mañana a la noche me paseo por la casa sola y en camisón. Me ducho y me lo vuelvo a colocar, así de fácil. En el confinamiento anterior, con la pierna inmovilizada, de tanto en tanto alternaba el camisón con alguna chilaba, pero por el momento no le veo la necesidad al cambio.

Después de desayunar me pongo el abrigo, cojo la bolsa de basura y bajo a la portería con la idea de recoger el diario del domingo. La portería de la calle Provenza está desierta como todo el edificio. En la portería de Paseo de Gracia me encuentro con una guardia jurado que me informa de que a partir de ahora habrá cuatro personas de seguridad para los dos edificios y que irán haciendo turnos. Algo es algo, alguien podrá socorrerme si me da un cólico nefrítico o se me sale otra vez el hombro de sitio en plena noche. Salgo a la calle para deshacerme de la bolsa de basura. El camisón, que me llega a los tobillos, asoma por debajo del abrigo, y voy calzada con unas babuchas. Pero, tal como suponía, Paseo de Gracia está también completamente vacío. Llego hasta el contenedor sin ver ni cruzarme con nadie.

En el buzón hay una pila enorme de cartas además del diario del domingo. La mayoría no son para mí: sigue llegando correspondencia para mi exmarido y de mis hijas. ¿Qué hago? Me da miedo coger tanto papel. Vete a saber quién lo ha tocado. Lo recojo todo con las puntas de los dedos recordando que en casa aún me queda una botellita de desinfectante, que me sobró del viaje a la India. Subo al piso y voy directa a la cocina y, obedeciendo a un impulso, lo tiro todo a la cesta del papel. Seguro que hay algún virus ahí y, aunque ahora me desinfecte las manos, cuando decida leer las

noticias o el dominical me infectaré. Con tantas noticias contradictorias y tantos reportajes catastróficos, no las tengo todas conmigo.

Enciendo la televisión. Algo que nunca se me había ocurrido hacer por la mañana. Escucho las noticias: «Plan de choque contra el coronavirus, sobrellevar el confinamiento, déficit de recursos en los hospitales». Pero ¿qué está pasando? En las imágenes cientos de camillas, un ejército de batas azules con mascarillas. Parece un capítulo de una de esas series de hospitales, pero a lo grande, más acelerado, más dramático. Más cercano.

Me vuelvo a poner el abrigo encima del camisón. Voy a presentarme en casa de mi vecina Tere. Estaría bien darnos un paseo juntas por el edificio vacío o tomar un poco el sol en la terraza, no sé, algo positivo. Si no me acerco a su piso, no nos vemos. Su piso está en la zona que da a Paseo de Gracia y el mío en la que da a la calle Provenza, y es difícil, por no decir imposible, que coincidamos dentro del edificio.

Me dirijo a casa de Tere. Mis pasos resuenan en el patio, como el descorche del cava de cada noche. Ahora no hay descorche, pero es sobrecogedor cómo retumba el sonido de mis pasos entre la piedra. Cruzo también al otro patio, el de Paseo de Gracia, donde está mi vecina, y cojo el ascensor. Tere me abre la puerta seguida de Lía, su perrita, un bulldog francés. La atmósfera en ese piso es muy diferente a la del mío. Mi piso es blanco y solo los suelos, cuadros, libros y flores le dan color. El suyo tiene los tonos de las antiguas fotografías sepia. Muebles de madera oscura. Mesas y mesitas con tapetes bordados y lámparas con pantalla apergaminada. Tanto los cuadros colgados en las paredes como los marcos son antiguos. Las camas y colchas, las de toda la vida. Mantiene la cama en el mismo sitio donde nació, donde la parió su madre, al igual que a sus hermanos. Es el piso familiar y parece que Tere no haya tocado nada. Se respira inmovilidad, respeto, una cierta nostalgia y orgullo de tiempos pasados.

—Venga, Tere, subamos a tomar el aperitivo a la azotea. Ya que no podemos salir, disfrutemos de las vistas. Es domingo y hace un

día precioso —la animo.

A Tere le gusta la idea y subimos las dos a la terraza con Lía, su perrita. La terraza está llena de escalones altos. Se ve que Lía tiene problemas en la columna vertebral, a Tere la han operado seis veces del tobillo y a mí aún me molesta la rodilla, tengo pendientes unas infiltraciones en el cartílago. Así que las tres subimos y bajamos escalones con mucha cautela, nos paseamos renqueando entre las torres de ventilación y las chimeneas, unas esculturas de piedra con forma de guerreros que se dice que inspiraron a Georges Lucas para *La Guerra de las Galaxias*. Hace una mañana fantástica y desde aquí alcanzamos a contemplar en una dirección el Tibidado, en la otra el mar y Montjuic, a unos pocos metros en línea recta se divisa la Sagrada Familia. Estar aquí las tres, con una vista de trescientos sesenta grados, sin visitantes, un domingo con sol del mes de marzo, es algo extraordinario. Nos sentamos en un escalón. Y cuando nos disponemos a dar cuenta de las dos cervezas y la lata de aceitunas verdes rellenas de anchoas que Tere ha traído de su casa, vemos aparecer a lo lejos a un guardia jurado. Le pido que nos haga una foto para colgar en Instagram.

Tere me cuenta, entre aceituna y aceituna, que sale tres veces al día a la calle a pasear a Lía. Le propongo acoplarme al paseo, pero me dice que a partir de mañana no podrá ser, habrá policía controlando y tendremos que salir a la calle de uno en uno. Cada día tomo un poco más de conciencia de la situación, cada vez esto parece más serio. Doy un largo trago a mi cerveza y trato de imaginarme cómo afrontaré los próximos días, qué escenario nos espera.

Por la tarde en casa revivo un detalle, y otro, y otro más, de mi relación con Román. Debe de ser un clásico: la amante que añora al amante que está en su casa con su esposa. No siento celos de su mujer, no, ella está viviendo el inevitable desgaste de un matrimonio largo, un paisaje que ya transité y aborrecería repetir. Solo que me gustaría tener a Román aquí para mí. O quizá ni eso, solo quiero que no sea cobarde, que me diga las cosas tal como las siente. Moverse en la ambigüedad está tirado, da más juego… De pronto,

se me ocurre algo. Subo al altillo, localizo el tocadiscos antiguo que mi exmarido no se llevó cuando hizo la mudanza, selecciono un montón de elepés y me propongo disfrutar de lo que tengo. Y lo que tengo es un decorado imponente y nadie para quejarse del volumen de la música. Voy a aprovechar. Escojo un disco, la *Sinfonía n.º 3* de Brahms, y lo pongo a toda pastilla. Poco a poco va anocheciendo. Me dejo transportar. Cierro los ojos, los vuelvo a abrir. Qué maravilla. ¿Es esto la belleza?

Esta mañana la nevera es un páramo, más vacía aún de lo habitual. Después de la ducha, me pongo un camisón limpio y encima el abrigo, y me acerco a la tienda del pakistaní con un pañuelo que me cubre la boca y la nariz. Naranjas de zumo, vino blanco, pan de pita, queso… Vuelvo a casa cargada recordando lo amigos que se hicieron el pakistaní y Román cuando él se instaló en casa. Puede que sea el punto fuerte de Román, las relaciones, hablar con unos y con otros, seducir.

Estoy pensando en él en el momento en que entra un wasap suyo. Dejo las bolsas de la compra en el suelo del ascensor y leo: «Tengo ganas de ti». ¡Guau, qué bonito! Es la frase más bonita del mundo. ¿Qué le puede decir una persona a otra más bonito que «Tengo ganas de ti»? Noto que mis ojos se humedecen. Al entrar en el piso calculo que Román lleva solo cuatro días confinado con la familia y ya no puede más. Su hija se fue rápidamente a Madrid y deben de estar los cinco juntos, si contamos a Málik.

«Tengo ganas de ti —canturreo por la casa—. Tengo ganas de ti. Tengo ganas de ti». Qué subidón. Me coloco frente al ordenador con la intención de escribir. Es como si este confinamiento lo hubieran puesto en bandeja para mí, para que adelante de una vez por todas este libro que se me ha atragantado. Reviso la lista de personas que habían accedido a ser entrevistadas, como Pedro (jefe de seguridad), Ramona, (servicio de limpieza), un antiguo jefe de ventas de Inoxcrom, cuyas oficinas tenían sede en el edificio, pero me temo que la lista no se va a mover. Las entrevistas quedan pendientes. Puedo adelantar otros temas.

«Tengo ganas de ti». Qué frase… Pasan los minutos y no me concentro en el libro. Decido llamar a Marta y a Elisabetta para

compartir mi alegría. Marta me escucha. Siempre lo hace. Sabe escuchar y si hace falta da buenos consejos. Ella y su pareja están tranquilas, acompañadas de música, literatura y buen cine. Envueltas en una nube de amor. A Marta no le gusta hablar de su vida privada, es reservada con sus cosas. Elisabetta es otra guerra. La llamo varias veces y no coge el teléfono, algo rarísimo en ella. Me da que pensar. Acaricio el teléfono, juego con él. Me fijo en que Román ha cambiado su foto de perfil tanto en Instagram como en WhatsApp. Ha sustituido el cuadro de la periodista de Otto Dix por *El grito* de Munch… Instagram. Se me ocurre que, ya que no puedo concentrarme en escribir sobre la Pedrera, al menos puedo ir compartiendo imágenes de la misma con mis seguidores. Inmortalizar la Pedrera vacía, la Pedrera con coronavirus. ¿Por qué no?

Estoy de subidón: «Tengo ganas de ti».

Es curioso cómo mis jornadas, olvidando antiguos y arraigados horarios, se van adaptando cada día un poco más al ritmo del sol.

Aún estoy instalada en la euforia del «Tengo ganas de ti» cuando Román me envía una foto con una puerta de madera rústica sellada con un cerrojo. Debajo escribe: «Una cuarentena contigo sería un lujo… Te veo, te siento, te añoro». ¿Va en serio? ¿No se habrá equivocado? ¿Este mensaje es para mí? Aparto la silla del escritorio y pego dos saltos enormes.

Con una sonrisa boba tatuada en la cara, salgo del piso sin preocuparme en cerrar la puerta, y, en un pronto de los míos, subo en camisón y babuchas por la escalera. Me cuelo en el Espai Gaudí, debajo de la azotea. Un lugar magnífico, construido con ladrillo plano hecho a mano que sostiene casi trescientos arcos catenarios y que dicen que recuerda al esqueleto de una ballena. Era una parte del edificio destinada al servicio que subía a lavar la ropa y donde los inquilinos guardaban sus pertenencias en trasteros. Un desván en el que en los años cincuenta el arquitecto Barba Corsini proyectó unos apartamentos, trece dúplex de cincuenta metros cuadrados, y que, una vez derribados, siguiendo el criterio de que no eran obra original de Gaudí, se convirtió en un museo dedicado al arquitecto donde se exponen maquetas, planos, vídeos y mobiliario. Siempre que me paseo por aquí, donde ahora tengo mis pies, recuerdo que mi exmarido vivió en uno de estos dúplex, y muchos de sus amigos también.

Me dispongo a fotografiar todo ello con el móvil para compartir en Instagram. Me cuesta. Es difícil captar una imagen en la que no haya un foco que deslumbre, un cartel indicador, una papelera, un extintor, una cámara de vídeo vigilancia, una valla… Entiendo que

todo esto es necesario para el día a día, miles de personas visitan este lugar, pero son un impedimento estético para hacer una buena foto. Estoy intentado desviar un foco para tomar una instantánea de unas sillas expuestas en una tarima cuando me descubre uno de los guardias de seguridad que se ha quedado de retén. Seguridad ha habilitado un cuarto de mando con televisores y no se les escapa nada de lo que ocurre en el edificio.

—Hola. Estoy sola y trato de distraerme un poco —me excuso, sonriendo y señalando mi camisón.

Asiente con la cabeza. Comprende mi situación. Él debe de estar igual o más aburrido que yo.

—Soy inofensiva. Hago cuatro fotos más y me voy, prometido —le aseguro.

El hombre no sabe qué decir.

Y antes de que cambie de opinión y me lo prohíba, enfoco con el móvil los techos formados por arcos de ladrillo, lo más auténtico y bello del lugar, y hago varias fotografías que cuelgo en la aplicación con un pequeño texto explicativo.

De nuevo en el piso, wasapeo con Marta y Elisabetta. Elisabetta y su marido finalmente se quedaron en el Ampurdán en casa de sus amigos, pero viven escondidos, con el miedo en el cuerpo, porque hay muchos controles. De todos modos, ellos ya estaban allí cuando se dio la orden de confinamiento, no se han desplazado. Noto a Elisabetta con menos entusiasmo y alegría de lo que es normal en ella. Marta y su pareja se encuentran felices en su nido, no les hace falta nada ni nadie más. El único problema de Marta es la tienda; tendrá que reinventar su negocio *online*. Hago una videollamada a mis hijas, el tiempo justo para ver sus caras y saber que están bien, y luego me centro en supervisar las últimas entradas de IG. Bravo, se han llenado de *likes*. Busco un *like* en concreto, el de Román, y lo encuentro. Pequeño vuelco al corazón acompañado de sonrisa enorme, como siempre que Román me da un me gusta. En el fondo, cuelgo fotos solo buscando su aprobación. En un momento dado pensé que me había enganchado a Instagram, pero no es así, lo que sucede es que me he vuelto dependiente de Román, de despertar su

curiosidad, su admiración, de provocar su aplauso. Desde que sé que él me sigue he quintuplicado mi actividad.

Al terminar de cenar en compañía de las noticias de televisión, me llama una periodista, que conozco de anteriores reportajes, proponiéndome una colaboración.

—Me interesa tu mirada sobre la Pedrera en soledad. Te quería proponer una colaboración para la televisión —dice—. Mi idea, Martina, es que hagas las fotos a tu aire, cuando te apetezca, y me las envíes por WeTransfer. Yo te haré una entrevista por *Zoom* y puede quedar un reportaje muy chulo. Un edificio tan visitado y…

—Encantada, pero necesito libertad de movimientos. Mi piso ya lo he fotografiado por activa y pasiva, y lo interesante sería compartir otros rincones del edificio —me atrevo. Es mi gran oportunidad.

—Exacto. Y también me interesaría que hicieras vídeos cortos, de ocho o diez segundos. Nosotros editaremos todo el material.

—Perfecto. Pero, insisto, habla con la Fundación para que me den vía libre. Es que a la mínima que me muevo por la casa suenan alarmas, aparece un vigilante o me encuentro con las puertas cerradas. Además, hay interferencias estéticas; hay muchas cosas feas que impiden captar una buena imagen, tendría que tener permiso para desplazarlas momentáneamente. Me refiero a las vallas, carteles indicativos, papeleras, maceteros de plástico, alguna estufa y todos esos elementos que estropean la esencia de la casa.

—Yale. Yo me ocupo. Y cuídate mucho, Martina.

—Igual. Un abrazo —me despido.

Román por un lado y mi nuevo reto de inmortalizar la casa por otro, que de algún modo alimentará el libro, me van a salvar en este confinamiento.

Me quedo un rato mirando la lluvia a través de los cristales. No es una lluvia fuerte, sino mansa y constante, sin altibajos. Me siento en comunión con mis vecinos, observando cada uno desde sus ventanas nuestro patio común, el gran cuadrilátero donde van a dar las fachadas posteriores de nuestras casas. «¿Qué mejor para un escritor que se conjuguen tres factores como un confinamiento por coronavirus, más una lluvia insistente y una buena dosis de soledad?», me pregunto dejando de mirar por la ventana y limpiando la pantalla del ordenador. Sin embargo, es tan insólito lo que ocurre que a su lado nada de lo que pueda escribir adquiere un mínimo de importancia.

Se dice que cuando consigamos salir del confinamiento habrá que ir con mascarilla, guardar unos dos metros de distancia entre nosotros, lavarnos y desinfectarnos sin cesar las manos, se empieza a barajar la posibilidad de que los bares, restaurantes, hoteles, exposiciones, conciertos y demás lugares donde se concentran muchas personas no van a estar operativos hasta el año que viene… Es curioso, pero nada de esto me afecta. Lo único que necesito es que me dejen coger el tren para ir a ver a Román. No es fácil, está a seiscientos kilómetros y está casado. Pero ¿qué haría yo aquí sola sin la ilusión de Román y mi cuenta de IG, que a estas alturas es ya lo mismo?

Llamo por teléfono a Tere, mi vecina.

—Tere, me han dado permiso para hacer fotos por todo el edificio. ¿Te apetece acompañarme?

—Dejaré a Lía en casa.

—Hay algunos sitios en los que no podremos entrar. Como las oficinas, por ejemplo. Pero… —trato de informarla.

—No importa, hay partes de la casa que no conozco y me gustaría darme una vuelta —dice ella.

—Perfecto. Paso a recogerte y empezamos por la Sala Gaudí. La Fundación se ha puesto en contacto con seguridad. No habrá problema —concluyo.

Durante el confinamiento me he acostumbrado a seguir unos cursos de gimnasia *online* y he cambiado de uniforme. Unos *leggins* negros y una camiseta han sustituido al camisón. No obstante, lo cogeré y me lo llevaré en una bolsa junto con cuatro cosas más como un cartón de leche, un bote de ColaCao y un par de magdalenas, porque con el tema de las fotos nunca se sabe y se me ha ocurrido una travesura que podría ser divertida.

La Sala Gaudí se encuentra en el principal del edificio. Tiene las mismas ventanas enormes que toda la casa, la diferencia es que aquí estás a dos metros de la calle y da la sensación de que casi podrías tocar a los peatones, si los hubiera. Al entrar, la imagen que nos encontramos en la sala es sobrecogedora: un aula que se prepara para recibir un colegio de párvulos que nunca llegó. Las mesas grandes y bajas cubiertas con un hule, los utensilios para hacer trabajos manuales perfectamente ordenados y sillas de plástico de colores alrededor de las mesas.

Le explico a Tere que para la televisión debo hacer tanto las fotos como los vídeos con el teléfono en posición horizontal y que mejor no hablar porque a mi amiga periodista le interesan también los ruidos de la casa en soledad: un grifo que gotea, la madera que cruje, un pájaro que canta en el patio… Hago un par de vídeos tratando de no enfocar los detectores anti-incendios y las cámaras de los techos, los interruptores y los aparatos de aire acondicionado en las paredes, y nos dirigimos al «Piso de época». La vivienda que se muestra a los visitantes, ambientada con muebles de principios del siglo XX que intenta reproducir cómo vivía la burguesía en aquel tiempo. Estoy familiarizada con ese espacio, pero Tere hace mucho que no la ve. Nos paseamos despacio por todas las habitaciones. Empezamos por la parte trasera. El cuarto de los niños con un pequeño balancín, dos muñecas de trapo y un caballito de madera.

El cuarto de la ropa blanca, con la estufa, la mesa camilla, la máquina de coser y la tabla de planchar. El cuarto de servicio con la jofaina y un uniforme colgado en un perchero. Nos entretenemos en la cocina y después pasamos a la parte delantera. Allí está el salón con la gramola y la lámpara de cristales en forma de lágrimas. El comedor tiene la mesa cubierta de un tapete de ganchillo y el aparador con la vajilla expuesta. Hay también un despacho y un dormitorio individual. Y finalmente el dormitorio principal, con la cuna de bebé, el misal y el despertador en la mesilla de noche, y el cuarto de baño con el calentador de agua, la lavativa, las pinzas de hierro para hacer los tirabuzones. Examinando los objetos del cuarto de baño recuerdo a mi madre persiguiéndonos a mis hermanos y a mí con una lavativa, la odiábamos, pero entonces la lavativa era el remedio para todos los males de estómago. Las pinzas de hierro también me dan que pensar. De pequeña las usaba, pero las mías eran diferentes, más anchas y planas, y servían para alisar el cabello en lugar de para hacer tirabuzones.

Tardamos un buen rato en recorrer el piso entero. Voy haciendo las fotos y los vídeos que me han encargado con el teléfono en posición horizontal. Al acabar, le digo a Tere que me voy a poner el camisón. Que me gustaría que me hiciera algunas fotos simulando que desayuno en el *office*, alisándome el cabello con las tenacillas en el baño o durmiendo en una de las camas.

—Sobre la marcha. Me pongo el camisón e improvisamos —le digo.

Tengo intención de colgar las fotos en mi Instagram. Me muero por alimentarlo con cosas curiosas, no solo con postales del edificio. Me coloco el camisón largo sobre los *leggins* y un pañuelo a modo de mascarilla, que por cierto tengo que ir a recoger a la farmacia. Llevo demasiados días sola y me divierte dirigir a Tere. ¡Tere para IG coloca el móvil en vertical! La pobre pone cara de alucinada. No sé si el espectáculo que estoy montando le parece gracioso o lo encuentra un esperpento. Me conoce poco, le interesa también muy poco Instagram, pero como buena vecina va haciendo las fotos que yo le pido. Y para mí es un regalo su compañía.

Ya en casa, antes de cenar, hago la selección de las imágenes que le voy a enviar a mi amiga la periodista por WeTransfer y se las envío. Luego las que voy a colgar en Instagram. Al final decido colgar una sola en Instagram. Una sentada a la mesa de la cocina en camisón haciendo ver que bebo leche en un tazón y con una magdalena a medio comer. Escojo esta porque es en la que me encuentro mejor. No soy nada fotogénica, tengo una edad, no me maquillo y me veo horrorosa siempre. La cuelgo mientras me dispongo a abrir una lata de atún para cenar.

Me llama la periodista feliz con el material que le he enviado, pero en pocos minutos se desata el apocalipsis. Wasaps y llamadas de personas que trabajan en la Fundación pidiéndome que quite la foto en la que estoy desayunando en el «Piso de época». Excusándome, les digo que lo siento, pero no. Han de comprender que si mi Instagram tiene muchos seguidores es porque es diferente, no cuelgo únicamente aburridas fotos de un edificio, sino que me involucro, intento compartir mi día a día como hago cuando escribo. No lo entienden. Y yo tampoco las entiendo a ellas. ¿A qué viene tanto jaleo por una simple foto? He limpiado el tazón y la mesa antes de abandonar el piso. No he dejado huella. Pero el tono se vuelve más amenazante. Ahí me cierro en banda. No voy a obedecer. Es mi cuenta de Instagram y hago lo que me da la gana con ella.

Hasta el día siguiente no comprenderé que me he equivocado y que mi travesura es un mal ejemplo, una falta de respeto porque el «Piso de época» es un museo. Es el jefe de seguridad en persona quien al salir a tirar la basura me para y me informa serio, pero con palabras amables, de que hay unas normas, unas reglas, que hay que cumplir y que yo me las he saltado. Esto es una empresa y nadie puede ir por libre en un tema como este. Razona con mucha educación y enseguida comprendo que no podré seguir campando a mis anchas. *Mea culpa*.

Llamé a Tere:

—Pues menos mal que no me vi favorecida en el resto de las fotos y no las colgué…

No quiero ni imaginar el escándalo que se hubiera armado con mis fotos en camisón bajo las mantas.

A raíz del incidente de la foto que simulaba desayunar en el *office* del «Piso de época», los guardias jurados me temen. Tienen orden de vigilar mis pasos por el edificio. En cuanto salgo a tirar la basura o a comprar al súper o a la farmacia, los dos sitios permitidos por el Gobierno, no me quitan los ojos de encima. Y cuando me ven con el teléfono móvil en la mano comienzan a temblar. Porque sigo haciendo fotografías para Instagram en el ascensor, la escalera y la portería. El resto de rincones del edificio, los más interesantes porque son a los que el público no tiene acceso, me han quedado vetados tras el incidente del otro día. La he cagado. Me ha costado, pero al final he entendido que no puedo ir por ahí tocándolo o moviéndolo todo con la excusa de que llevo treinta y dos años viviendo aquí.

De todas maneras, una vez superado el chasco inicial, sé que no me puedo quejar. Tendría que ser idiota para protestar porque resido en un piso de más de trescientos metros cuadrados, en un edificio construido por Gaudí, que es además Patrimonio de la Humanidad. Hay mucha gente que vive en una mísera habitación, o apiñada con sus familias en pisos pequeños, gente con niños o adolescentes, o personas mayores que no pueden salir a comprar justo ahora que nadie puede ir a echarles una mano, personas sin ingresos… Adictos confinados solos o con la familia, con dificultades para adquirir sustancias o al revés, consumiendo demasiado. Sin ir más lejos, me recuerdo a mí misma, antes de instalarme aquí, en el apartamento minúsculo sin terraza y sin vistas donde vivía. Entonces era joven y solo iba a dormir allí, pero una cuarentena en aquel lugar hubiera sido el infierno. Lo mire como lo mire tengo mucha suerte, soy una confinada de lujo.

También está el miedo. A ciertas personas les impondría vivir solas en un edificio tan grande. Me lo han comentado algunas. La soledad podría ser otro inconveniente para muchos. Pero no lo es para mí. Con demasiada frecuencia me ha ocurrido estar en una fiesta rodeada de muchas personas y necesitar huir. Entiendo que hay gente acostumbrada a salir de casa cada día para ir a trabajar y que no vuelve hasta la noche, otras que trabajan en compañía, otras muy extrovertidas o parlanchínas, deportistas que necesitan su espacio para entrenar… y el confinamiento se les puede hacer tremendo. Pero como yo no soy una corredora de maratones y lo mío es escribir, y se escribe en soledad, pues no me ha cambiado tanto la vida. O eso creo.

Me preparo para pasar la mañana entera trabajando frente al ordenador acompañada de un vaso alto de Coca-Cola con hielo y limón. Poquito a poco voy avanzando. Y es cierto que las fotos que voy colgando en Instagram y los comentarios de mis seguidores sobre ellas me dan ideas para escribir. Una actividad complementa la otra. Todo forma parte de una misma historia, aunque Instagram me engancha más porque la respuesta es inmediata, y porque siento que formo parte de una comunidad. No sé cómo llevaría este confinamiento sin mis seguidores. Sin Román, mi principal seguidor. Antes de sumergirme en el libro, le envío un wasap para comentarle que estoy escribiendo. Es de las cosas que más ilusión le hace cuando se lo digo. Es feliz cuando trabajo.

Al mediodía me tomo una ensalada en la salita delante de la televisión. El sistema sanitario se ha colapsado, se desborda la capacidad de las UCI, los test comprados en China son un fraude, no funcionan. Y el presidente del Gobierno anuncia quince días más de confinamiento, aunque todos sabemos que serán más. Mastico la lechuga sin ganas. El presidente sigue hablando hasta que su voz se convierte en un zumbido completamente ajeno. Como si alguien me estuviera hablando bajo el agua de una piscina. Alegro un poco la ensalada añadiéndole otro chorro de aceite, algo de sal y un par de especias. Pasé algunas semanas de diciembre y enero encerrada por culpa de la rodilla, ahora pasaré las primeras de primavera recluida

por un virus. Suerte del paréntesis, de mi viaje a la India.

Mis hijas continuamente me hablan de los merecidísimos aplausos que se dedican a los sanitarios a las ocho de la tarde. Para ellas la mejor hora del día porque viven en una plaza en la que todo el mundo sale a los balcones a aplaudir y a cantar. Cada noche es un espectáculo. Aquí esa fiesta no llega. A lo sumo tres parejas aplaudiendo en las casas de enfrente. Esta es una zona de oficinas, hoteles y calles amplias. Sin el calor de los aplausos, la sensación de ir todos en el mismo barco y remando con optimismo no la vivo. Siento que estoy inmersa en un doble confinamiento.

Sustituyo el ritual de los aplausos por el tocadiscos antiguo. Las ocho de la tarde es mi hora de poner música clásica a toda pastilla. Estoy cogiendo un vinilo de Chopin cuando el fuerte ruido de la puerta de hierro de la entrada resuena en el patio vacío. Algún guardia jurado que ha salido a la calle a fumar. No puede ser nadie más. Coloco con cuidado la aguja sobre el disco, e intento entrar en un mundo sin sufrimiento, sin carencias, intento disfrutar la paz y la belleza que me ofrece en estos momentos la Pedrera.

Ojalá estuviera Román aquí.

Catorce días confinada. Los suficientes para ser consciente de la gran catástrofe. Impresionantes las metáforas bélicas que emplea el Gobierno. Y las imágenes de la televisión. IFEMA adaptado como hospital de campaña, féretros que se amontonan esperando ser ubicados o el Palacio de Hielo de Madrid convertido en morgue.

Me llama mi ex y me dice que desde su casa no para de escuchar el sonido de las ambulancias. Él pertenece a esa franja que califican de población de riesgo. Comprendo sus miedos. Lo que no soportaría es que el virus atacara a una de nuestras hijas, tan jóvenes, con tanto por hacer, y sin poder estar junto a ellas.

Mi ex y yo hemos tenido nuestra *chance*, hemos jugado a este juego que se llama vida, aunque claro, siempre se quiere más. Lo comentamos por teléfono. Él dice que ya está amortizado. No me gusta esa expresión, se la he oído decir otras veces, pero lo comprendo. «Por favor, que a nuestras niñas no les ocurra nada», rezamos los dos.

Desde que me he despertado, siento el luto. Estoy de luto en mi corazón, en mi ánimo. Hoy mis *stories* en Instagram van acompañadas de música triste, las fotos que cuelgo llevan un texto de duelo. Pero mis seguidores no me dejan recrearme en este estado de ánimo, reaccionan enseguida con sus comentarios: estoy en la aplicación para acompañarlos con bellas imágenes, con textos agradables. Debo seguir en mi línea, mantenerme fuerte. También los comprendo.

Salgo de excursión con el móvil por el edificio para captar nuevas imágenes para ellos. La prohibición de moverme a mis anchas me ha recortado el territorio, pero ha agudizado el ingenio. Examino la casa con mucho más detalle para poderla compartir. La

casa está preciosa, majestuosa. Me fijo en la disposición de las piedras en el suelo que hace semanas que no pisa nadie, tomo decenas de fotografías de las escaleras y del ascensor, que es todo mío: segura de que nadie lo va a necesitar no me molesto en cerrar las puertas. Esta noche después de cenar volveré a la carga. Nunca me había impactado tanto la Pedrera como estos días. Vacía, sin los juegos de luces de las torres que presiden el edificio o los potentes focos que iluminan el patio, en penumbra, sin ruidos, sin vida.

Al volver al piso, como ya es costumbre, me froto las manos con alcohol y me las lavo. Corro a ponerme crema. Mucha crema. La piel fina y envejecida de las manos ha empezado a crearme problemas, se está volviendo casi transparente. En las yemas de los dedos han aparecido cortes finos. Anoche uno me sangraba.

Me sitúo frente al ordenador para comparar los caracteres escritos en el libro. Llevo ya unos doscientos mil. No voy mal. Me costó arrancar, pero ratito a ratito, palabra a palabra, el libro ha ido cogiendo forma. Estoy concentrada en ello cuando Tere, mi vecina, llama por teléfono. Me explica que a Lía, su perrita, le ha salido un orzuelo en el ojo y debe llevarla al veterinario. Luego me pregunta si he tenido algún problema en la calle.

—Bueno, el otro día se paró un coche de la poli y me preguntó adonde iba. Le dije que iba a la panadería a comprar magdalenas y punto —le contesto.

—Sí, aquí en el centro hay mucha policía patrullando, dan vueltas y se paran a preguntar…

Ella lo sabe mejor que nadie. Suele sacar a Lía de paseo tres veces al día.

—Te puedes alejar cien metros de tu domicilio para pasear al perro —me confirma—. O para comprar. Pero te has de guardar el tique de caja, porque si te paran lo has de enseñar. Y si vas a trabajar, necesitas un papel que lo demuestre.

Camino arriba y abajo del pasillo con el teléfono pegado a la oreja.

—Otra cosa, Martina. —Se nota que Tere está sola y le apetece hablar—. ¿Sabes que están desinfectando el edificio? Me he

enterado por el ruido de la máquina…

Cuando acaba de explicarse le confieso que me siento hermanada con ella, como si un cordón umbilical invisible cruzase nuestros patios y nos uniera, y ella se ríe. Pero es verdad. Algunas noches antes de dormirme le envío un wasap: «¿Todo bien, Tere?», y espero a que conteste para dormirme. Es la persona que tengo más cerca físicamente desde hace mucho. Y lo curioso es que no necesito a nadie más.

Me llama por teléfono una amiga de Instagram. Petra, la misma que me encontré en la farmacia en el confinamiento anterior (cuando estaba con las muletas), me recuerda que debo ponerme en guardia con ciertos tipos de la aplicación. Quiere comentarme que un seguidor le envía mensajes subidos de tono por la línea privada. «No hace falta que te diga el nombre —me dice con un tono enigmático—, pero como he visto que te sigue a ti también, no me decido a pegarle un corte».

Recuerdo que fui yo la que le abrí a Román esta puerta en Instagram:

«Ponte las pilas, mira lo que me escriben algunos admiradores por la línea privada», le dije no hace mucho, riendo y mostrándole una serie de mensajes privados.

«Son halagadores profesionales, ni caso», disimuló, pero noté su furia a seiscientos kilómetros de distancia.

«Pero son bastantes y al menos me hacen reír», continué yo.

«Pues como te conozcan, se derriten», escribió él.

Y la que me derretí fui yo al leer su comentario.

Trato de visualizar sus ojos, su mirada. A estas horas, con los horarios que lleva, debe de estar durmiendo a pierna suelta, tan pancho.

Ha amanecido lloviendo. Desde hace un par de días no para de llover. Decido ponerme en movimiento, filmar la terraza vacía de turistas y diluviando. Tiene que ser un espectáculo. Lo voy a intentar. La puerta del piso permanece abierta desde hace días. Ya no me molesto en cerrarla ni en llevar la llave conmigo, aquí no hay nadie más que yo. Y si por lo que fuera se colara alguien, sus movimientos quedarían grabados en las cámaras. A medio camino

de la terraza, seguridad me corta el paso. Consultan entre ellos por el *walkie*. No, no puedo acceder a la terraza.

—Solo quiero compartir imágenes de la terraza en IG. —Me siento como una delincuente en mi propia casa.

—No se puede subir por un tema de responsabilidad civil.

Mando un wasap a una conocida de la Fundación, que debe de estar teletrabajando en casa. Me informa. Los guardias de seguridad tienen unas instrucciones muy claras, unos protocolos que deben cumplir, y no se los pueden saltar porque les caerían unas sanciones importantes. Siempre he sido rebelde y me cuesta, pero acabo aceptándolo, qué remedio. Pues nada, a recluirme entre mis cuatro paredes otra vez.

Camino por el largo pasillo con los brazos cruzados y encogidos contra el pecho. Arriba y abajo. Abajo y arriba. Mirando el suelo, mirando el techo, mirando sin ver. Haciendo fotos al tuntún. Incluso alguna de los objetos de la vitrina. Confiando en que quizás alguna salga bien. De pronto, una sospecha me viene a la cabeza. ¿Estará Román enviando mensajes a Petra? Horror. Ahora que me había relajado, que había comprendido que el pobre no puede hacer más de lo que hace, que es un padre de familia sin libertad de acción, va Petra y con su llamada me vuelve a meter la duda en el cuerpo. A Marta y a Elisabetta seguro que no les sorprendería que Román mande mensajes subidos de tono a sus seguidoras. Normal. De un señor que te sigue a la salida del cine y que te oculta que está casado, nada bueno puedes esperar. Joder. Seguro que a ellas no les cuesta imaginarse a Román repartiendo ilusiones, desmenuzando migajas para racionar entre unas y otras.

Yo he ido siguiendo sus *likes* en abierto, lo que desconozco es lo que hace a escondidas. Me da apuro preguntarle a Petra el nombre del tío ese y no se lo preguntaré, aunque me tenga que morder la lengua. Reviso los últimos mensajes que Román me ha enviado. Lo veo capaz de haber escrito a Petra por la línea privada, sí. Y es muy chungo. Un golpe bajo.

Siento que unas tenazas me retuercen el estómago y no puedo hacer nada.

Intento ahuyentar las sospechas y no obsesionarme, pero las palabras de Petra se me clavan como agujas afiladas en el pecho. Cruzo los dedos para no desesperar y poder controlar esta angustia con dignidad. Ojalá deje de llover y pueda ir al súper con el carrito. Tengo que hacer algo, como sea. ¿Quién me iba a decir que salir con la boca y la nariz tapadas con una mascarilla a comprar al súper sería un buen plan? Pues así es. Y salir a tirar la basura, también. Mis hijas me han dicho que no me preocupe, que hay familias que se pelean por ver quién saca la basura. Ellas se lo están echando a suertes con sus parejas.

Con lo que a mí me gusta, o me gustaba en mi vida anterior, quedarme en casa tranquila los días lluviosos, hoy no consigo relajarme. Imposible. Después de una clase de gimnasia *online* descuelgo de la percha del recibidor un guardapolvos para ponerme encima de los *leggings*, que solo me quito para dormir. La gimnasia *online* me ha salvado en este confinamiento. Como Instagram. Como Román. Como mi trabajo. Las zanahorias que tiran del burro. Las cuatro patas del taburete de mi mesa.

¿Será cierto que Román le escribe a Petra mensajes subidos de tono? Si es así, es que es un profesional de las redes y yo he caído en su trampa. Siento que se me está descomponiendo el estómago mientras espero que me atiendan en la farmacia. Cuando me preguntan que deseo, no sé qué decir. Salgo de la farmacia con una caja de tiritas.

Al subir a casa, ejecuto el mismo ritual de cada salida, pero a la inversa. Cuelgo el guardapolvos, me descalzo, froto las manos con alcohol y deposito sobre la mesita de la entrada la mascarilla, el paquete de clínex, la tarjeta de crédito y la llave de la portería. Me

lavo las manos con jabón en el lavabo y me pongo crema hidratante porque las tengo hechas caldo con tanta limpieza y tanto alcohol. Hasta se me están empezando a romper las uñas.

No sé cómo actuar con Román. Dudo si simular que no me he enterado de nada, algo que me va a costar la salud porque necesito exteriorizar las emociones, o armarme de valor, coger y cantarle las cuarenta. En cualquier caso, no le cantaré las cuarenta de buenas a primeras. Voy a mandarle un primer mensaje neutro y confiar en que conteste rápido y con ganas de seguir wasapeando. Pero ¿qué le pongo en el mensaje? «¿Conoces a Petra?». ¡No, por favor! Respiro hondo varias veces. Tengo que reprimirme. Ir más tranquila. Sonsacar la información poco a poco.

Al final le envío un wasap de buenos días. Simplemente «*bon dia*». No contesta y eso que ya debe de estar despierto. No puedo más. No sé qué hacer ni dónde meterme para soportarme. Al final me decido a llamar a Petra:

—¡Hola!

—Hola, Martina.

—Petra, no suelo ser indiscreta, pero… me he quedado inquieta con eso que me has contado de Instagram.

No dice nada.

—¿Te importaría decirme cómo se llama el tío que te envía mensajes subidos de tono? Es que…

—Un tal Salva —contesta ella.

Se lo hago repetir.

—Sí, se llama Salvador y su foto de perfil es un círculo rojo.

Me falta tiempo para despedirme y colgar.

Biiiennnnn. Si tuviera cohetes, los tiraría.

Mi cuerpo responde aliviado con un gran suspiro. Es increíble el poder que tiene Román sobre mí. Ya puedo disfrutar de la lluvia y pensar con claridad.

Entra un wasap:

«Bella, qué pobre es el día sin ti», escribe Román.

Abro los ojos como platos. Últimamente me llama Bella, me encanta. Y la frase «Qué pobre es el día sin ti» es la frase de un

poeta. Levanto los brazos sobre la cabeza, comienzo a moverlos, luego las caderas, luego los brazos y las caderas a la vez, como si mi cuerpo fuera un árbol tambaleándose por el viento. Una gran paz invade mi cuerpo y río. Río y río. ¿Me estaré volviendo loca?

Me tiro sobre la butaca agotada cuando veo en la pantalla del móvil un mensaje de Elisabetta. Lo abro: «Perdona que no te llame, pero mi marido y yo estamos fatal. Desde que me dijo que quería vivir conmigo no puedo evitar mirarlo de otra forma».

La gente ya en pareja a todas partes. En la esquina de Provenza con Paseo de Gracia veo a un hombre y a una mujer que se están besando, ella lleva un perrito pequeño atado con una correa. Veo a una pareja cubierta de tatuajes que sale de la farmacia, codo con codo, y a sus hijos detrás, como patitos. Veo a dos jóvenes en bicicleta cargados de bolsas del supermercado. Imágenes de parejas sin banda sonora. Es increíble el silencio del centro de la ciudad y, sobre todo, cómo se respira. Incluso parece que brille el asfalto. Doy una vuelta a la manzana y me quedo un rato de pie en la esquina de Pau Claris, la cabeza vuelta hacia el cielo, agradeciendo la caricia de unos rayos de sol en la cara.

Adán y Eva en el Paraíso Terrenal, Ingrid Bergman y Humphrey Bogard en el aeropuerto de Casablanca, Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sarte en un bistró de Montparnasse. Me imagino junto a Román en Madrid, recorriendo las salas del Museo del Prado, comiendo luego en un restaurante japonés. Entro en la tienda del paquistaní convencida de que Román y yo haríamos buena pareja. «¿Tiene velas?», le pregunto al hombre interrumpiendo una videollamada familiar. «¿Sí? Pues me llevo seis». Hoy es Sant Jordi y se cumplen seis semanas de mi confinamiento en soledad. Haré un pastel, le colocaré las seis velas y las soplaré a las ocho de la tarde, la hora de los aplausos para todos, la hora de la música clásica para mí. Siento que hoy es una fecha importante en mi cuarentena: empiezo a confundir los días de la semana. No sé en qué día vivo. Las horas del día las tengo claras, por los movimientos del sol, pero para el resto tengo que situarme delante del calendario y calcular.

Después de realizar el consabido ritual de «entradas y salidas» en

el recibidor, me dirijo a la salita con mis seis velas. El presidente del Gobierno comunica desde la pantalla del televisor que alargará dos semanas más el estado de alarma y deja entrever que habrá más prórrogas. Él es el papá y nosotros sus retoños. Y el padre debe velar por que sus hijos no se tiren a la vía del tren, debe impedirles cualquier situación de peligro.

Aislada en lo alto de mi palomar, mi contacto con la realidad se limita a las pantallas. Hasta ahora no he puesto nombre y apellidos al covid-19. Debo de ser de las pocas personas que no tiene un ingresado, un fallecido, un médico o un auxiliar en su círculo cercano. Pero comprendo que hay que ser responsables y no asfixiar más de lo que está al servicio sanitario, ya de por sí colapsado. Los discursos de nuestro presidente son largos y soporíferos, no resume bien, ni transmite, pero las imágenes que se suceden en la televisión inmediatamente después no dan lugar a dudas. Imágenes que no parecen reales, cargadas de un cansancio y sufrimiento infinitos. Empatizo con ellas y siento que todo se vuelve muy triste. Muchas personas se van a quedar atrás por culpa de este bicho.

Con el ánimo tan bajo, me cuesta encarar el día. Fotografiaré ángulos nuevos del edificio para compartir en IG, trabajaré todo lo que pueda en el libro, haré un Skype con la familia a las siete, y a las ocho disfrutaré con mi sesión de música clásica, acompañada de un pastel con seis velas y una copita de vino. Eso será todo. No habrá más. Un día similar a los cuarenta y dos restantes de este confinamiento. Pero, al menos, no tendré que hacer concesiones, ni dar explicaciones a nadie. Un día más de esta tragedia que nos ha cogido a todos desprevenidos.

En el móvil han quedado marcadas varias llamadas perdidas. No me apetece devolverlas. Con Marta y Elisabetta quedamos que contactaríamos esta noche, pero Elisabetta no está de humor y yo, por poco que pueda, me escaquearé. Hace unos minutos ha telefoneado una de mis hijas, la jardinera, he dejado sonar el móvil y tampoco he respondido. Ojalá sea para anular el Skype familiar de esta tarde. No me hace falta un Skype. Mis hijas son mis amores, mis anclas a la tierra, pero sabiendo que están bien, no necesito más.

Lo que necesito es transitar por esta nueva etapa de mi vida, atravesar este desierto con calma, salir adelante por mis propios medios… Estoy cómoda en mi silencio, cada día más amiga de mi soledad, no quiero interferencias.

Confirmado: pronto nos permitirán salir de nuestro encierro para pasear.

Dudo que lo haga. La única persona que quiero ver está en otra provincia y para verla tendré que esperar un par de meses como mínimo. Salir por salir, moverme por moverme, no me interesa. Esta casa me da fuerza, su personalidad me envuelve, me protege. Estoy bien aquí. Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado vivir rodeada de tanta belleza. Rezo para que cuando por fin nos concedan el permiso nadie me llame para que le acompañe a caminar a dos metros de distancia y con la mascarilla puesta. Habrá que hablar a gritos, medio asfixiada, sudando. Es posible que me esté cogiendo un síndrome de Estocolmo anticipado. ¿O es el que llaman síndrome de la cabaña? Es curioso. Se me está haciendo una montaña relacionarme con el exterior. Aquí tengo todo lo que necesito, no quiero más.

Román me envía un wasap y me pregunta cómo estoy:

«La verdad es que me he acostumbrado a vivir sola», le confieso.

«Eso suena muy bien, Bella», me contesta enseguida.

«Sí, pero no te librarás de mí. En cuando pueda, iré a verte», le anuncio.

«Lo mejor que me podría pasar», escribe.

«Lo mejor que me podrías decir», respondo sin disimular mi euforia.

Quizá magnifico las emociones, vivo las emociones con demasiada intensidad. Pobre Román, qué responsabilidad le ha caído encima. Es la luz del faro en la oscuridad. Suerte que ni se entera. Con una esposa, Sara y su hermano adolescente y un conejo en un piso medio, tirando a pequeño, solo le faltaría saber que estoy

pendiente de él. Menudo agobio.

Me toca ocuparme de las plantas. Tiene su qué regarlas una vez a la semana, en verano dos, pero las amo. Compré una manguera en el Servicio Estación para las de la parte de delante del piso, y otra para regar las de atrás. Las conecto a los grifos de los baños porque en los balcones no hay toma de agua. Me complace el olor de la tierra mojada, sentir el agradecimiento y el frescor de las hojas goteando. Un placer atender a mis plantas a última hora de la tarde.

Camino por el pasillo en dirección a la cocina. Trato de no pensar. Observo la azotea y el patio a través de los grandes ventanales. Me doy cuenta una vez más de que es muy difícil observar sin pensar, alimentar la vista, barrer la mente. A la altura de la vitrina, corro una de las puertas de cristal y acaricio los muñecos de plastilina que hicieron mis hijas en el parvulario. En la cocina me sirvo una copa de vino para acompañar mi sesión de música clásica. Me imagino que tengo a Román frente a los fogones. «¡Román!», le llamo. Él se da la vuelta. Parece un auténtico chef francés con el delantal de cocinero. «Brindo por ti, por mí, por nosotros —digo alzando la copa—. Por ese inevitable cordón que nos une, por nuestra conexión».

Estoy batiendo unos huevos cuando me llaman de seguridad para comunicarme que a partir de hoy quedará solo una persona a cargo de los dos edificios. Tres personas, cada una con su turno de ocho horas.

Me piden que no me mueva más de lo indispensable porque saltarán las alarmas y que por la noche esté pendiente del móvil, por si el vigilante tiene que contactar conmigo. Al ser solo uno no podrá subir a avisarme de cualquier percance que ocurra. Le pregunto si tienen información confidencial de alguna amenaza terrorista. Es lo primero que se me pasa por la cabeza. Es normal. Los que vivimos aquí siempre hemos pensado que podemos ser un blanco para los terroristas. Un atentado en la Pedrera daría mucho que hablar. Además, tengo un seguidor en Instagram que continuamente quiere averiguar cosas de la casa. Me envía planos para que le señale puertas de emergencia, baños y otros detalles. Se conoce el edificio al dedillo y analiza la perspectiva de las imágenes que cuelgo en la aplicación. Un día incluso me dijo que había soñado que yo colgaba un vídeo del entresuelo en el que había una parada de metro, y que se despertó queriendo contactar conmigo para hacerme preguntas como un loco. Tal es su obsesión que en un momento dado empecé a sospechar de sus intenciones y traté de reinvertir los papeles. Ser yo la encargada de sacarle información a él. Me dijo que era maestro y un enamorado de Gaudí, «pedrófilo» en concreto, y que se había bajado la aplicación solo para seguirme a mí. Le creí… El jefe de seguridad me tranquiliza. Nada de terrorismo. Se refiere más bien a un escape de gas, de agua, un incendio. Me confirma que a lo largo de este mes de mayo no entrará nadie en la Pedrera. A finales de junio o principios de julio, quizá vuelvan otra vez.

Yo que contaba con que a partir del lunes la casa poco a poco se volvería a ir llenando de gente, no de turistas, pero sí de algunas de las personas que trabajan aquí, con esta llamada comprendo que hasta finales de junio mi vecina y yo, junto con una persona que desempeñará las funciones de vigilancia y seguridad, seremos los únicos seres vivos entre todas estas piedras. En lugar de llenarse, la casa se vaciará más aún de lo que estaba. La noticia me llega al mismo tiempo que todo el mundo habla de desconfinamiento, pero no puedo negar que me encanta. Entiendo que Gaudí no construyó la Pedrera para mí, que estoy solo de paso y por casualidad, que esta joya se ha de compartir; de hecho, es lo que llevo haciendo desde hace más de un año en Instagram. Pero, por mucho que antes dijera que el movimiento de la casa me hacía compañía, y lo decía de corazón, ahora siento cuán equivocada estaba. Aquella avalancha de gente era un despropósito. Un barco que en el momento menos pensado podía naufragar debido a un exceso de peso.

Se lo cuento a Marta y a Elisabetta en una videollamada por WhatsApp.

—Chicas, reducen la vigilancia en la Pedrera. Señal de que esto va para largo. Nos quedaremos con un solo guardia jurado.

A Elisabetta, que sigue en el Ampurdán, lo primero que se le ocurre es que me podría ligar al segurata.

—Ese guapo que me dijiste que había entrado nuevo. Todo sería fácil y todo quedaría en casa…

—¡Hay que ver! No tragas a Román —le digo.

—No es eso —me dice—, pero no sabes lo que daría por estar en tu lugar. Estoy harta del campo y de mi marido. Al vivir en pisos separados nunca habíamos pasado tanto tiempo juntos y *non ne posso piú*.

Hace el gesto con las manos como de que lo estrangularía. Marta y yo reímos.

—Jamás he vivido con un hombre. El padre de mi hijo nunca estaba en casa y mi hijo se pasaba el día con sus primos en el piso de abajo. En Italia me acostumbré a organizarme sola. En el fondo, chicas, nacemos, vivimos y morimos solas.

—Ten paciencia —le aconseja Marta, siempre tan sensata—. Esto se acabará pronto.

No sé qué decir.

¿Y Román? ¿Qué sucede con él? Necesito oír su voz y al colgar con mis amigas se lo digo por WhatsApp. «Román, cuando puedas, hazme un audio, necesito oír tu voz». Lo cierto es que podría llamarme. Estoy sola, tengo un teléfono que se oye perfectamente, no entiendo cómo no sube a su terraza o se encierra en el váter para hablar un rato conmigo. Pero bueno, una tiene una edad que sabe de sobra que es imposible meterse en la cabeza de otro… Como me decían de pequeña las monjas en el colegio: hay que resignarse.

A partir de hoy se puede pisar la calle en horarios determinados, dependiendo de la edad. El gobierno la llama fase 0. Si nos portamos bien y el virus se vuelve menos agresivo, tendremos como premio el pase a las fases 1,2 y 3. Una desescalada gradual y asimétrica. La vuelta progresiva a «la nueva normalidad».

Me meto en Instagram. Les doy las gracias a mis seguidores por haberme acompañado en este tiempo y les deseo suerte a partir de la desescalada que empieza. Cuelgo después una foto. La de un nido en un rincón del suelo de unos de los dos patios centrales. En una zona normalmente pisoteada por miles de personas, ahora, en el confinamiento, unos pajaritos han encontrado la paz y el silencio necesario para hacer su nido. Una metáfora del actual estado del edificio.

Me emociono por las muestras de cariño que recibo nada más colgar la entrada. Hay una que me gusta especialmente: «Ha sido muy enriquecedor para nosotros. Gente tan dispar unida por una casa y una vecina». Sí, entre unos y otros nos hemos hecho mucha compañía.

Del que no sé nada es de Román. Ayer no me contestó. Voy a insistir mientras aguardo que la lavadora acabe el ciclo de lavado para meter las sábanas en la secadora. Cambiar a menudo las sábanas y dormir con sábanas que huelen a limpio es uno de los placeres que me he concedido durante este confinamiento. Escribo:

«Román, recuerda que espero un audio para no olvidar tu voz».

Acaba la lavadora, el programa entero de la secadora, hago la cama con las sábanas limpias, y nada. Es la hora de comer y seguro que Román ya se ha despertado. Lo intento de nuevo:

«¿Me tengo que preocupar? ¿Te has quedado sin voz?», le

pregunto.

Acabo de un rato, pruebo por tercera vez:

«¿Quizá mañana tengas voz?».

Hago tiempo para que conteste observando a los vecinos del edificio de enfrente de la calle Provenza. Se turnan para subir al terrado. Algunos hacen gimnasia, pero la mayoría se pasea de punta a punta hablando por el móvil. ¿Serán conversaciones íntimas? ¿Conversaciones que no quieren que oigan sus parejas o familiares?

Román no hace nada de esto. Directamente, no contesta.

Les hago una fotografía a dos vecinos cruzándose cada uno con su móvil por la terraza. La hago movida para que no se les pueda identificar y la cuelgo en Instagram. Van entrando *likes* y de pronto me llega un comentario curioso. Es de una seguidora que me recomienda que hable sola. Su hermano está dando la vuelta al mundo en velero en solitario, lleva tres años fuera y se fuerza a hablar porque, si no, cuando llama a la familia por teléfono le sale voz de periquito… «Saca tu voz, por favor», me dice esta seguidora, y me hace reír.

A las ocho de la tarde escojo a Maria Callas para que me acompañe. Sentada en el suelo de mármol del pasillo en posición yogui, dejo que la mirada vague por las paredes, el techo, de nuevo las paredes, las esquinas, el ventanal… y desde ahí dirijo la vista hacia los guerreros de la terraza y me dejo llevar. En pocos años este piso, si la historia sigue su curso y no ocurre nada que lo impida, será una oficina y se llenará de ordenadores. Desde este espacio que yo ocupo ahora, se hará una labor social o cultural. No quedarán vecinos en la Pedrera. Y me siento orgullosa de haberle puesto el foco a estos días, haber mostrado en los medios y en las redes uno de los últimos pisos habitados de un edificio que se construyó para ser una casa de vecinos. Mi diminuta aportación a estas centenarias y personalísimas piedras.

Román sigue sin contestar. Me extraña mucho que no haya respondido desde ayer. Tampoco le pedía tanto, solo oír su voz. Los rasgos de su cara también se me han empezado a difuminar. Cierro los ojos e intento retenerlos, pero aun así se desvanecen. El olvido va

comiendo terreno a la memoria.

Con la excusa de interesarme por Málik, mando un wasap a Sara, su hija. Ella contesta enseguida.

«Martina, hagamos una videollamada, así nos vemos», propone.

Me acerca a Málik a la pantalla, que mueve el hocico muy rápido.

—Oh, qué grande está —no puedo por menos de comentar. Hay que ver lo que el conejo ha crecido.

Me pregunta si me aburre que me hable de Málik. Tiene dudas sobre un tema que le gustaría comentarme.

—No, no. Cuenta, cuenta.

Y me cuenta que, cuando se quedó a Málik, su veterinario le advirtió que los conejos eran animales sociales y que si se criaban solos podían llegar a morir de tristeza, y que se fuera haciendo a la idea de que a la larga le tendría que buscar un compañero. Cuando ella creyó que había llegado el momento de buscarle un compañero, se puso en contacto con la granja donde había nacido Málik. En la granja le informaron de que el compañero tenía que ser de diferente sexo. En este caso, el compañero debía ser hembra, porque si acogía otro macho se generaría rivalidad. Sara ya lo había esterilizado y ahora estaba esperando que llegara la compañera. La llamaría Irma y vendría de la misma granja, pero le habían aconsejado que también tenía que esterilizarla a ella, porque ella se podía crecer demasiado, e incluso ponerse demasiado territorial. Lo suyo era tener compañía de diferente sexo, pero los dos esterilizados.

—Y yo estoy estresada con tanta esterilización, Martina. Además, está el jodido coronavirus…

En cuanto puedo, le pregunto ansiosa por su padre.

—A papi lo veo agobiado —dice con voz de fastidio—. No está

llevando bien el confinamiento. Y mi madre está histérica. Es psiquiatra y tiene la consulta llena de tíos raros, mucho más raritos que mi padre, pues ni por estas. Con mi hermano un rollo, me peleo. Muero por volver a Barcelona…, Martina.

Recorro con la vista la salita llena de libros. Yo aquí sola, sin poder salir, Román lo mismo, pero en Madrid. De pronto, oigo un ruido muy cerca, dentro de la casa. Recuerdo que la puerta del piso permanece abierta día y noche. Se habrá colado alguien. Dejo el móvil sobre la mesa baja de la salita y salgo precipitadamente al pasillo. Una gaviota enorme se está dando fuertes cabezazos contra las puertas de cristal de la vitrina de curiosidades. Ha tirado al suelo un cuadro y una lámpara. ¿Una gaviota? Trato de seguir con la vista su vuelo desordenado. Sí, sí, seguro, es una gaviota de las grandes. Habrá entrado por uno de los ventanales abiertos y ahora no encuentra la salida. Aletea como una loca, se siente aprisionada y siento su agresividad. Mi corazón late a un ritmo que me asusta, como si quisiera escaparse del pecho. Abro el resto de ventanales y la gaviota consigue escapar.

«Román, sé que no estás bien. ¿Qué te ocurre?», le escribo en un wasap.

Miro la hora en el teléfono. Voy a darle veinte minutos para que conteste.

Para hacer tiempo voy a la cocina y lavo dos cacharros que he dejado abandonados en el fregadero, ordeno el estante de los *tuppers*; a la derecha los grandes, a la izquierda los pequeños; salgo a la terraza y rocío las hojas de las plantas con el espray matabichos, procurando no respirar el veneno; me acerco al ordenador para comprobar las entradas de correo.

Pasa media hora.

«Necesito urgentemente hablar contigo. Si no me llamas, te llamaré yo», amenazo.

«Espera. Subo a la terraza de casa», contesta Román al instante.

Me paseo arriba y abajo del pasillo pegada al móvil esperando su llamada. Miro por los ventanales hacia abajo, hacia arriba. Tal vez encuentre algún ángulo que aún no haya fotografiado. Hago fotos por hacer, fotos que sé que no voy a utilizar como las que hago a las primeras gafas que me compré para leer y que me miran desde su estante de la vitrina de curiosidades. La espera se me hace eterna.

—Hola, princesa. —Su tono es apático.

—Hola.

—El cielo está precioso, tú sabes… —dice.

—Sé lo maravillosos que son los cielos de Madrid, pero…

Silencio.

—No estoy bien, Martina. Estoy muy bajo.

—Lo sé.

Un silencio más largo.

Un silencio que parece no tener fin.

—Me da miedo entrar en una depresión —oigo que dice ahora Román.

—Normal. Con lo que está sucediendo…

—No es eso.

Intuyo que la más mínima palabra por mi parte puede romper el hilo de sus confidencias y yo necesito saber. Por primera vez lo siento humano.

—Algo sí tiene que ver… —balbucea.

Por favor, que no se corte. Que saque todo su malestar.

—Es una putada la jubilación. Y el coronavirus, el remate final. Antes viajaba, me relacionaba con gente interesante, un día era diferente al otro. —Tiene un hablar casi susurrante, pausado, muy diferente al que recuerdo—. Nunca pensé en casarme y ahora me encuentro confinado entre cuatro paredes, siendo el esposo de, el padre de. Me siento atado. Borrado. —Aquí hace una larga pausa, noto su angustia—. Mi mujer es ahora la que trabaja, lo hace desde casa. Yo soy el que me encargo de comprar, de hacer la comida… Nunca pensé en casarme —insiste—, y he acabado así.

Le dejo que se explique, que se desahogue. Sin preguntas, sin intervenir. Él va desgranando sus quejas. Hace tres años, cuando se jubiló, pasó por una grave depresión, y supone que ahora va por el mismo camino. No tiene ningún proyecto a la vista que le motive.

Lo escucho con la boca abierta. Está claro que Román no está bien en su piel y esto es lo último que yo esperaba. Podía imaginarme mil cosas sobre él, pero no esto.

De repente le oigo decir:

—Voy a confesarte algo: te admiro. Eres una mujer extraordinaria, sí, ojalá fuera tú.

Me quedo helada. Siento una especie de pudor. Apenas respiro.

—En serio. ¿No te das cuenta de que tu oficio es el más bonito del mundo? Es hermoso… Y no eres consciente de la suerte que tienes de ser tan libre.

Odio lo que está diciendo. Él es mi ídolo, un campeón, mi referencia desde hace muchos meses, mi alma gemela, el mejor. No

puede tener la moral y la autoestima tan bajas, no puede sentirse tan pequeño.

Román continúa hablando. Un largo monólogo. Un vómito. Repite que le gustaría ser como yo, llevar una vida como la mía. Aún tiene que mantener a sus hijos, le preocupan los estudios del niño, que cuestan un dineral. Adora a su hijo, pero él no había querido tenerlo, su mujer le engañó. Si no fuera porque es un chico problemático, él se iría de casa. Me dice que su esposa le importa un bledo, si ha de encontrar la alegría por otro lado, que la encuentre. «No tenemos relaciones íntimas», me dice por primera vez en estos seis meses. Camino por el pasillo con la boca abierta. ¿Cómo puede estar diciéndome estas animaladas de su esposa y de su hijo? ¿Cómo se atreve?

¿Cómo puedo estar escuchando esta sarta de sandeces del único hombre que me ha gustado de verdad desde hace años? Yo que sentía no estar a la altura, que lo tenía en un pedestal… Con el móvil en la mano y un runrún en el estómago siento que la tristeza se va adueñando de mí. Estoy triste. No por mí, sino por él. Porque me duele la percepción que tiene de su vida y de sí mismo.

¿Qué ha pasado con mi Jacques Dutronc?

Las ocho de la mañana. Miro por la ventana del dormitorio abierta de par en par. Oigo el silencio. En poco tiempo el canto de los pájaros se ha incorporado a mi despertar. Viven en los árboles del patio de manzana, árboles que juraría que en estos meses se han vuelto más y más verdes. Más frondosos y de un verde más intenso. Estiro los brazos sobre la cabeza en la cama y respiro hondo un par de veces. Siento el aire limpio llenándome los pulmones, el agradable olor de las lavandas que planté en unas macetas grandes en el balcón. Me he acostumbrado a un edificio, a una ciudad mucho más tratable; amable y casi desierta.

Recuerdo el día en que fui a visitar la Casa Museo de Gaudí, en la parte alta del parque Güell. El dormitorio del arquitecto tenía una gran ventana que daba al jardín, para él la naturaleza era muy importante, se había criado en ella y de ella partía su inspiración. También recuerdo una cruz sobre su cama y un oratorio en la habitación contigua. Una persona y una vida muy austeras que contrastan con su obra.

Llevo un montón de días aquí sola. He perdido la noción del tiempo. Salgo al exterior en contadas ocasiones, y procurando no quedar con nadie. Si hay que estirar las piernas, las estiro y regreso enseguida. Lo único que sé es que estamos en el mes de junio y pronto llegará el verano.

Antes de desayunar me apoyo en las barandillas de una de las terrazas que hay delante, observando la calle. La bella ciudad durmiente se va despertando. Poco a poco el movimiento aumenta, hay algo más de vida. Un despertar a cámara lenta que me cautiva durante unos minutos. De pronto oigo sonar el móvil dentro de la casa. Es Sara la que llama:

—Martina, ¡Nos dejan salir de Madrid! ¡Por fin! ¡Ya era hora! —dice entusiasmada—. Vuelvo con Málik a Barcelona, aunque la facultad siga cerrada. Añoro a mis amigos de allí y, además, quiero ir a la granja a recoger a Irma. Málik necesita una compañera… ¿Y sabes qué? —continúa.

—¿Qué? —pregunto por preguntar.

—Cuando se lo he expuesto a papi, me ha dicho que no había problema y me ha pedido que vaya a verte. «Cuando llegues, tienes que ir a la Pedrera a ver a Martina y le das un abrazo de mi parte. Un abrazo muy grande», ha insistido.

Biennn. Respiro aliviada.

—Pero luego se ve que se lo ha pensado mejor —sigue explicando Sara. Retengo el aire en los pulmones—. Y me ha dicho que irá conmigo a Barcelona, está más animado y le sentará bien pasar las verbenas allí. Después se ha emocionado. Te lo dije, Martina, tú le gustas mucho.

Alegría máxima. Me pongo a llorar. Ella no se entera porque es un llanto sereno, lágrimas de felicidad, de esas que resbalan poco a poco por las mejillas y no hacen ruido, de las que te dejan una sonrisa apacible en la cara y te sanan el alma.

—Pero, Martina, tú no digas nada. Como si no hubiéramos hablado. Deja que sea papi el que te diga que irá a Barcelona para las verbenas.

Elisabetta y yo marchamos a paso ligero y a más de un metro de distancia por la Diagonal, dirección a la plaza Francesc Macià. Me he negado tantas veces, le he dado tantas excusas para no salir a caminar que al final he tenido que claudicar.

Son las ocho de la tarde y un ejército de zombis invadimos las anchas aceras mirándonos a los ojos por encima de las mascarillas y evitando acercarnos los unos a los otros. Elisabetta está contándome que se va a meter en una aplicación para hacer amigos. No le basta la relación con su marido, y menos ahora que está empeñado en irse a vivir a su apartamento y estarán todo el día pegados. Elisabetta es muy urbana, muy social, y le apetece salir con gente nueva. Y ahora con el bicho campando a sus anchas es difícil relacionarse, va explicando cada vez más alto para que yo no pierda detalle. El problema es que habla en plural, se empeña en meterme a mí en su juego.

—Yo me cuido de todo —trata de convencerme—. Hay muchas apps, buscaré la que más nos convenga. A Marta la dejaremos fuera de esto, no lo entendería. Además, ella es muy reservada con su vida privada y nunca nos cuenta sus problemas —dice.

Disimulo haciendo ver que me ajusto la mascarilla y trato de escabullir el bulto. Precisamente anoche leí un artículo que comparaba las aplicaciones de contactos a un supermercado:

—Elisabetta, de verdad, yo no me veo. No imagino mi cara circulando por el universo digital —suelto al fin por dar una respuesta.

—Tampoco te veías con Instagram, amiga, y ya no lo sueltas. Hay que adaptarse a los tiempos. Y hay aplicaciones que no muestran tu foto.

—Pero si los demás no me ven, yo tampoco los veo a ellos, ¿no? —pregunto devolviendo el saludo a un señor con sombrero, gafas y mascarilla, que se supone que conozco.

—Primero hablas con la persona y si ves que hay posibilidades… —trata de explicarme.

—¿Hay algún tipo de selección, diferentes niveles? —No puedo evitar quitarme de la cabeza la imagen del supermercado. Diferentes estantes, los productos de mejor calidad a un lado, las ofertas a otro.

Parece que Elisabetta no me oye. Vuelvo a formularle la pregunta, entiendo que puede parecerle rara, pero yo, con según quien, me niego.

—Lo siento, pero no entiendo de qué niveles hablas, Martina —se disculpa.

—¿Y si quedo con un tío más tonto que un zapato?

—Pero esto lo detectas al momento escribiéndote con él.

—¿Y si es un guarro? ¿Y si está infectado del corona? ¿Y si es un perro verde? Ya sabes que tengo mis manías y que no soy como tú, soy mucho más frágil emocionalmente.

Elisabetta se detiene en la esquina, se baja la mascarilla y me dice muy seria:

—Mira, Martina, puede haber más rebrotes, esto puede durar muchísimo, no te veo siempre sola en tu palacio. Las apps de citas vienen a ocupar ese rol que tenían los bares y fiestas hasta hace unos meses. Y otra cosa: no estoy yo tan segura de que tu chico acabe viniendo. Siempre dice que sí y luego…

Que en el último segundo pase algo y Román no pueda venir a Barcelona es algo que ya tengo asumido.

—Me contaste que tienes ganas de entregar el libro a los americanos para empezar una novela. Pues las relaciones por las redes es un temazo y esto es solo el principio… La experiencia te servirá como inspiración. —Recurre a un nuevo argumento para convencerme.

Un día, cuando ya no tengamos que llevar mascarilla, le explicaré que hace años me tiré a un puto porque me propuse ganar un concurso de cuentos y quería escribir con conocimiento de causa; la

experiencia me sirvió para liquidar mi curiosidad, pero ni con estas gané.

—La primera impresión es que no hay nadie atractivo —sigue explicando en voz alta mientras caminamos—. Todos los hombres que ves en la pantalla son horribles. Y dices no, esto no funciona. Pero luego vas mirando en un clic, y en otro, y en otro…

—¿Me quieres decir que ya has estado chafardeando, Elisabetta?

—Pues claro. En algo tenía que matar las horas en el confinamiento, no podía más de tanto verde… y de tanto marido. ¿Te suena de algo un hombre paseando nervioso a primera hora por la casa, preguntándote qué vamos a comer o adonde iremos mañana?

La oigo reír a pesar de la mascarilla. Me estoy poniendo nerviosa. Aprieto el paso. Adelantamos a un chico que nos repasa de arriba abajo. Seguramente se habrá quedado con la conversación.

—Tú déjame hacer. Confía en mí y ya verás… Es divertido —sentencia acelerando aún más el paso.

He llegado a casa cansada y sudando, con la mascarilla húmeda y pringosa de tanto hablar, y agobiada con el tema de los contactos. Le he prometido a Elisabetta meterme en alguna aplicación, solo meter la nariz y ver a qué huele.

Tras darme una ducha y picar unos biscotes con guacamole a modo de cena, me situó frente al ordenador y entro en Meetic, que es la aplicación que más me suena. Debo rellenar las casillas de mi fecha de nacimiento, escoger si prefiero relacionarme con hombres o con mujeres, escribir un pseudónimo y, finalmente, una dirección de correo electrónico. Él «finalmente» es porque hasta aquí he llegado. Mis hijas tendrán que ayudarme a crearme una dirección nueva de correo. No puedo poner la mía, que es un Gmail con mi nombre: Martina Messegué.

Me meto en otras aplicaciones. Ofertas mil. Oh, Dios, qué pereza, no me veo capaz. Encuentro una aplicación dirigida a las personas mayores de sesenta años. Tengo sesenta y tres. Mi franja de edad. Entro. Hablan de excursiones los domingos, de tertulias en terrazas de cafeterías… Se me cae el alma a los pies. Recuerdo que Elisabetta me ha dicho esta tarde durante el paseo: «No hay edad para relacionarse y menos para ti. Eres de las que mueren con las botas puestas». Me río sola delante del ordenador. A ver cómo salgo de esta.

Se me ocurre llamar a Anabel. Me fío de su criterio y me parece que no hace mucho escribió un reportaje sobre esto.

—¿Por dónde empiezo, niña, por lo bueno o por lo malo? ¿Qué prefieres? —me pregunta, directa como siempre.

—Por lo malo —le sugiero.

—Ahí voy. La lista es larga. —Y después de coger impulso

empieza a soltar sentencias como dardos—: Hay mucha prostitución. Los hombres mienten, no dicen que están casados, cogen tu contacto y desaparecen. —De repente, se calla. Oigo ruidos como de sartenes y cacerolas. Al cabo de unos segundos continua—: Una vez has entrado en la aplicación, aunque tengas pareja, tanteas de nuevo con el tiempo. ¿Habrá alguien nuevo? ¡Somos tremendos! Hay muchos datos falsos. ¡Ahí está también tu olfato para verlo! Ojo, puedes tener algún susto —ríe.

Me esfuerzo en descifrar los ruidos que se oyen a lo lejos.

—Annabel, qué ocurre. ¿Te he llamado en mal momento? —pregunto.

—Tranqui, estoy cocinando.

—¿A estas horas?

—Estoy probando una receta vegana, tortitas de calabaza… Oye, otra de las cosas que ocurre es que cuando empiezas a escribirte con alguien es agradable, pasa el tiempo y te haces una idea idealizada de esa persona, pero cuando vas a conocerla, te guste o no, tienes que borrar esa idea. Hay un cierto duelo y debes pasarlo.

—Vale, vale, ya me hago cargo. —Sé de lo que habla.

—Estas aplicaciones son adictivas…

Ahora el ruido es ensordecedor. Habrá puesto una máquina en marcha.

—De todas formas, estas aplicaciones también tienen su parte buena… ¿Quieres venir mañana a comer a casa? Te haré un arroz con verduras picantes, como en la India.

—Mejor otro día, Anabel.

Me acuesto acordándome de la noche que Anabel y yo estuvimos hablando sobre las ladillas en la India, y de lo que nos llegamos a reír. Yo tendría poco más de veinte años, estaba pasando una Semana Santa en Andalucía, cuando descubrí en mi pubis unas arañitas que picaban a rabiar. Tanto que fui a urgencias. El médico levantó la sábana que cubría mi cuerpo desnudo de cintura para abajo, echó un desdeñoso vistazo a mis partes y con cara de repugnancia y en un tono de reproche me dijo: «Señorita, esto son ladillas». Le pregunté qué eran las ladillas y dónde se cogían y aún

me acuerdo de su respuesta por el tono irónico que empleó: «Mire, se pueden coger en un lavabo, en una discoteca… pero siempre siempre se cogen follando». Me levanté de la camilla y me vestí sin atreverme a mirarle a los ojos.

Faltan pocos días para las verbenas y Román no me ha hablado de su intención de venir a Barcelona. Quiza quiera sorprenderme… Estoy pensando que Román es un completo enigma para mí cuando me llega un wasap con una foto suya. Dejo el libro de Annie Ernaux que estoy leyendo sobre la mesa baja de la salita y espero unos minutos, suponiendo que quiere decirme algo. Aprovecho para ordenar la mesa. Es increíble lo rápido que se llena de papeles y libros. Enciendo una vela.

Pero como quien espera desespera, y yo no quiero desesperar, escribo:

«¿No puedes escaparte y venir un día a la Ciudad Condal?».

«Si me acurrucas, sí», contesta.

«¿Cuándo?», le pregunto.

«Iría ahora mismo».

El «iría» me chirría.

«¿En serio que no puedes venir?».

«En una hora debo acompañar a mi hijo al dentista».

«¿Y mañana, pasado, o… para verbenas?».

De pronto me crezco.

«Me estás poniendo cachondo…», contesta.

Siento un principio de ansiedad que me pone los pelos de punta. Me levanto y escribo:

«Román, no entiendo por qué no puedes venir a pasar un día o un par de días a Barcelona. A ver si me ayudas: 1) No te apetece; 2) Tu familia te impide moverte; 3) Son momentos difíciles y no te lo puedes permitir económicamente; 4) Te acojona el virus; 5) Algún motivo que se me escapa».

«Qué ganas de sentirte», es su respuesta a mi pregunta.

«¿Por qué no me contestas? ¿Por qué no dices las cosas claras? Así no podemos ser amigos».

«A veces es difícil por WhatsApp», se excusa.

«Decir la verdad está tirado. Y si por WhatsApp te cuesta, llama, mira qué sencillo. Mi nuevo móvil capta hasta lo que se piensa y no se dice». De repente, no estoy para tonterías.

«Ya. Pero ganas de ir me sobran…».

«¿Siempre has sido igual de turbio?».

«Contigo más».

Está consiguiendo sacarme de mis casillas.

«Creo que no me lo merezco», escribo.

«Quiero follarte».

¿Está de coña? Y como si no hubiera leído su última frase pregunto:

«¿CUÁNDO VIENES?». Directa, en mayúsculas, a lo bruto.

Me envía el emoticono del beso.

Se está pitorreando. Ahora ya es por puntillo, lo quiero acorralado, contra las cuerdas, bañado en sudor y sacando las tripas por la boca.

«¡Pues llama de una puñetera vez!».

He pisado el acelerador a fondo y me da igual lo que pase.

«Te llamo mañana», escribe antes de desconectarse.

Y entonces ocurre algo raro. Como si en mi interior se hubiera apagado un interruptor: Román deja de importarme. Se acabó. Se acabó el encantamiento de enamorarse, lo mejor que existe en el mundo. Ya no siento nada por él.

Pasan veinticuatro horas y no llama. Justo lo que esperaba y para lo que estaba preparada. Le envío la foto de un teléfono antiguo y la acompaño con la frase «Al ver que no sonaba el teléfono, supe de inmediato que eras tú».

«No se te escapa una», contesta él al cabo de un rato en un audio, y al terminar la frase oigo el sonido de un beso.

Nada más.

¿Quizá su mujer le lleva un registro de llamadas? ¿Acaso la operación no ha salido bien, se ha quedado sin erección y no se atreve a decírmelo? ¿Tal vez ya antes de la intervención estaba acomplejado con su miembro, un micropene como el que me contó Elisabetta que tenía el padre de su hijo?, ¿las dos cosas a la vez, micropene y erección débil? ¿A lo mejor es el típico cagado al que le gustaría dar color a su vida y no se atreve? ¿O uno de esos hombrecitos que tiran la caña por el placer de tirarla y si pican algo salen por piernas acobardados? ¿Un jubilado aburrido y con el ego agonizando que mata las horas siguiendo a las mujeres y enviándoles mensajitos para espantar su soledad?… ¡Solo falta que me diga que no se sabe el camino!

No soy psicóloga, pero como escritora tengo muy presente la frase de Orson Welles en la que afirmaba que «hay que dar a cada personaje sus mejores razones». El problema es que con Román ya las he agotado, no sé más, no sé cómo justificar su comportamiento. Me entristecería creer que no tiene razones para ser tan gilipollas como es, ojalá las tenga, pero yo no las sé encontrar. En estas cosas soy muy básica, solo sé que cuando quieres estar cerca no estás lejos, y que si la llave no encaja en la cerradura no es la llave, es la puerta. Ya está.

«Román, quizás algún día hablemos el mismo idioma, pero por el momento ADIÓS», escribo en un impulso.

Veo que está escribiendo algo, pero decido darme el lujo de desconectarme, de ser yo la que por primera vez lo deje a él con la palabra en la boca. Y acto seguido, cojo y borro su número de mis contactos y de todos los sitios en los que puedo dar con él. Seguidamente, me dirijo con paso rápido a la impresora pensando en su esposa. Lo siento por ella. Qué mal, qué injusticia, con lo que se han de conformar algunas…

Epílogo

Afortunadamente siempre existe otro día. Y otros sueños.
Y otras risas. Y otras personas. Y otras cosas.

CLARICE LISPECTOR

Es una noche fría de diciembre y estoy sentada en uno de los escalones del suelo de la azotea. Apoyo la espalda contra una de las treinta famosas esculturas que forman *El jardín de los guerreros*, como lo bautizó el poeta Pere Gimferrer. En escasos minutos comenzará un concierto, uno de los pocos eventos programados para animar las fiestas navideñas, que este año se presentan deslucidas.

He conseguido finalizar el libro y esta tarde he recibido un correo de mi editora americana dándome la enhorabuena.

Se me escapa una sonrisa. Estoy en la cresta de la ola: tengo ya hilvanada la próxima novela, con mi familia me siento más unida que nunca gracias a haber tomado la decisión de vivir separados, y en cuanto la pandemia remita me escaparé con unos amigos a Sudán, uno de los pocos lugares de África que no conozco. Necesito adentrarme en el desierto, absorber de nuevo sus enseñanzas, ceñirme a lo esencial.

La terraza de la Pedrera se ha ido llenando de abrigos y anoraks con mascarilla, sentados a dos metros unos de otros, guardando siempre la distancia COVID de seguridad. Me entretengo observando cómo van cambiando de color las chimeneas, torres de

ventilación y cajas de escalera, el maravilloso conjunto de esculturas que Gaudí diseñó hace más de cien años. Luego giro la cabeza hacia la derecha. Espero a alguien que no tardará en llegar. Una persona que cuando se me acerque sonreirá bajo la mascarilla y me abrazará con la mirada.

Frotándome las manos que se me están quedando heladas, paso revista a los acontecimientos de esta tarde. A la visita que me ha hecho el grupo francés que tocará dentro de unos minutos y al que he recibido a petición del Departamento de Cultura del edificio. He recorrido junto a ellos el piso, «*Oh là là quelle beauté, quelle merveille… vous êtes gentille…*», y en el largo pasillo en forma de c, el líder del grupo se ha detenido a la altura de la vitrina de curiosidades. No es una vitrina al uso y menos su contenido, una selección de objetos entrañables para la familia que despierta siempre un especial interés entre los visitantes. Y el chico, o mejor el hombre, porque he calculado que debía rondar los cuarenta, de pronto ha soltado una sonora carcajada.

He seguido la dirección de su mirada y me he sonrojado al percatarme del motivo de su inesperada risa: la última fotografía que Román me envió el junio pasado y que, después de ampliarla a tamaño folio en la impresora, quemé. No era la primera vez que echaba mano del fuego para finiquitar un tema engorroso. Hace años prendí fuego a una maqueta para exorcizar los demonios de un trabajo que poco más lleva a mi hija, ahora arquitecta de paisajes, mi jardinera, como la llamo con cariño, a una depresión. La maqueta ardió entera, pero esta vez con la fotografía empleé una técnica menos agresiva, más sofisticada. Con ayuda de un mechero hice tres pequeños agujeros en puntos escogidos, que se extendieron dándole al papel un cierto color marrón de pergamino antiguo. La idea desde el principio fue desfigurar el rostro, no que desapareciera del todo.

«*Il a l'air de mon père*», ha dicho el chico, el hombre, interrumpiendo mis pensamientos. Y los dos nos hemos quedado de pie, uno al lado de otro, examinando en silencio la fotografía de un

Román mutilado que coloqué en el centro del estante superior de la vitrina cuando comprendí que a la ilusión le había puesto un nombre equivocado. No se trataba de una venganza, Román no había hecho nada malo; solo un pequeño tirón de orejas, un cara a la pared, que me permitiera darme un respiro para arrinconar y relajarme después de la montaña rusa de emociones en la que había estado sumida los últimos meses. El problema era que me había relajado tanto, había cogido tanta distancia de la historia, que me había olvidado de sacar la fotografía de la vitrina.

Deslizando con cuidado las antiguas puertas de cristal, y procurando no mover ningún otro objeto, he cogido la foto de Román y la he sacado de la vitrina sin saber muy bien qué hacer con ella. «*Cést drôle. Il se ressemble tellement à mon père*», el chico, el hombre, ha vuelto a insistir cogiéndomela con corrección de las manos.

—Bueno… yo creo que se parece a Jacques Dutronc —he apuntado tímidamente examinándola con atención mientras los otros dos miembros de la banda, ajenos a la conversación, hablaban entre ellos en la otra punta del pasillo.

—Se parece a Jacques pero no es Jacques. Dejémoslo en que es un pobre hombre, un tramposo, un escapista; no es mala persona, pero yo no estoy para oscuridades…

El chico, el hombre, que ha vuelto a reír al oírme nombrar a Jacques Dutronc y luego ha escuchado atento mis explicaciones, finalmente me ha interrumpido:

—Martina, *Jacques c'est mon père* —ha señalado. ¿Su padre? Me he tapado la cara con las manos, tierra trágame, no sabía dónde meterme. Pero después de unos segundos de desconcierto, he entendido por qué, desde que he abierto la puerta del piso, he pensado que este hombre me sonaba. Ya sé. De un vídeo de YouTube que vimos con Annabel en la India. Canta *C'est si bon* junto a Diana Krall e Iggy Pop. Una buena versión. Una canción que se nos pegó y no dio por cantar a todas horas.

Le he ofrecido un té a Thomas, que para mi sorpresa no se estaba marcando un farol y que ha resultado ser el hijo del auténtico

Jacques, y enseguida nos hemos sentido cómodos el uno con el otro. Al despedirse, me ha invitado a subir esta noche a la terraza para disfrutar del concierto. Y el concierto está a punto de comenzar. La luna, casi llena, lo preside todo. El silencio es absoluto. Me fijo en las miradas de la gente, expresiones tristes, hartos todos de esta pesadilla que se está llevando a mucha gente y está durando demasiado.

Se repite que, a partir de esta pandemia, aprenderemos a valorar un simple abrazo, pero a mí no me ha hecho falta este aislamiento, yo siempre he sido muy vulnerable a los abrazos. Gracias a uno, el mes de diciembre pasado, justo hace ahora un año, se me abrió una puerta que había cerrado: recuperé la ilusión y el deseo. Y me he propuesto seguir buscando en esa dirección. Los sentimientos, las emociones no tienen edad y reconozco que vivo para querer. Para ser querida. Colocaré de nuevo la foto de Román en la vitrina. Estoy en deuda con él, siento hacia él un punto de gratitud: de la noche a la mañana ha llenado de vida mi vida y para mí no hay regalo que pueda igualar algo así, decido en el instante en que Thomas coge el micro y después de dar las buenas noches al público diseminado por la terraza, y de agradecer la oportunidad de poder tocar en un lugar tan mágico como la terraza de la Pedrera, dice en un castellano improvisado:

—La primera canción de esta noche se la dedico a Martina, mi nueva amiga, la vecina del tercero.

Y empieza a cantar:

Oh la belle vie,
sans amour,
sans soucis,
sans problèmes.
Oui la belle vie,
on est seul,
on est libre
et l'on s'aime.

(*La belle vie*, de Thomas Dutronc).

Me queda un momento de vida y mejor andarlo sola, pero en buena compañía.

Ana Viladomiu nació en la ciudad de Barcelona, donde reside junto a su familia. Estudió Geografía e Historia pero, antes de terminar la licenciatura, decidió abandonar la universidad porque no estaba conforme con la especialidad que había elegido.

Tras recorrer Francia, Inglaterra, Marruecos o Argelia, Viladomiu regresó a Barcelona, donde se matriculó en cursos de escritura creativa en el Ateneo.

Desde que Viladomiu se formó en el campo de la literatura ha publicado obras como *Un pequeño problema, Un sótano con árboles, La última vecina* o *En buena compañía*, esta última tomando por referencia la Barcelona durante el confinamiento por coronavirus.